



**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS
URBANOS Y AMBIENTALES**

MUJERES MEXICANAS TRANSITANDO HACIA LA
ADULTEZ. UNA MIRADA A TRAVÉS DE LA
ENCUESTA NACIONAL DE SALUD REPRODUCTIVA 2003

Tesis presentada por

GUADALUPE FABIOLA PÉREZ BALEÓN

Para optar por el grado de

MAESTRO EN DEMOGRAFÍA

Director de Tesis

Dra. Olga Lorena Rojas Martínez

MÉXICO, D.F.

JULIO DE 2006

AGRADECIMIENTOS

A ti mamá

por tu infinito amor.

Agradezco a mi familia, especialmente a mi hermana, a mi abuelo, a mis tíos y primos por haberme apoyado durante todo este tiempo con sus palabras de aliento y con sus acciones.

A Isalia, Betzabe, Abraham, Jorge, Rubén, Gustavo y José Luis por brindarme su amistad y su compañía, haciendo muy grata mi vida en el colegio.

A todos los profesores de El Colegio de México que con su conocimiento y apoyo han contribuido a forjar la persona que actualmente soy. Entre ellos deseo destacar el apoyo de la Dra. Olga Lorena Rojas, quien con su interés, paciencia y dedicación al tema contribuyó a que este proyecto se materializará. De igual manera destaco los comentarios y atenciones de la Dra. Silvia Elena Giorguli, misma que nos guió atinadamente para lograr la consecución de ésta meta.

Deseo hacer un reconocimiento al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y a El Colegio de México por el apoyo institucional, académico y económico para la realización de la maestría en Demografía.

Y a todos los que no mencione pero que también me acompañaron en esta experiencia.

Gracias.

RESUMEN

La iniciación de la vida sexual, conyugal y reproductiva constituyen transiciones que revisten una gran importancia en la vida de las mujeres, ya que contribuyen a que éstas adquirieran el estatus de adultas dentro de la sociedad en la que se desenvuelven, además de ser decisiones vitales que atañen tanto a la persona, como al medio familiar en que se hallan insertas. Así también, se considera que el tiempo en el que estos eventos se realicen y los factores asociados a los mismos, determinaran tanto la vida presente como futura de estas mujeres y de su descendencia.

Por tal, en esta investigación se analizó el calendario de la primera unión, primera relación sexual y el primer embarazo de jóvenes mexicanas de ocho estados de la República Mexicana que participaron en la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva (ENSAR) 2003, luego de ello se determinaron qué variables sociodemográficas se hallaban asociadas a estas transiciones. Para ello se utilizó la técnica de tablas de vida y se ajustaron tres modelos de riesgos proporcionales.

Los resultados más relevantes indican una edad mediana de 18.2 años para la primera relación sexual, de 20 años para la primera unión y de 19.5 años para el primer embarazo. Ahora bien, los factores que contribuyeron a disminuir la velocidad de la iniciación sexual de la mujer fueron el pertenecer a la cohorte de 1964- 1973, estar ubicada al momento de la encuesta en los estratos socioeconómicos bajo o medio y alto y haber sido socializada en un lugar urbano. Contrario a ello, el practicar una religión distinta a la católica o declararse atea y no haber realizado las transiciones de salida de la escuela y entrada al mercado laboral contribuyeron a acelerar dicho evento.

Mientras que el estar ubicada en estratos socioeconómicos bajos o medio y alto facilitó la disminución de la velocidad de iniciación de la vida en pareja. En tanto que el no pertenecer a un grupo étnico y continuar estudiando y no haber trabajado fueron factores que aceleraron esta transición.

Por último, el pertenecer a la cohorte más joven, estar ubicada en mejores niveles socioeconómicos y haber sido socializada en lugares urbanos contribuyó a retrasar la maternidad, sucediendo lo contrario con las mujeres que se declararon practicantes de una religión distinta a la católica y que no habían dejado la escuela ni habían trabajado al momento de la transición.

11

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 1

CAPÍTULO 1: Curso de vida. 4

1. El curso de vida como acercamiento analítico. 4

1.1	Transiciones y trayectorias.	6
1.2	Tiempo histórico, social, familiar e individual.	7
1.3	Edad cronológica.	9
1.4	Conceptos sobre adolescencia, juventud y adultez.	10
1.5	Transiciones a la vida adulta.	13
CAPÍTULO II: Transiciones a la vida adulta de las mujeres mexicanas		16
1.	Escenario demográfico mexicano.	16
1.1	Cambios en la situación de la mujer en México.	19
2.	Caracterización de la primera relación sexual.	21
2.1	Datos estadísticos y cualitativos.	21
2.2	Características sociodemográficas.	24
3.	Caracterización de la primera unión conyugal.	27
3.1	Datos estadísticos y cualitativos.	27
3.2	Características sociodemográficas.	30
4.	Caracterización del primer embarazo.	33
4.1	Datos estadísticos y cualitativos.	33
4.2	Características sociodemográficas.	37
CAPÍTULO III: Calendario de las transiciones a la adultez de las mujeres mexicanas.		39
1.	Descripción de la fuente de información.	39
2.	Universo de estudio	40
3.	Ejes analíticos.	43
4.	Hipótesis.	46
5.	Precisiones sobre el uso de las tablas de vida en el estudio de las transiciones a la vida adulta.	47
111		
6.	Análisis y resultados de las tablas de vida.	48
6.1	Calendario de la primera relación sexual.	49
6.2	Calendario de la primera unión conyugal.	52
6.3	Calendario del primer embarazo.	57
CAPÍTULO IV: Análisis sociodemográfico de las transiciones a la vida adulta de las mujeres.		63
1.	Precisiones sobre el modelo de Cox.	63
2.	Construcción de las variables.	66
3.	Análisis y resultados de los modelos de Cox.	72
3.1	Primera relación sexual.	72
3.2	Primera unión conyugal.	75
3.3	Primer embarazo.	77
CONCLUSIONES.		81
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.		88

INTRODUCCIÓN

La presente investigación se enfoca al análisis del inicio de la adultez a través de tres transiciones importantes en el ámbito personal de las mujeres mexicanas las cuales son: la primera relación sexual, la primera unión y el primer embarazo. Este estudio tuvo como propósito el examinar el calendario de estos eventos y conjuntar el análisis con las variables sociodemográficas asociadas a estas transiciones.

El marco teórico del que se partió es la perspectiva del curso de vida, mismo que facilita el análisis de las trayectorias y de las transiciones de los individuos, los cuales se encuentran inmersos dentro de una compleja configuración de roles y estatus desempeñados que van configurando su propia vida.

Un aspecto importante del que parte este enfoque, es que toma en consideración que sí bien existen ciertas transiciones denominadas normativas, no por ello todos los individuos habrán de seguir la secuencia de las mismas. Ya que por ejemplo, para alcanzar el estatus de adultez, más que creer que éste se presentará con el cumplir de determinada edad, socialmente se podría esperar que un individuo concluyera sus estudios, comenzará a trabajar, se emancipara del hogar paterno, contrajera matrimonio y posteriormente comenzara su reproducción.

Sin embargo, se debe tener en cuenta que en la realidad esto no siempre sucede, ni tendría que ser así, ya que las personas van decidiendo a lo largo de su vida los pasos que habrán de dar para la consecución de sus metas y de su proyecto de vida. Aun cuando también es cierto que no siempre los sujetos tienen amplios márgenes de actuación, ya que en ocasiones, condicionamientos económicos, políticos, sociales y culturales les constriñen sus decisiones, conduciéndoles o incluso obligándoles a elegir ciertas acciones que de tener mayores oportunidades no siempre aceptarían, o tenderían a retrasarlas hasta haber conseguido otros objetivos o simplemente haber disfrutado más de la vida en la etapa previa a la transición.

Un tema al que el análisis del curso de vida le ha dedicado un gran espacio es lo referente a las transiciones a la vida adulta; ello es así ya que los jóvenes, en este caso mujeres, se enfrentan al hecho de tener que elegir una serie de acciones que marcarán su vida presente y futura, así como la de su descendencia. Ya que en esta etapa se les impulsa a elegir entre continuar estudiando o ingresar al mercado laboral, estudiar unos cuantos años, o proseguir con una carrera técnica o una profesional, continuar viviendo en la casa paterna o mudarse, casarse y asumir los roles de esposa o continuar con su soltería, tener un hijo como madre soltera o dentro de un matrimonio o postergar la llegada de los hijos, entre otros aspectos.

No obstante lo anterior, se sabe que en las mujeres de países como México, las tres transiciones aquí estudiadas se presentan en los primeros años de su juventud, con intervalos cortos entre una y otra. Siendo en la mayoría de los casos, la iniciación sexual con el novio o el esposo, transcurriendo poco tiempo para que la mujer se una, sino es que ya lo ha hecho, al que será su

esposo, y debido a las presiones sociales y al mandato de iniciar la fecundidad poco después de constituida la unión, comience la procreación, empleando métodos anticonceptivos hasta que este embarazo ha concluido.

Si bien esto es cierto, existen mujeres con determinadas características sociales, económicas y culturales más propensas a acelerar o a retrasar dichas transiciones, por tal, importa precisar tanto el calendario de ocurrencia de éstas, como los factores asociados a las mismas, ya que se considera que la forma y el tiempo en que sucedan tendrá implicaciones en la vida futura de estas mujeres.

Para ello se dividió el presente estudio en cuatro capítulos. En el primer capítulo se hace una revisión teórica sobre el curso de vida como un acercamiento analítico para el estudio de dichas transiciones, en él se abordan conceptos que permiten su comprensión tales como la división de tiempos en histórico, social, familiar e individual, la edad cronológica, las transiciones y trayectorias y los conceptos de adolescencia, juventud y adultez, entre otros temas. Ello permite contar con un marco de referencia para analizar las transiciones desde una perspectiva amplia de acción, ya que éstas no suceden de manera aislada, sino que tienen relación con los procesos macrosociales que vive una nación y aún el mundo globalizado. Además de ello, es muy importante tomar en cuenta el factor del tiempo, tanto biológico como social e histórico, ya que éste también marcará los momentos en que las personas habrán de vivir estas situaciones.

En el segundo capítulo se documentó la forma en que las mujeres mexicanas realizan estas transiciones, para ello se recurrió tanto a estudios cualitativos como cuantitativos que dan cuenta de su calendario, así como de los factores asociados a dichas transiciones, lo cual permitió sustentar teóricamente la inclusión de determinadas variables en las tablas de vida y en los modelos estadísticos.

En el tercer capítulo se realizaron tablas de vida controladas por cada uno de los ejes principales de análisis del estudio, esto es por cohorte de nacimiento, por ámbito de socialización y por estrato socioeconómico de las mujeres para cada una de las transiciones en estudio, ello a fin de precisar el calendario de ocurrencia de las mismas, hallándose que las edades medianas de las mujeres al momento de las tres transiciones se encuentran entre los 17 y los 22 años, mostrando edades muy tempranas de iniciación de la vida sexual, conyugal y reproductiva, que al conjuntarse con factores demográficos tales como el aumento de la esperanza de vida, estarían permitiendo

afirmar que las mujeres vivirán un mayor tiempo en la condición de madres y de esposas con relación a aquellas que lo hicieron en décadas pasadas.

En tanto que en el cuarto capítulo se realizaron tres modelos de Cox, estimando así la influencia de variables independientes en la ocurrencia de estas tres transiciones. De estos factores se vio que existe una asociación positiva entre estrato socioeconómico y cada una las transiciones. Asimismo, el ámbito de socialización urbana y el que la mujer hubiera trabajado al momento de las transiciones, fueron factores que contribuyeron a disminuir la velocidad de inicio de las mismas, no

sucedendo así con las variables de religión, condición de indigenismo y educación, por tal, se ofrecen algunas posibles respuestas al respecto. Por último, se presentan las conclusiones derivadas de los hallazgos encontrados, además de las líneas de investigación sugeridas para nuevas investigaciones.

Finalmente, es de comentarse que si bien se han hecho en México algunas investigaciones sobre curso de vida, transiciones a la adultez e inicio de la vida sexual, conyugal y reproductiva¹, mismas que han servido de antecedente al análisis aquí planteado, existen algunas diferencias entre este estudio y los demás que merecen ser destacados, ya que aquí se realiza el examen de transiciones a la vida adulta partiendo del enfoque del curso de vida, tomando como ejes de análisis la cohorte, el estrato socioeconómico y el ámbito de socialización, determinando para la población estudiada, tanto el calendario, como algunas variables asociadas a estos tres eventos en mujeres de ocho estados de la República Mexicana, empleando para ello la técnica de tablas de vida y los modelos de riesgos proporcionales, en tanto que en otros estudios se tiende a priorizar sólo uno o dos aspectos de los ya mencionados, más no todo en conjunto o se valen de otro tipo de técnicas estadísticas o de marcos teóricos para ello. Entre las contribuciones más importantes de esta investigación, destaca precisamente el empleo de los tres ejes de análisis para determinar diferencias en el calendario de la iniciación a la vida adulta, comprobándose que según sea el bagaje cultural, educativo, histórico, social y económico, será el tiempo y la forma en cómo estas transiciones se realizarán.

¹ Entre las investigaciones consultadas más representativas destacan las realizadas por: Tuirán (1998, 1999 y 2002), Quilodrán (2001, 2003 y 2004), Samuel y Seville (2005), Brugeilles y Samuel (2005), Amuchástegui (1998, 1999 y 2001), Parrada y Zenteno (2005), Camarena (1999), Ojeda (1989), Echarri (2005a y b), Echarri y Pérez (2003) y Welti (2005).

CAPÍTULO I

CURSO DE VIDA

Dentro de los estudios sociales y especialmente demográficos, ha ido surgiendo un especial interés por conocer cómo es que las personas realizan el paso de la niñez a la edad adulta, ya que esta transición no se da únicamente con el correr de los años, sino que requiere de la realización de ciertos eventos en el ámbito laboral, académico y familiar de las personas que van marcándoles la entrada a la vida adulta. Para su estudio se cuenta con el enfoque del curso de vida, el cual a continuación se detallará, incluyendo algunos de los conceptos claves al respecto, como son las trayectorias y transiciones, el tiempo individual, familiar, social e histórico, la edad cronológica del individuo, así como el concepto de adolescencia, juventud y adultez, todo ello con la finalidad de adentrarse en el tema en cuestión, es decir, las transiciones a la vida adulta de las mujeres mexicanas.

1. EL CURSO DE VIDA COMO ACERCAMIENTO ANALÍTICO

La perspectiva del curso de vida permite el estudio de individuos y familias a través del tiempo y del contexto histórico de generaciones sucesivas (Elder, G., 1978, traducción libre). Su origen se haya en los estudios realizados por la escuela sociológica de Chicago, en donde se utilizaban historias de vida como instrumentos para el análisis del cambio social y su relación con las trayectorias de vida individuales y familiares (Elder, G., 1978).

El curso de vida de los individuos consiste en una compleja configuración de roles y estatus desempeñados dentro de diferentes dominios institucionales² a lo largo de sus vidas, ya sea de manera secuencial o simultánea (Tuirán, 1999). Es decir que cada individuo va asumiendo, según su edad y posición institucional, diferentes papeles que van conformando su historia personal.

Para la reconstrucción del curso de vida de las personas se debe tener en cuenta que éste es un proceso complejo y multidimensional constituido por trayectorias múltiples, que se va

² El dominio del curso de vida se refiere a una esfera institucional, un campo de actividad, pertenencia o participación dentro del cual los individuos pueden ser observados en cualquier momento en el tiempo, (ya sea escuela, familia o alguna otra institución). Dicho concepto da significado a la idea de las transiciones del curso de vida (Tuirán, 1999).

continuamente estructurando a partir del cruce y articulación de las diversas e independientes trayectorias que los individuos siguen a lo largo de su vida en diferentes ámbitos o dominios institucionales y sociales, como son la familia, la escuela y el trabajo.

A su vez, esas trayectorias son moldeadas tanto por el propio individuo, sobre la base de su experiencia previa, sus condiciones objetivas de vida, sus aspiraciones y expectativas futuras, como por las influencias ejercidas y los condicionamientos impuestos por el entorno cambiante que se le va presentado en las distintas etapas de la vida (Camarena, 1999).

Tuirán (1999) menciona que el curso de vida enfatiza la construcción social de la biografía al analizar en conjunto, el desarrollo individual y familiar con las grandes estructuras y procesos macrosociales. Este análisis permite identificar las transiciones de los individuos a lo largo de las diferentes fases de la vida, así como explorar la especificidad, rasgos estructurales y ramificaciones sociales, institucionales e individuales de tales movimientos. Por ello este tipo de estudios hacen hincapié en la interrelación individuo- sociedad en la conformación de sus opciones y determinantes de vida.

El eje central de la perspectiva del curso de vida es la visualización de la vida personal como un proceso dinámico estructurado por, y a la vez estructurante de las diversas trayectorias que el individuo sigue en los distintos ámbitos o dominios en los que se mueve a lo largo de su tiempo de vida (Camarena, 1999).

Este marco tiene en cuenta que no todos los individuos transitan por todos los estados socialmente institucionalizados, ya que pueden saltarse unas etapas o regresar a alguna anterior (Tuirán, 1999). Asimismo, como Ojeda (1989) afirma, más que enfocarse a los procesos de transición de las personas, el curso de vida privilegia el análisis del ritmo o velocidad en que dichas transiciones se presentan.

Los estudios sobre el curso de vida que se han ido realizando han generado premisas de las cuales Tuirán (1999), realiza una breve reseña: el comportamiento humano se encuentra sujeto a una compleja matriz de influencias (culturales, económicas, sociales, institucionales, históricas y biológicas) durante el curso de vida. Dicho comportamiento y personalidad humana no están determinados de una vez y para siempre en las etapas tempranas del curso de vida, sino que son maleables a lo largo del mismo. Esto es que durante su existencia un individuo se encontrará expuesto a adquirir nuevas pautas de conducta, así como a adoptar ideas y valores diferentes a los adquiridos en la primera parte de su vida, mismos que lo llevarán a transformar su forma de pensar y actuar dependiendo de sus circunstancias individuales y sociales y de sus motivaciones personales.

Los múltiples determinantes del comportamiento humano expresan su influencia interactiva y acumulativamente, definiendo complejas trayectorias o historias de vida. Lo cual permite pensar

que si bien existen factores que conducen a ciertos resultados, estos se encuentran en interrelación con otros elementos que se suscitan en los diferentes ámbitos en que la persona se va desenvolviendo a lo largo de su vida, haciendo poco factible el cumplimiento general de transiciones normativamente establecidas por la sociedad.

Los individuos son participantes activos de su propio desarrollo; no son receptores pasivos de normas culturales y reglas institucionales, sino que son capaces de interpretarlas y de reaccionar frente a ellas. Esta postura retoma a la persona como un ente activo y protagonista de su vida, aun en medio de opciones restringidas de acción.

Por último, la relación entre sujeto y sociedad es mutuamente influyente. Las instituciones sociales funcionan como instancias estructuradoras de comportamientos y actitudes, pero al mismo tiempo son estructuradas por las acciones de grupos e individuos, lo cual supone una relación activa entre la persona y su entorno, en donde ambos confluyen y se modifican permanentemente.

1.1 Transiciones y trayectorias

Elder (1985:31 citado en Tuirán, 1999) afirma que la dinámica del curso de vida tiene lugar en la interrelación entre trayectorias y transiciones, las cuales es preciso distinguir entre sí. Una diferencia fundamental entre ambos términos radica en su temporalidad, ya que como Tuirán (1999) menciona, una trayectoria se da en un extenso lapso de tiempo, mientras que una transición se sucede en un espacio corto de tiempo.

Las transiciones van constituyendo y afectando a las trayectorias individuales, dándoles significados y formas distintivas de acuerdo al orden y momento en que las primeras se suscitan. Para evaluar las consecuencias a largo plazo de las transiciones es necesario tomar en cuenta el calendario y orden en que éstas suceden (Tuirán, 1999).

Asimismo, las transiciones implican la ocurrencia de eventos cruciales en la vida de las personas, mismos que son creados y reconocidos por la sociedad para incorporar a los individuos dentro de determinados roles e instituciones socialmente consensuados. A su vez, las transiciones involucran movimientos dentro, al interior o entre dominios institucionales específicos, así como la separación de o la integración a esferas particulares de actividad y en alguna medida el rechazo, la adaptación o aceptación de una nueva configuración de roles y estatus (Tuirán, 1999).

Van Gennep (1960), acorde con lo anterior, concibe a las transiciones de las personas como “ ritos de paso ”, en los cuales se presentan ceremonias que tienen el propósito de permitir al individuo dicho tránsito. Se habla por tal de rituales necesarios para la legitimación social tales como la iniciación sexual de los varones o la sanción social del matrimonio, ya sea civil y/o

religioso, mismos que son proporcionados por la sociedad para la construcción de la identidad de los individuos que los convierte en miembros de otro grupo social determinado.

Tales ritos, de no realizarse, pudieran llevar en ciertos ámbitos, a la censura social de aquellos miembros que se niegan a cumplir con ellos. Aunado a lo anterior, como Amuchástegui (2001) menciona, el ritual proporciona una manera socialmente sancionada para constituir la experiencia y asignar significados a las acciones, sentimientos y pensamientos individuales.

Por su parte, Van Gennep (1960) subdivide los ritos de paso en ritos de separación, de transición y de incorporación, afirma que el individuo necesita primero separarse del mundo de donde proviene, para luego entrar en una fase indefinida en donde no es lo que era ni lo que será, requiriéndose de un período de aislamiento para después ser incorporado al grupo pero dentro de una nueva posición social. Es dicho periodo de aislamiento el que él denomina propiamente como de transición.

Este autor afirma que muchos de estos ritos son de naturaleza sexual, mismos que separan al individuo del mundo asexual de la niñez para incorporarlo al mundo adulto por medio del ejercicio activo de la sexualidad. Entre esos ritos se pueden mencionar la iniciación sexual, la unión y la paternidad/maternidad, de las cuales las dos últimas son definidas dentro de la perspectiva del curso de vida, como transiciones a la adultez.

De tal manera que este esquema, aplicado a la primera unión, podría indicar un periodo de aislamiento en donde la pareja se conoce y va estableciendo lazos afectivos y/o sexuales, para posteriormente tomar la decisión de unirse conyugalmente, realizándose la transición de solteros a unidos ya sea mediante la celebración de un contrato matrimonial, el matrimonio religioso, el hablar con los padres para salirse de la casa e irse a vivir en pareja o el “ robo de la mujer ” , pasando los novios al estatus de casados ante los ojos de la sociedad. De forma similar pudiera emplearse el esquema para el análisis de la primera relación sexual y el primer embarazo, en este caso de mujeres mexicanas.

1.2 Tiempo histórico, social, familiar e individual

Para el abordaje del curso de vida es de especial relevancia el uso del lenguaje del tiempo, ello se debe a que este marco incorpora la dimensión temporal como expresión de la vida social e institucional de los individuos para la construcción de las biografías personales

(Tuirán, 1999). Por tal, es que se analiza la interacción entre el tiempo individual, familiar, social e histórico.

Tuirán (1999) menciona que el tiempo histórico se refiere al orden o dirección de las vidas de los individuos según estén influidas por eventos históricos tales como guerras, catástrofes, periodos de crisis y prosperidad económica o eventos especiales de carácter político y social. Al ahondar sobre el tema, el autor afirma que el tiempo histórico es el conjunto de los cambios sociales, económicos, institucionales y culturales en la sociedad. Se puede decir que las transformaciones históricas del entorno social dejan su huella en las trayectorias seguidas por los integrantes de cohortes sucesivas de nacimiento, por lo que cambios que afectan a todo un país o a una región, pueden llegar a influir en el comportamiento general de una o varias generaciones, llevando a cambios muchas veces impensados 10 o 20 años antes.

Por otra parte, el tiempo social se refiere al orden inducido por normas culturales y estándares sociales relativos al calendario y secuencia de eventos, actividades y relaciones significativas en las vidas y biografías humanas (Tuirán, 1999). Este tiempo es particular de cada sociedad y se va construyendo permanentemente en torno a los valores y pautas culturales que privan en ese momento.

Mientras que el tiempo familiar señala la ocurrencia de eventos tales como el matrimonio, el tener hijos, dejar el hogar y en general la transición de los individuos entre diferentes roles conforme la familia se desenvuelve a lo largo de su propio curso de vida (Ojeda, 1989). Finalmente, el tiempo individual hace alusión al biológico-social de los individuos, éste se encuentra estrechamente sincronizado con el tiempo familiar, social e histórico, ya que si bien el individuo va escogiendo entre diversas opciones de vida, estas opciones se encuentran condicionadas por sus circunstancias familiares, su posición socioeconómica, las normas culturales que privan en el lugar en que reside y por las condiciones históricas del momento.

Ahora bien, Camarena (1999) afirma que un agente importante que ha participado de manera deliberada o no en la segmentación del tiempo de vida, en la consolidación, formalización, establecimiento y transformación de sistemas de gradación por edad, ha sido el Estado. Ello lo ha hecho al imponer edades en que un individuo puede y debe acceder a determinados servicios, cumplir con ciertas obligaciones o detentar ciertos derechos o prerrogativas, lo que ha llevado a un mayor establecimiento de las edades estándares para eventos comunes como son la entrada a la escuela, el acceso a la ciudadanía y a la mayoría de

edad, las edades mínimas a partir de las cuales las personas pueden contraer matrimonio o solicitar los servicios de programas dirigidos a la tercera edad, entre otros aspectos.

A este respecto, se argumenta que las distintas instituciones que componen a la sociedad realizan demandas sobre los tiempos en que los roles se deben cumplir, tales como las edades en que se debe estudiar, trabajar, casarse y comenzar la crianza de los hijos, siendo en ocasiones, poco compatibles los roles exigidos dentro de un mundo globalizado que demanda de los individuos, competitividad y eficiencia en ámbitos como el trabajo y el estudio, por lo que en ocasiones las personas se ven obligadas a decidir por una opción en detrimento de otras, a posponerlas o incluso a alterar su orden según la prioridad que le otorguen a cada una de sus opciones de vida y la edad cronológica en que se encuentren, de ahí que exista una gran variedad de trayectorias de vida.

1.3 Edad cronológica

Continuando con el tema del tiempo, el curso de vida se sustenta en la gradación por edad, lo cual implica que a cada edad cronológica se le asignen roles sociales y expectativas a realizarse (Tuirán, 1999). Ello ha llevado a transformar el tiempo biológico en tiempo social (Camarena, 1999), ya que si bien un individuo puede elegir cómo distribuir su tiempo de vida, dichas elecciones las realiza dentro de un marco social e institucional que lo condiciona y lo restringe a realizar determinadas transiciones dentro de rangos de tiempo más o menos acotados.

En dicha estructuración se ve a la vida como una secuencia de fases o etapas separadas entre sí por eventos socialmente significativos o transiciones normativamente definidas, lo que ha ido permitiendo la organización social al colocar a las personas en un contexto institucional y social crecientemente diferenciado y segmentado según la etapa de la vida en que se encuentre. De tal manera que los diferentes momentos en la vida de una persona están hoy en día más claramente diferenciados y las fronteras más estrictamente marcadas por la edad, lo que a su vez significa que las transiciones sean más abruptas entre las diferentes etapas del ciclo de vida y entre o dentro de los dominios del curso de vida (Tuirán, 1999, 2002).

Ojeda (1989) afirma que dentro de la sociedad, la edad cronológica señala el proceso de maduración biológica de las personas y es reconocida como un indicador en la ocurrencia de eventos sociodemográficos tales como la nupcialidad y la fecundidad. De igual forma, la edad le sirve al individuo para efectuar un balance entre acciones realizadas y planeadas, así

como entre el tiempo vivido y el que espera vivir (Tuirán, 1999), lo que le lleva a decidir sobre las siguientes acciones vitales que habrá de realizar para el logro de sus expectativas y necesidades con base, entre otros aspectos, en el momento del ciclo de la vida humana en que se encuentre y en las opciones de vida que se le presenten.

1.4 Conceptos sobre adolescencia, juventud y adultez

Las etapas del ciclo de la vida humana fueron propuestas por Erikson (1981), quien distingue ocho momentos en la vida de las personas: niñez, primera infancia, edad de jugar, edad escolar, adolescencia, adultez joven, madurez y vejez. De este esquema extraído del psicoanálisis se parte para estudiar a la infancia y adolescencia, las cuales son vistas como fases de tránsito o preparación para la conformación de la etapa adulta.

Para el análisis que aquí se desarrolla, conviene precisar tanto lo que se entiende por adolescencia y juventud como por adultez a fin de poder operacionalizar dichos conceptos al emplear las herramientas estadísticas.

La idea de la adolescencia como un período entre la madurez sexual y la asunción de las responsabilidades como adulto, es una noción relativamente joven. Aun cuando los romanos admitían la existencia de un estado intermedio entre el niño y la persona joven (Rocheblave, 1989), en las sociedades preindustriales se dejó de lado esta noción, ya que la norma era el matrimonio y la procreación temprana poco después de que se diera la menarca o máximo cuatro años después de iniciada (Estado de la Población Mundial, 1998). Por ello los individuos, sobre todo las mujeres, no vivían ni concebían a la adolescencia como actualmente se le considera, ya que de la infancia debían pasar a asumir las labores y responsabilidades que se les confería a los adultos, por tal motivo, a la mujer se le preparaba desde muy temprana edad para ser madre y esposa, mientras que al hombre se le entrenaba en un oficio o profesión que le permitiera sostener económicamente a su futura familia.

La concepción de adolescencia surgió en el siglo XIX, teniendo su origen en la industrialización y urbanización, la cual fue demandando cada vez más de individuos preparados y entrenados, mismos que necesitaban una educación y capacitación más prolongada para el ingreso en la vida social y económica fuera del hogar, permitiendo así, el desarrollo de características específicas que distinguen a dicha fase, lo que a su vez ha contribuido a la extensión de la adolescencia. Esta idea de adolescencia como una etapa particular de la vida y diferente a la niñez y a la edad adulta se ha visto intensificada por la madurez sexual más temprana, el matrimonio más tardío y los cambios en las formas de la

familia (The Alan Guttmacher Institute, 1998), así como por la influencia de los medios de comunicación como creadores e impulsores de estereotipos juveniles.

La adolescencia era considerada por los romanos como un proceso y no como un estado relativamente estable y acabado, era vista como un paso de un estadio a otro, en este caso de niño a joven (Rocheblave, 1989). Acorde con esa consideración, Rico de Alonso (1986) define a la adolescencia como “ una etapa transicional entre la niñez y la edad adulta, caracterizada por cambios biológicos a los que se asocian conductas, reacciones y definiciones culturales. ”

Sin embargo, Barrera y Kerdel (1987:13) definen a la adolescencia como “ una fase cronológica comprendida entre los 10 y 20 años de edad (de 10 a 18 para las mujeres y de 12 a 20 o 21 para los varones) ” . Cabe recordar que no se ha logrado definir una edad exacta en la cual comienza y termina la adolescencia, ello debido a que existen amplias variaciones individuales y culturales que la determinan.

Tal falta de precisión en la conclusión de la adolescencia se debe a que si bien ésta tiene un inicio biológico, su fin es psicosocial (Monroy y Mora, 1980). El criterio que se utiliza para establecer la conclusión de este período depende del grado de la adaptación social, sexual, ideológica y vocacional más que de la edad cronológica en sí (Molinari y Aguilar, 1993).

Algunas de las características que se han señalado y que podrían indicar la resolución de la adolescencia son: la separación e independencia de los padres, el retorno a ellos en una nueva relación fundada en una igualdad relativa, el establecimiento de la identidad sexual, la capacidad de mantener relaciones duraderas y de unir el amor sexual genital con las emociones de ternura y afecto en dichas relaciones, la elaboración de un sistema personal de valores éticos y la aceptación de un trabajo u oficio, entre otros aspectos (Monroy y Mora, 1980). Mismos que vienen a mostrar que más que características biológicas que indiquen la finalización de esta etapa, son aspectos sociales, psicológicos e individuales los que configuran el término de la adolescencia.

Por otra parte, el término de juventud surge en la Edad Media, retomando las concepciones del mundo clásico que interpretaba la biología humana por medio de “ las edades de la vida ” o “ edades del hombre ” ; es en este momento histórico en que aparece enunciada la juventud. En este contexto y hasta el siglo XVIII, juventud significaba plenitud de vida o mediana edad, mientras que el término adolescencia era confundido con el de infancia o ni siquiera era tomado en consideración (Pérez Islas, 2004).

Ahora bien, la idea de juventud como categoría social surge a fines del siglo XVIII como una forma de distinguir al joven del niño y del adulto, con ella la sociedad comienza a asumir a la juventud como una fase específica de la vida durante la cual le son impuestas al individuo ciertas demandas y tareas que definen y canalizan sus comportamientos como joven (Castro-Pozo, 2004). En esta etapa por ejemplo, se dan prescripciones sociales que incluyen responsabilidades y roles sociales que provienen de códigos culturales difundidos por la tradición. La juventud por tal, representa un lapso durante el cual el individuo define el papel que se propone desempeñar dentro de la sociedad (Quilodrán, 2004), realizando en éste gran parte de sus elecciones vitales.

Como Quilodrán (2004) apunta, es importante tener en cuenta que en el concepto de juventud se entrecruzan en su límite inferior, los tiempos de transición entre la niñez y la adolescencia y en el superior, los de la adolescencia y de la edad adulta. Para acotar su límite inferior se utilizan hechos biológicos característicos de la adolescencia, mientras que en el límite superior existen una serie de factores, además de los biológicos y psicológicos, que indican la conclusión de la juventud (Esteinou, 2005). Por lo que dicha definición tiene que ver con elaboraciones de orden cultural alrededor de hechos biológicamente determinados. Esta etapa está caracterizada por el desarrollo emocional y cognoscitivo propiamente relacionado con la construcción de la identidad y de la práctica de la sexualidad.

Al respecto cabría preguntarse qué tanto en la realidad, el total de los individuos de un país o región determinada viven dicho espacio, ya que éste, al igual que la adolescencia, pudieran ser fases de vida destinadas a determinados sectores de la sociedad que están en posibilidad de acceder a la educación por más tiempo y así prolongar su etapa como jóvenes que comparten una misma cultura y expectativas de vida, en contra parte con otro sector de la sociedad, homólogo únicamente en la edad, que no tiene acceso a la misma y que ve truncada esta etapa o que ni siquiera la llega a vivir, realizando sus transiciones a la vida adulta de manera muy temprana, como es el ingresar al trabajo en la infancia o embarazarse muy joven, con las consecuencias económicas, sociales y emocionales que ello implicaría.

Además de que en países tan heterogéneos como México, es difícil considerar que el concepto de juventud se pueda aplicar a todos por igual, ya que existen diferencias al interior del mismo que distinguen a un joven de estrato socioeconómico alto de uno bajo, o a una persona que vive en un lugar urbano de uno rural, entre otros aspectos.

Las reflexiones anteriores se reflejan en las divergencias al momento de delimitar la edad de inicio y término de la juventud, lo cual se observa en las definiciones dadas por distintos organismos. Así, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) define a los

jóvenes como aquellos que se encuentran entre los 15 y los 25 años de edad, en tanto que la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) considera a las personas entre 10 y 29 años como jóvenes, mientras que el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ) ubica a esta etapa entre el rango de los 12 a 29 años (Esteinou, 2005). De las anteriores definiciones aquí se empleará aquella que CEPAL proporciona ya que es la que abarca los rangos de edades que en este estudio se utilizan.

En otro orden de ideas, si bien se cuenta con un amplio conocimiento emanado de disciplinas diversas como la psicología, la biología y la antropología sobre los dos conceptos anteriores, no sucede lo mismo cuando se pretende definir a la adultez, ya que pareciera ser un concepto que alude a todo lo que no se refiere a la niñez, adolescencia o vejez, el cual muchas veces es marcado por la entrada a la mayoría de edad, situación que en algunas sociedades sucede a los 21 años y en otras como la mexicana, a los 18 años, sin embargo esta precisión jurídica no indica la diversidad de características que rodean al ser adulto.

Ahondando en el tema, Erikson (1981) apunta que la adultez remite a pensar en un estado de haber madurado, de haber alcanzado la etapa de alguien que ahora alimenta, concibe y produce. Por su parte Jordan (1981) alude a la existencia de una conciencia de la maduración como proceso, de la adultez como algo que la gente llega a ser cuando crece. En ambas definiciones se puede encontrar la idea de un estado en el cual el individuo ya es considerado como un ser productivo, maduro, creativo y capaz de reproducirse así mismo y a su sociedad, el cual se ha alcanzado luego de haber atravesado por distintas etapas o transiciones.

1.5 Transiciones a la vida adulta

Si bien a lo largo de la vida se van realizando transiciones que llevan a la persona a pasar de un estatus y de una etapa del desarrollo humano a otra, el curso de vida se ha enfocado mayormente al estudio de las transiciones a la vida adulta. Ello es así ya que se considera que dicho paso es de vital importancia para el desarrollo futuro de la persona, ya que de eso dependerá a lo que se dedicará en los próximos 20 o 30 años y/o con quién habrá de compartir su vida en su rol de pareja y de padre o madre, entre otros aspectos.

El paso a la adultez es conceptualizado como un proceso multidimensional que supone la experiencia de varias transiciones claves en diferentes dominios institucionales, como son la familia, la escuela y el trabajo (Tuirán, 1999). La transición a la adultez es como afirma Lloyd (2005, traducción libre) un estado crítico del desarrollo humano durante el cual

los jóvenes dejan atrás la niñez y adquieren nuevos roles y responsabilidades. Este es un periodo de transiciones sociales, psicológicas, económicas y biológicas que demanda de cambios emocionales y de importantes elecciones en los distintos ámbitos de la vida. Es importante aclarar que dicho paso varía de persona a persona, ya que es un proceso gradual en el que entran en interrelación tanto los aspectos biológicos, como los cambios psicológicos y sociales, mismos que llevan a una persona a ser considerada como un adulto. Jurado (2001), resume lo anterior al afirmar que esta transición es un proceso marcado por una serie de eventos interrelacionados que toman lugar en diferentes ámbitos de la sociedad.

Complementando lo anterior, Tuirán (1998, traducción libre) menciona que la transición a la adultez es crucial en el curso de vida de los individuos debido a que representa una coyuntura crítica en la historia de vida personal, la cual conecta el origen social con los subsecuentes logros y satisfacciones en la vida adulta.

Tuirán (1999) menciona que las transiciones que marcan el paso de la adolescencia o juventud a la edad adulta son la salida de la escuela, el ingreso al mercado laboral, la emancipación de la casa de los padres, el contraer matrimonio y el tener el primer hijo, mismos que son pasos que pueden representar una diferencia significativa en las perspectivas y el logro social de las personas a lo largo de sus trayectorias de vida.

Cabe mencionar que si bien comúnmente a la primera relación sexual no se le considera como una transición que posibilita la vida adulta, autores como Tuirán (1999) la incluyen como parte de estas transiciones, lo cual se justifica ya que por su naturaleza separa, como anteriormente se había comentado, al mundo asexual de los niños, del mundo sexual de los adultos, a la vez que posibilita que ocurran otros eventos tales como el matrimonio y la paternidad, por ello es que en esta investigación se incluye el estudio de la iniciación sexual, sea que ésta haya ocurrido antes o después de la unión, como un evento clave en la transición a la adultez, en este caso de las mujeres mexicanas.

Anteriormente, en los estudios sobre transición a la vida adulta se consideraba a ésta, como una serie de eventos independientes que ocurrían dentro de una secuencia normativa dada en el siguiente orden: salida de la escuela, primer empleo, salida del hogar paterno, primera unión y nacimiento del primer hijo (Hogan y Aston, 1986). No obstante, la transición a la vida adulta es un proceso en el cual cada persona va eligiendo o se ve obligada a seguir una trayectoria que finalmente lo conduce a la adultez (Hogan y Aston, 1986), de ahí que las connotaciones de joven y adulto difieran entre sociedades a través del tiempo y del espacio, dando como resultado la generación de trayectorias y cursos de vida distintos entre individuos distintos.

El estudio de la transición a la vida adulta es importante debido a que el paso de la adolescencia o juventud a la adultez no se da de manera automática con el cumplir de los años, sino que implica una serie de eventos sociodemográficos, en ocasiones interrelacionados o traslapados entre sí, que tocan diversos ámbitos de la vida personal, social y familiar de los jóvenes y que implican una serie de derechos y obligaciones para los mismos. Por tal, su análisis permite evaluar si el hecho de completar una transición hace más o menos probable la ocurrencia de otras transiciones. Para ello se debe tener en cuenta que las repercusiones de dicho tránsito variarán según sea la secuencia seguida, la edad de ocurrencia, el sexo de los individuos, los condicionantes y las características que enmarcan las transiciones y la elección o imposición de éstas, siendo por tal, hechos de la mayor trascendencia que afectarán el curso de vida futura de las personas.

Para el caso que aquí interesa y como Ojeda (1989) afirma, las transiciones pueden ser consideradas como ritos de pasaje en la vida de la mujer, pero sin duda son también eventos sociodemográficos que determinan transiciones familiares, sobre todo en sociedades como la mexicana, en que el desempeño de la mujer todavía se da mayoritariamente dentro del ámbito doméstico.

Concluyendo, el curso de vida permite analizar y comprender cómo es que las transiciones a la vida adulta de las mujeres, tales como la iniciación sexual, el matrimonio y la maternidad, son hechos que tienen estrecha vinculación no sólo con las características individuales de la mujer, sino también con el entorno familiar y social y con las condiciones de acceso a otros ámbitos de desarrollo personal como son la educación y el trabajo, mismos que determinan el calendario y la forma en cómo suceden estos eventos, afectando a su vez sus trayectorias de vida, tal como se verá en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO II

TRANSICIONES A LA VIDA ADULTA DE LAS MUJERES MEXICANAS

En este capítulo se hace una breve revisión sobre los aspectos teóricos relacionados con el calendario y con los factores asociados a la primera relación sexual, a la primera unión conyugal y al primer embarazo de las mujeres, tanto en México como en América Latina principalmente. Para ello se presenta un breve panorama sobre el contexto demográfico actual del país, así como los cambios en la situación de la mujer en México, lo cual sirve de marco para entender los factores asociados a las transiciones en el ámbito privado de estas mujeres.

1. ESCENARIO DEMOGRÁFICO MEXICANO

Durante el siglo XX se han presentado en México cambios demográficos que han ido configurando su actual perfil, mismo que ha pasado, tal como lo explica la teoría de la transición demográfica, de altas a bajas tasas de mortalidad y fecundidad (Notestein, 1945). Situación que ha impactado no sólo la actual conformación poblacional, sino en las pautas y normas de vida de la población en general y de las mujeres en particular.

Para el análisis del país, Partida (2005) divide los cambios demográficos por el que éste ha atravesado en tres etapas demográficas: la primera caracterizada por un rápido crecimiento demográfico (de 1930 a 1969), la segunda donde se presenta el descenso de la fecundidad (1970-1999) y la tercera en donde se establece la convergencia de los fenómenos demográficos (fecundidad y mortalidad) (2000-2050), dando como resultado el crecimiento de los grupos etarios a diferentes velocidades, según los momentos demográficos de que se hablen.

Ahondando en lo anterior, la primera etapa se dio en los años 30, en donde se presentó la baja de la mortalidad, misma que al no ser acompañada del descenso en la natalidad permitió un alto crecimiento demográfico y un rápido rejuvenecimiento poblacional entre 1930 y 1970 (Zúñiga y Vega, 2004, Partida, 2005). Posteriormente se presentaron cambios en la fecundidad, ya que las mujeres pasaron de tener 7.2 hijos, producto de la política pronatalista prevaleciente en ese momento que favorecía el crecimiento de las familias, a 2.4 hijos en el 2000³ (Zúñiga y Vega, 2004), es decir se presentó una disminución de cerca de 5 hijos por mujer, lo cual se reflejó también en la tasa de crecimiento del país que en 1930 era de 1.7%, alcanzando su máximo histórico en

³ Lo cual se explica por el deseo de las mujeres de determinadas cohortes, de comenzar a controlar su procreación, aunado a la disponibilidad de métodos anticonceptivos con que se dotó a los centros hospitalarios a fin de cubrir con las nuevas metas sobre el control de la natalidad que realizó el país a partir de la década de los 70.

1965 con una tasa de crecimiento de 3.5%, para situarse en el año 2000 en 1.3 % (Partida, 2005), como puede apreciarse en la siguiente gráfica:



Fuente: elaboración propia con base en datos obtenidos de Partida, Virgilio (2005) “ Transición demográfica, bono demográfico y envejecimiento en México ” , documento presentado en el seminario United Nations Expert Group Meeting of Social and Economic. Implications of Changing Population Age Structures, Naciones Unidas y el Consejo Nacional de Población, México, 31 de agosto al 2 de septiembre de 2005, ponencia 18

Otra manera de visualizar el crecimiento poblacional del país es a través del volumen, ya que de 18 millones de habitantes con que contaba el país en 1930 (Zúñiga y Vega, 2004), el último conteo de población 2005 reporta un total de 103.1 millones de habitantes, de los cuales 53 millones son mujeres y 50.1 millones hombres, lo que representa el 51.4 y 48.6%, respectivamente (INEGI, 2005).

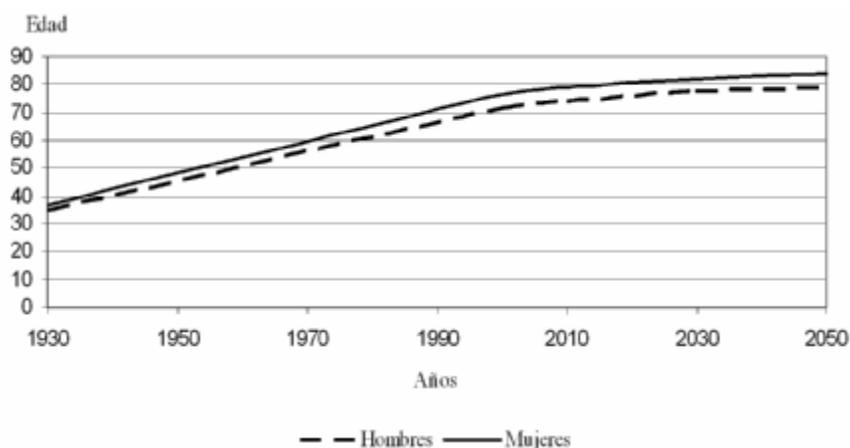
Al respecto es necesario hacer una precisión sobre las modificaciones en el comportamiento reproductivo de las mujeres, ya que ello ha implicado el nacimiento de un menor número de hijos por mujer, así como la aparición de pautas cambiantes en los intervalos entre nacimientos y en la duración del proceso de procreación, los cuales han impactado tanto la dinámica de la formación y expansión familiar, como las trayectorias de vida de los miembros de la familia (Tuirán, 2002).

Así también, otro factor que contribuyó al crecimiento poblacional fue el acelerado aumento de la esperanza de vida al nacimiento, la cual pasó de 35.9 años en 1930 para ambos sexos, a 74 años en el 2000 (Partida, 2005), misma que se espera continúe aumentando, lo cual ha permitido que a pesar de la disminución de la fecundidad, la población haya crecido considerablemente, ya que un mayor número de personas en cada cohorte llega a las edades avanzadas de la vida. Ello a su vez repercute en la toma de decisiones de los individuos, ya que al contar con un mayor tiempo, éstos pueden planear su vida en intervalos de tiempo más amplios, estando en posibilidad de alargar el tiempo en que desempeñan un rol determinado, por ejemplo

como hijo o estudiante, o el combinar diferentes roles familiares, alargándose en ocasiones el tiempo necesario para realizar ciertas transiciones personales.

En el siguiente gráfico se presentan las esperanzas de vida al nacimiento desagregadas para hombres y mujeres, observándose que en cada caso, es mayor el número de años que espera vivir la mujer, ello debido a factores tanto biológicos como culturales que conducen al fallecimiento de un mayor número de varones tanto en los primeros años de vida como a lo largo de la misma.

Gráfico 2.-Esperanza de vida al nacimiento, México 1930-2050.



Fuente: elaboración propia con base en datos obtenidos de Partida, Virgilio (2005) “ Transición demográfica, bono demográfico y envejecimiento en México ” , documento presentado en el seminario United Nations Expert Group Meeting of Social and Economic. Implications of Changing Population Age Structures, Naciones Unidas y el Consejo Nacional de Población, México, 31 de agosto al 2 de septiembre de 2005, ponencia 18.

Debido al crecimiento poblacional del pasado reciente, se han presentado diferencias en la conformación de la estructura por edad de la población, pasando de una población netamente juvenil en la década de los setenta, a un progresivo envejecimiento poblacional.

Por lo que respecta a las mujeres mexicanas, éstas han pasado de ser 8,433,718 en 1930 a 24,078,774 en 1970 y 49,954,845 mujeres en el 2000, quintuplicándose en 70 años, a pesar de que en términos porcentuales han sido cerca del 51 % de la población total.

En tanto que las mujeres ubicadas entre los 10 a 29 años, que es el periodo de edad analizado en este estudio, pasaron de 3,311,850 en 1930 a 10,023,591 en 1970 y 19,906,627 en el 2000, lo cual en términos porcentuales representó el 20 % de la población total de mujeres en los diferentes períodos mencionados.

1.1 Cambios en la situación de la mujer en México

Además de las diferencias en términos cuantitativos, es importante observar los cambios socioeconómicos que la mujer ha vivido a lo largo del último siglo en México a fin de ir ubicando el actual contexto social en que ésta se encuentra inmersa.

La mujer mexicana ha ido experimentando una gradual incorporación a la vida pública del país, ya que anteriormente se consideraba que el papel de ésta se encontraba exclusivamente en la casa, negándoseles muchas veces el derecho a estudiar o trabajar, con lo que se limitaban sus opciones de desarrollo exclusivamente al ámbito doméstico.

Sin embargo, progresivamente se fue dando un incremento de la escolaridad de las mujeres, tal como puede ser apreciado con datos de los censos de población de 1970 y de 1990, así como con la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID, 1997), mismos que indican que el nivel promedio de educación de las mujeres pasó de 3.2 a 7.1 años en casi 30 años. Si bien se observan estos incrementos, aún en épocas recientes existen amplias diferencias por área de residencia, ya que las mujeres rurales en 1997 contaban con tan solo 4.4 años en promedio de educación, en tanto que el promedio de las urbanas fue de 7.9 años (CONAPO, 2000).

Por otra parte, la incorporación de la mujer a la actividad económica ha crecido en los últimos 25 años, pasando de 17.6 % en 1970 (del total de mujeres de 12 años y más) a 36.8 % en 1997 (CONAPO, 2000). Las explicaciones a este incremento se encuentran tanto en factores sociodemográficos como económicos, entre los que destacan los cambios en las pautas matrimoniales, el descenso de la fecundidad, las transformaciones experimentadas en las relaciones de género, el acelerado proceso de urbanización y la elevación de los niveles educativos de las mujeres.

Aunado a lo anterior, se considera que dicho aumento es también una expresión de las estrategias generadoras de ingreso que las familias elaboran a fin de hacerle frente a las crisis y ajustes económicos, en donde las mujeres y otros miembros del hogar ingresan a la fuerza laboral a fin de sobrevivir a estas situaciones (CONAPO, 2000, Damián, 2003). Sin embargo, contrario a lo anterior, Damián (2003) afirma en su estudio que para el caso de México y Uruguay, los cambios en la participación laboral femenina no parecen estar asociados a períodos de auge o crisis económica, lo cual no sucede así en otros países latinoamericanos, en donde la participación de la mujer sí muestra relación con los ciclos económicos, por tal, no existe un consenso sobre el impacto de las crisis económicas en la participación laboral de las mujeres.

Otro argumento para explicar el incremento de la participación de la mujer se encuentra en la existencia de la expansión del empleo en las labores tradicionalmente femeninas, tales como las maquiladoras, los servicios y el comercio, además de que las actividades que ocupan comúnmente a

la fuerza de trabajo masculina han reducido su capacidad de generación de empleos debido a la caída del crecimiento de la producción o al cambio técnico que ha implicado la contratación de menos personal (CONAPO, 2000, Damián, 2003).

Es de hacer notar que si bien en la actualidad un mayor porcentaje de mujeres trabaja, éstas se insertan en actividades que no siempre les ofrecen seguridad laboral, tales como el trabajo por cuenta propia, en el cual destaca el familiar sin pago, el comercio informal, mismo que está conectado a las estrategias familiares de vida, y el trabajo asalariado en ocupaciones tradicionalmente consideradas como femeninas tales como el de profesoras y enfermeras, mismos que para 1997 emplearon al 21.9, 18.6 y 53.4%, respectivamente del total de las mujeres mexicanas que declararon realizar algún trabajo extradoméstico (CONAPO, 2000).

Como la literatura revisada muestra, existe una relación entre trabajo, educación y vida sexual y reproductiva de la mujer, considerándose que en espacios donde ésta se ocupa principalmente del ámbito doméstico y del cuidado de los niños, la mujer tenderá a casarse joven, existiendo una relación inversa en los casos en que se encuentre estudiando o trabajando (Parrada y Zenteno, 2005).

Para el caso mexicano a pesar de que lo anterior es cierto, Tuirán (2002) muestra que la intensidad y el calendario de los eventos relacionados con el comienzo de la vida familiar, tales como el casarse y comenzar la procreación, no han sufrido variaciones a lo largo del tiempo, ya que las mujeres mexicanas en general, continúan uniéndose muy temprano y teniendo su primer hijo poco después de iniciada la unión, lo cual impacta profundamente en sus opciones de vida futura.

Por tal, es importante investigar si existen diferencias en la transición a la vida adulta de las mujeres dependiendo del contexto en que se socializaron, el estrato socioeconómico de pertenencia y si trabajaron, y hasta qué nivel escolar estudiaron antes de iniciar su vida sexual y reproductiva. Para ello, en seguida se comentarán algunas evidencias teóricas que al respecto

existen relacionadas con el calendario y con las características asociadas a cada uno de los tres eventos en estudio, las cuales se contrastarán en los subsiguientes capítulos.

2. CARACTERIZACIÓN DE LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL

2.1 Datos estadísticos y cualitativos

Dentro de la sociedad mexicana existe la tendencia a afirmar que la edad a la primera relación sexual en el país ha descendido (Welti, 2005), es decir que actualmente los jóvenes inician su vida

sexual a una edad más temprana que en el pasado. Sin embargo, se debe tomar en cuenta que este tema se ha comenzado a estudiar muy recientemente, por lo que no siempre se tienen datos que reporten la edad a la primera relación sexual de cohortes alejadas en el tiempo, no siendo fácil realizar una comparación de ese tipo para afirmar que esta edad se ha adelantado. Además de ello, cuando se dan a conocer las edades promedio de iniciación a la vida sexual, se realizan con base a aquellos jóvenes que ya vivieron este acontecimiento, por lo que se deja fuera a todos los demás que aún no han experimentado el evento, con lo cual se presenta el problema de los casos truncados (Contreras y Hakkert, 2001).

Estos casos se refieren a las personas que contribuyen con años persona al riesgo de experimentar el evento en cuestión, pero que al momento de la entrevista aún no han vivido dicha situación. Ante esto, si bien es adecuado realizar medidas de tendencia central con base a dichos jóvenes, también es cierto que los resultados deben de interpretarse con cuidado a fin de no generalizarlos al total de la población joven, ya que ello podría sesgar la información, haciendo parecer que existe un descenso de la edad a la primera relación sexual, cuando en realidad se están obteniendo resultados con base a una población que ya vivió el evento. Lo mismo debe tenerse en consideración al analizar las otras dos transiciones presentes en la investigación.

Ahora bien, para el estudio de la edad a la primera relación sexual se pueden retomar algunos datos recolectados en otras investigaciones tanto a nivel nacional como internacional. Al respecto, Contreras y Hakkert (2001) realizaron un estudio en distintos países de América Latina, en el cual reportan que la edad típica de la iniciación sexual de las mujeres en estos países se ubicó por arriba de los 18 años,⁴ presentando diferencias por características socioeconómicas, así encontraron que a mayor nivel de escolaridad, mayor era la edad mediana de la primera relación sexual de estas mujeres, situación similar sucedió en caso de contar con un mejor nivel socioeconómico y/o vivir en áreas urbanas, por lo que concluyen que estos factores contribuyen al retraso del inicio de la vida sexual.

Estos autores afirman que la iniciación sexual típica de las mujeres en América Latina es relativamente tardía en comparación con la de las mujeres de Estados Unidos (mediana de 17.2 años) y del Reino Unido (17.4 años). Sin embargo, mencionan que en América Latina existe una mayor dispersión en la edad de la iniciación sexual, ya que hay un porcentaje relativamente elevado de mujeres que inician su actividad sexual antes de los 15 años y otro tanto que lo hace después de los 20 años.

⁴ Si bien los autores incluyen a lo largo de su estudio a diversos países de América, entre los que se encuentra México, en este dato sólo se tomó a Bolivia, 1998, Brasil, 1996, Colombia, 1995, Guatemala, 1995, Haití, 1995, Nicaragua, 1998, Perú, 1996 y República Dominicana, 1996, empleando para ello datos de las Encuestas Demográficas y de Salud DHS III, por sus siglas en inglés, Demographic and Health Surveys.

En cuanto a México, se tienen los siguientes datos: por una parte la Encuesta sobre Información Sexual y Reproductiva de Jóvenes (Núñez y Monroy, 1985 citadas en Pedrosa y Vallejo, 2000) realizada en población urbana, reporta que el 13.4 % de las mujeres y el 43.5% de los hombres de 15 a 19 años ya habían tenido relaciones sexuales premaritales al momento de la entrevista, en tanto que en el grupo de 20 a 24 años se incrementó el porcentaje en 39.1 y 85.7%, respectivamente. La edad promedio de inicio fue de 17 años para las mujeres y de 15.7 para los varones.

Datos relativamente similares se hallaron en la Encuesta sobre Comportamiento Reproductivo de Adolescentes y Jóvenes en el Área Metropolitana de la Ciudad de México (ECRAMM) ⁵ (DGPF, 1988, citada en Pedrosa y Vallejo, 2000), en donde se encontró una edad promedio de inicio de la primera relación sexual de 17 años para las mujeres y de 16 años para los hombres, con un 32.7% de adolescentes de ambos sexos que ya habían tenido contacto sexual antes de los 20 años.

Esta misma encuesta informó que únicamente el 31% de los varones y el 22% de las mujeres habían utilizado un anticonceptivo en su primera relación, lo cual indica que los adolescentes experimentan su primera relación sexual sin protecciones que les permitan prevenir tanto embarazos no deseados, como infecciones de transmisión sexual (ITS) o incluso el Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (VIH-SIDA), lo cual ha llevado a que se visualice al inicio de la sexualidad juvenil a edades tempranas como problemática, ya que al conjuntarse una serie de factores tales como la ausencia del uso de métodos anticonceptivos, el desconocimiento de cómo usarlos y donde adquirirlos y la edad, pueden generar circunstancias que lleguen a alterar la salud física, mental y social de las personas.

Así por ejemplo, Schlaepfer e Infante (1996b) afirman que entre más temprana es la edad de la primera relación sexual, mayor es la probabilidad de tener uno o más hijos en la adolescencia. Anotan que las madres adolescentes que tuvieron su primera relación sexual antes de los 15 años, tuvieron hijos subsecuentes antes de los 20 años con una frecuencia 2.6 veces mayor comparada con aquellas que la tuvieron entre los 15 y 19 años.

Complementando lo anterior, en un estudio realizado por Menkes y Suárez⁶ (2004) para indagar las razones por las cuales las mujeres analizadas no utilizaron métodos anticonceptivos en su primera relación sexual, encontraron algunas diferencias por edad y nivel de escolaridad, ya que

⁵ Esta encuesta se llevó a cabo como parte de un seguimiento a la Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud (ENFES) 1987, por parte de la Secretaría de Salud aproximadamente seis meses después de levantada la primera, misma que incluyó a los jóvenes entre 10 y 24 años, ello a fin de conocer los patrones reproductivos de los grupos juveniles de ambos sexos.

⁶ Las autoras realizan un diagnóstico de las condiciones socioeconómicas y demográficas de las mujeres de 12 a 24 años que participaron en la ENADID 1997, luego de ello presentaron un modelo de regresión múltiple para conocer la relación que algunas variables socioeconómicas de las entrevistadas guardaban con el embarazo.

aquellas de 15 a 19 años que tenían primaria dijeron no conocer métodos anticonceptivos, en tanto que las que tenían niveles de secundaria dijeron que buscaban embarazarse o no planeaban tener relaciones sexuales. Similares respuestas dieron las mujeres de 20 a 24 años, aun cuando también mencionaron que no utilizaron algún método ya que pensaron que no se embarazarían.

Estas autoras constatan que si bien el uso de métodos anticonceptivos ha aumentado entre las jóvenes, pasando de 11.3% en 1995 a 19.4% en el 2000, aún así cerca del 80% de las mujeres no utilizan alguna protección contra embarazos o contra enfermedades de transmisión sexual en su primera relación, lo cual se sospecha tiene sus orígenes en las desigualdades sociales y las relaciones de poder que permean estas prácticas (Menkes y Suárez, 2004). Y es que como Szasz (1995 citada en Menkes y Suárez 2004) afirma, el uso del condón está asociado con relaciones sexuales ocasionales y con mujeres alejadas del ideal femenino, con las cuales no se cree se deba formar parejas estables ni procrear, por tal, dichas prácticas y tabúes limitan la negociación de las mujeres respecto del uso de un método anticonceptivo.

Por su parte, Pedrosa y Vallejo (2000)⁷ encontraron que la edad promedio en que las mujeres de su estudio iniciaron sus relaciones sexuales fue de 16.3 años, mientras que en los hombres el promedio fue de 15 años. El 51% de aquellos que ya habían experimentado la primera relación sexual declararon haber hecho algo para evitar un embarazo. El método anticonceptivo más usado en ambos sexos durante la primera relación sexual fue el condón. Mientras que el motivo por el cual el otro 49% de los adolescentes no utilizó un método en su primera relación se debió a que no habían planeado la relación, situación que se repitió en las relaciones subsecuentes.

Por tal, se puede concluir que la edad de iniciación sexual de las mujeres mexicanas varía entre los 16 y los 17 años, sin embargo es interesante observar bajo qué condiciones sucede dicha experiencia sexual.

2.2 Características sociodemográficas

En la comprensión de la iniciación sexual femenina no se puede dejar de aludir a las pautas culturales que privan en sociedades como la mexicana o las de Latinoamérica, en las cuales se estipula para las mujeres, la prohibición de tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Este tipo de preceptos tienen a su vez un origen religioso que si bien ya no se encuentra tan presente y tan concientemente expresado en las generaciones actuales, si ayudan a entender el valor que aún hoy

⁷ Las autoras presentan estos datos como parte de una investigación cualitativa y cuantitativa que fue aplicada a escuelas de nivel medio y superior de la Ciudad de México entre 1993 y 1994. La muestra encuestada fueron 232 adolescentes de ambos sexos cuyas edades fluctuaban entre los 15 y los 19 años.

en día se le atribuye a la virginidad de la mujer y que está relacionado con el culto y el mito de la Virgen María como símbolo femenino de pureza, digno de ser emulado por las mujeres (Amuchástegui, 2001).

Se considera que el catolicismo impulsado por los españoles desde la época colonial, impuso la virginidad femenina sobre la actividad sexual profana e impura, derivándose estrategias para el control social de la actividad sexual de la mujer a través de variadas y diversas formas tales como la crítica y el rechazo del varón y de la sociedad a aquellas mujeres que llegaban a incurrir en dicha falta (Amuchástegui, 2001).

Otra forma de control de la sexualidad femenina por parte de la sociedad se basa en la construcción de la dicotomía de la mujer pura versus iniciada, cuyo estereotipo responde a las necesidades y ansiedades masculinas en su lucha por el control del poder en sus relaciones con las mujeres. Dentro de este esquema, el primer tipo de mujer es visualizado como un ser asexuado que no tiene deseos ni prácticas sexuales y eróticas antes del matrimonio, siendo iniciada a través de los deseos y la actividad masculina. En esta característica reside su mayor valor, considerándosele digna del matrimonio y de la maternidad, las cuales son visualizadas como su principal función en la vida. En contraposición se encuentra la mujer excesivamente sexuada que ha tenido relaciones sexuales con más de un hombre, situación que se le considera peligrosa, ya que en caso de presentarse un embarazo haría incierta la paternidad, lo cual cuestionaría el control que el hombre ejerce sobre la mujer y su descendencia (Amuchástegui, 2001).

Sin embargo como Amuchástegui (1998) afirma, esta normatividad nunca es completamente vertical ni obedecida, ya que los sujetos oponen resistencia y trasgreden las normas, siendo en la práctica menos rígidos los límites entre estas dos esferas.

Al respecto se debe tener en cuenta que la sexualidad es una construcción sociocultural e histórica que cambia según la época, el lugar, la cultura, el género, la etnia, la clase social y la cohorte de pertenencia (Menkes y Suárez, 2004). Además de que las pautas de conducta sexual de los individuos y de los grupos sociales son moldeadas por la familia, la escuela, los amigos, la religión y los medios masivos de comunicación (Pedroso y Vallejo, 2000), lo que ha llevado a que en la actualidad exista una tendencia hacia una mayor tolerancia en relación con la actividad sexual premarital de las mujeres, aun cuando persisten valores culturales diferenciados por sexo.

Ello conlleva a la existencia de contradicciones entre los estereotipos de lo que debe ser la mujer y el cuestionamiento y adopción de nuevas normas, ideas y valores por parte de la sociedad en general, mismos que proclaman la liberación sexual de ésta, lo cual la lleva a vivir y ejercer su sexualidad envuelta en paradojas donde se presentan sentimientos de culpa, pérdida,

desvalorización y baja autoestima por fallar en la conservación de su máxima virtud, la virginidad (Szasz, 1996, Contreras y Hakkert, 2001).

Estas diferencias a su vez, llevan a que las mujeres se inicien sexualmente más tardíamente que los varones, tengan menos parejas sexuales y tiendan a establecer relaciones donde privan los elementos románticos y afectivos con fines reproductivos y conyugales, siendo en la gran mayoría, su primera pareja sexual su novio o esposo (Rossetti, 1997, Szasz, 1996, Contreras y Hakkert, 2001).

Al respecto, Contreras y Hakkert (2001) mencionan que en los estudios cualitativos se ha encontrado que las adolescentes sostienen la importancia de la conservación de la virginidad, aun cuando una parte importante de las adolescentes no unidas que han participado en dichos estudios ya han tenido relaciones sexuales, lo que ha llevado a sospechar que las jóvenes no siempre declaran sus actividades sexuales en las grandes encuestas, existiendo una subestimación de las mismas. También mencionan que los adolescentes declaran haber tenido prácticas sexuales sin penetración, ocurriendo con mayor frecuencia entre los escolarizados que viven mayormente en áreas urbanas ⁸, situación que no siempre es declarada ni analizada en los estudios sobre sexualidad juvenil.

Y es en esa construcción social de lo que debe ser la mujer dentro de sociedades como la mexicana, en que se inscribe a las relaciones sexuales y la unión como inseparables de la reproducción, negándosele a la mujer el goce y disfrute de las relaciones sexuales fuera de este ámbito, ya que como Szasz (1996) afirma, las normas de estas sociedades sujetan la sexualidad femenina al control por parte del marido, siendo por tal, un fuerte condicionamiento para que sucedan las transiciones de la primera relación sexual, primera unión y primer embarazo en un intervalo corto de tiempo, situación que difiere completamente a la de los hombres.

Al respecto Szasz (1996) ⁹ en su estudio, encuentra que las mujeres entrevistadas iniciaron sus relaciones sexuales antes del matrimonio o unión, con poca conciencia de parte de ellas acerca de que podían decidir sobre esas relaciones sexuales, ello ya que consideraban que debían complacer a

⁸ Se debe comentar que para fines de esta investigación, se entiende como relación sexual a la relación heterosexual donde existe una penetración vaginal, lo cual puede llegar a desembocar en un embarazo, contribuyendo así al fenómeno de la fecundidad, misma que es uno de los aspectos primordiales de estudio de la Demografía.

⁹ Este artículo es producto de un proceso de investigación realizado por investigadores de la Secretaría de Salud y de El Colegio de México A.C. para conocer los procesos de toma de decisión y valoración posterior a la anticoncepción quirúrgica entre mujeres de la zona rural de Actopan Hidalgo. El estudio combinó un análisis estadístico de información sobre decisión y valoración de la operación quirúrgica, con un análisis cualitativo de historias de vida temáticas de una muestra no probabilística de mujeres operadas en los últimos tres años, en el cual se aplicaron entrevistas semiestructuradas a 13 personas.

su novio a fin de evitar conflictos con él. En dicho proceso, las jóvenes reportaron haber sentido una pérdida de valor personal por el inicio de su vida sexual, considerando que habían fallado a la confianza depositada en ellas por sus familias; sin embargo, en caso de lograrse la unión conyugal, su autoestima se reafirmaba, situación que a la autora le permite afirmar que las relaciones sexuales prematrimoniales en el país se dan dentro de patrones que tienen fines procreativos y que buscan una unión conyugal.

Amuchástegui (1998, 1999 y 2001) ¹⁰ por su parte, en el estudio cualitativo que realiza, menciona que el matrimonio entre parejas que ya habían tenido relaciones sexuales les permitía obtener la aceptación de la sociedad, pasando de un estatus de ilegitimidad a otro socialmente sancionado. Por tal, se observa que en muchos casos la relación sexual es un paso previo a la constitución de la unión matrimonial.

3. CARACTERIZACIÓN DE LA PRIMERA UNIÓN CONYUGAL

3.1 Datos estadísticos y cualitativos

En la mayoría de las sociedades, la unión se erige como un factor determinante en la vida de las personas por su capacidad de transformación de las conductas de los individuos (Contreras y Hakkert, 2001).

Contreras y Hakkert (2001), basados en datos de 18 países de América Latina y el Caribe, entre los que se incluye México, hallaron que la edad mediana de estos países al momento de la unión se ubicaba en los 20 años aproximadamente. Y al igual que en la primera relación sexual, dicha edad se ha visto que aumenta si la mujer ha vivido en zonas urbanas o cuenta con mejores niveles socioeconómicos o de escolaridad.

Por su parte, Quisumbing y Hallman (citados en Population Council, 2006) realizaron una investigación en países tales como Bangladesh, Etiopía, Guatemala, México, Filipinas y Sudáfrica a fin de conocer aspectos sobre nupcialidad, en estos seis países encontraron que la edad al matrimonio de hombres y mujeres se ha incrementado con el paso del tiempo, de igual manera, la diferencia de edades entre la pareja se ha estrechado. Asimismo, la escolaridad antes del matrimonio se ha incrementado, reduciéndose las diferencias en la escolaridad entre cónyuges, situaciones que son vistas por los autores como posibles signos de que el poder se ha ido balanceando al interior de la pareja, aun cuando todavía benefició más a los varones.

¹⁰ Su investigación la realizó en tres lugares de la República Mexicana: Oaxaca, San Miguel de Allende y el Distrito Federal. Para ello, aplicó 23 entrevistas individuales a hombres y mujeres de ámbitos tanto urbanos, como rurales e indígenas, esto a fin de conocer de manera cualitativa, aspectos sobre la virginidad y la iniciación sexual de estas personas.

Para comprobar si se ha presentado un aumento de la edad a la primera unión, Contreras y Hakkert (2001) obtuvieron la edad mediana de la primera unión para un conjunto de cohortes de hombres y mujeres en ocho países de América Latina y el Caribe ¹¹, hallando que la edad de la primera unión se ha mantenido estable, aún cuando en ciertos casos se ha incrementado ligeramente en el tiempo.

Asimismo, encontraron que ha descendido la edad de inicio de la menarca (Contreras y Hakkert, 2001), lo cual se traduce en un aumento en la exposición al riesgo de tener relaciones sexuales y embarazos premaritales, que como ya se mencionaba, han derivado en preocupaciones sobre posibles peligros que las jóvenes pueden llegar a experimentar al ejercer su sexualidad. Sin embargo, hallan que sólo el 18% de las adolescentes de la región han tenido relaciones sexuales premaritales, las demás o no han tenido relaciones, o lo han hecho dentro de una unión conyugal.

Para México, Quilodrán¹² (2004) demuestra que en los últimos 35 años han variado muy poco los niveles de nupcialidad de los hombres, siendo la edad promedio de éstos de 24 años. En tanto que en las mujeres se observa que se ha venido retardando gradualmente la edad promedio a la primera unión, misma que entre 1960 y 1980 permaneció estable en alrededor de 21 años de edad, siendo hasta 1980 en que la edad de las mujeres pasó de 21 a 22 años, considerándose a las mujeres urbanas y de generaciones nacidas después de los años cuarenta, como las primeras en unirse más tardíamente (Samuel y Sebille, 2005).

Este retraso pareciera ser que ha cerrado la brecha entre las edades de los cónyuges, diferencia que en 1960 era de 3.2 años y en 1990 era de 2.2 años, es decir un año menos en un lapso de 30 años (Quilodrán, 2004), resultados que son congruentes con los encontrados por Quisumbing y Hallman (citados en Population Council, 2006), ya antes mencionados.

¹¹ Los países incluidos son Bolivia, Brasil, Perú, República Dominicana, Colombia, Nicaragua, Guatemala y Jamaica.

¹² La autora toma los datos del Censo de Población de 1995.

En tanto que Samuel y Sebille ¹³ (2005), con datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER, 1998),¹⁴ observan en tres cohortes de mujeres cómo han variado las edades de entrada a la primera unión según ámbito de residencia, hallando que las mujeres urbanas han mostrado un incremento en la edad mediana de unión, misma que pasó de 19 a 21 años de la cohorte más grande a la más joven, mientras que en las cohortes rurales esta edad se incrementó de 18 a 19 años entre las cohortes extremas anteriormente señaladas. Los autores concluyen esta parte afirmando que la población rural femenina tiene un calendario de entrada en unión más temprana y estable de una cohorte a la siguiente, en tanto que en las mujeres urbanas factores culturales, educativos y laborales las han llevado a retrasar su entrada en unión. Así, muestran que la edad mediana a la primera unión varía según zona de residencia, tal como puede ser apreciado en el siguiente cuadro.

Cuadro 1. Edad mediana a la primera unión de mujeres según la zona de residencia un año antes de la unión y a la fecha de la encuesta.

Urbanos antes de la unión y a la fecha de la encuesta.			Rurales, antes de la unión, urbanos a la fecha de la encuesta.			Rurales antes de la unión y a la fecha de la encuesta.		
1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968	1936-1938	1951-1953	1966-1968
19	20	21	18	20	21	18	19	19

Fuente: elaboración propia con base en datos de Samuel y Sebille (2005).

¹³ Los autores realizaron una comparación de los comportamientos de nupcialidad en tres grupos de generaciones de contextos históricos distintos a fin de identificar los cambios a lo largo de los últimos 50 años para así contar con un panorama de las evoluciones en curso relativas a la formación y disolución de uniones en cuanto al estatus matrimonial, tipo de unión, calendario e intensidad de las mismas.

¹⁴ Esta encuesta mexicana tuvo como propósito el recolectar historias de vida de una muestra representativa de hombre y mujeres residentes de todo el país. Para ello se utilizarán las siguientes cohortes de nacimiento: de 1936 a 1938, 1951 a 1953 y de 1966 a 1968.

Por su parte, Tuirán (1999)¹⁵ afirma que la proporción acumulada de mujeres a cada edad que ha experimentado la transición de la unión o el matrimonio no se ha modificado significativamente entre una cohorte y otra. Resultado que se puede encontrar tanto en las localidades rurales como en las urbanas, aunque aparentemente es más rápido en las primeras que en las segundas.

De igual forma, menciona que la edad mediana al momento de la primera unión es relativamente similar entre las diferentes cohortes consideradas, siendo de 20 años aproximadamente, observando una evolución análoga por localidades urbanas y rurales según cohortes.

En otro orden de ideas, en países latinoamericanos, entre los que destaca México, nunca se ha llegado a la adopción universal del matrimonio legal, ya sea religioso y/o civil, ya que se ha visto que la unión libre¹⁶ es una forma muy común de comenzar a vivir en pareja, en donde una de cada cuatro uniones conyugales en el país es una unión libre, de las cuales la mitad tiende a ser legalizada con el tiempo (Quilodrán, 1983 en Quilodrán, 2004).

Al respecto, Quilodrán (2004) observa que si bien han disminuido las uniones consensuales en el país, la proporción de mujeres de 15 a 19 años que vivía en unión libre, con respecto a la población total unida, era en 1960 del 22.3%, mientras que en 1990 fue del 35.4%, en tanto que este porcentaje para las mujeres de 20 a 24 años pasó de 18.1% a 20.9% en los mismos años, es decir que en los grupos quinquenales más jóvenes se presentaron mayores incrementos a lo largo del tiempo con relación a los demás grupos etarios.

La autora explica estos cambios aludiendo a una selectividad a favor de quienes se unen a edades tempranas, donde en la actualidad se dan menos uniones libres que en el pasado, pero quienes recurren a ellas son los más jóvenes, en tanto que al avanzar la edad estas uniones disminuyen debido a la disolución o legalización de las mismas. Sin embargo, también es cierto que una parte

¹⁵ El autor realizó una investigación tomando como base la Encuesta sobre Determinantes de la Práctica Anticonceptiva en México (EDEPAM), 1988. Su objetivo fue realizar un análisis detallado del conjunto de transiciones (salida de la escuela, primera ocupación, primera unión, establecimiento de un hogar independiente y nacimiento del primer hijo) que marcan el paso de la adolescencia a la edad adulta de las mujeres mexicanas. Para ello toma al conjunto de mujeres nacidas entre 1937 y 1971 que se encuentran reportadas en la base y con ellas construyó nueve cohortes. Es de mencionarse que Tuirán es pionero en México en los estudios de este tipo, aun cuando es necesario tener en cuenta que su fuente de información es más antigua que la EDER o las ENADID's.

¹⁶ También llamadas consensuales, mismas que son consideradas como “aquellas en que el hombre aporta un apoyo económico a la familia pero la institución no ha sido sancionada legalmente” (ONU, 1988). Por el contrario, los matrimonios legales son aquellos validados por una persona autorizada legalmente para efectuarlos y registrarlos (ONU, 1988).

importante de estas uniones permanecen sin sanción legal, iniciándose y concluyéndose sin que quede registro de las mismas, por tal situación es que se dificulta su estimación real.

Congruentes con lo anterior, en su estudio Samuel y Seville (2005) encuentran en el país un aumento en las uniones libres en la cohorte más joven con relación a la más grande, con un porcentaje de 7.6 y 18.7%, respectivamente, lo cual es atribuido a que la generación joven ha tenido menos exposición al riesgo de legalizar la unión. En contraparte, observan que las uniones civiles se han incrementado en las cohortes más grandes, siendo su porcentaje del 12.3 y del 23.1%, respectivamente, lo cual se debe en gran parte a las campañas de legalización por parte del registro civil.

3.2 Características sociodemográficas

Completando el panorama de la unión conyugal, es importante mencionar brevemente algunos aspectos referentes al matrimonio adolescente y a las uniones consensuales como formas aún presentes en la sociedad mexicana.

Contreras y Hakkert (2001) consideran al matrimonio adolescente en América Latina como una característica mayoritariamente femenina, en donde en casi todos los casos las parejas de las adolescentes unidas son mayores que ellas, lo cual se debe a la construcción cultural de las relaciones entre géneros. Los autores mencionan en su estudio para países latinoamericanos, que el promedio de edad de las parejas de las adolescentes es de 24 años, lo cual coincide con la edad promedio de entrada en unión de los hombres mexicanos, aunque también hay un número importante que es mayor de 25 años. De igual forma, la edad del compañero de la adolescente es ligeramente mayor en las áreas rurales que en las urbanas.

Si bien existe dicha diferencia de edades, Contreras y Hakkert (2001) consideran que las disparidades son mayores cuando las mujeres son muy jóvenes, lo cual lleva a argumentar que ello podría afectar a la mujer, al implicar la diferencia de edades una desigualdad en la relación de pareja, aunque también podría ser económicamente beneficioso para una adolescente pobre el unirse con un hombre mayor al contar éste con más posibilidades de brindarle seguridad económica que un joven de su edad.

Por otro lado, se cree que muchas de estas uniones son consensuales, a las cuales se les asocia una mayor inestabilidad, ya que muchas de ellas son disueltas en el transcurso, aunque las que permanecen tienden a ser legalizadas con el tiempo, siendo más fuerte ambas propensiones entre las adolescentes que entre las mujeres mayores. Reforzando lo anterior, los datos de la DHS para países de América Latina sugieren que las uniones de mujeres

adolescentes con hombres mayores son más estables que las que se presentan entre parejas de edades similares (Contreras y Hakkert, 2001).

Continuando con la idea, Mensch, Singh y Casterline (citados en Population Council, 2006) examinan las tendencias en la medida de tiempo entre el primer matrimonio en hombres y mujeres del mundo en desarrollo, encontrando que en lo que va de los últimos 30 años, ha existido un sustancial declive en la proporción de hombres y mujeres que se casan durante la adolescencia. Las razones de ello se encuentran en el incremento de la escolaridad en ambos sexos, así como en las transformaciones de las normas globales acerca de lo indeseable o inconveniente del matrimonio joven.

Para el caso específico de México, se observa un descenso entre 1987 y 1997 de adolescentes unidas de 15 a 19 años, las cuales pasaron de 18.4% a 14.8% en dicho periodo (Contreras y Hakkert, 2001). Asimismo, Contreras y Hakkert (2001) hallan que tanto en México como en Brasil, la proporción de adolescentes casadas legalmente supera a la de adolescentes en unión libre, siendo a su vez las más bajas de la región.

En otro orden de ideas, se sabe que la nupcialidad es un elemento que varía dependiendo de factores educativos, laborales, económicos y residenciales. Ello es así ya que en comunidades pequeñas existen menos alternativas para que la mujer pueda estudiar, además de que a ella se le asigna el papel de ayudar a su madre en las labores del campo y del hogar (Zúñiga et al., 1986 citados en Schlaepfer e Infante, 1996a). Por tal, si bien el bajo nivel de educación formal de las mujeres en estos grupos sociales afecta en forma directa su fecundidad y nupcialidad, también es cierto que estas variables son afectadas no solo por la escolaridad en sí misma, sino por la falta de oportunidades de empleo y escolaridad en dichas zonas, mismas que no le permiten a la mujer visualizar otros proyectos de vida.

De igual manera, a pesar de que han aumentado los niveles de escolaridad de las mujeres, aun así existen diferenciales de fecundidad por nivel de escolaridad (Schlaepfer e Infante, 1996a), lo cual refleja las diversas formas de concepción tanto del papel que juega la mujer en la sociedad, como de la importancia de la constitución de la unión y de la maternidad como ámbitos que contribuyen a definir el rol y el proyecto de vida de la mujer.

Ahora bien, ante lo limitado de las oportunidades de desarrollo personal que la sociedad suele ofrecer a sus jóvenes, amplios grupos de mujeres tienen las siguientes alternativas para su futuro: el trabajo mal remunerado, el matrimonio (Welti, 1996) o las actividades domésticas en la casa paterna. Dichas opciones tienen que ver con la ideología en que éstas han sido educadas, ya que desde la infancia se les da mensajes ambivalentes en relación con los hombres, se refuerza la idea

del matrimonio como un mecanismo de protección necesaria y se enfatiza la maternidad como la máxima realización de la mujer (Rico, 1986).

Aunado a esto, las niñas frecuentemente se encuentran rodeadas de hermanos, primos y vecinos más chicos que ellas, a los cuales se les motiva a cuidar y proteger, copiando los modelos de atención y cuidado que ven de las mujeres adultas, de ahí que aprenda estos patrones de formación de pareja y visualice mayormente estas alternativas (Pérez, 2001).

En otro orden de ideas, se ha visto que el tipo de unión implica el peso del control social y religioso sobre la institución del matrimonio y el grado de tolerancia hacia comportamientos menos normativos (Samuel y Seville, 2005). Para el caso del país, los matrimonios civiles y religiosos continúan predominando todavía, mientras que los matrimonios únicamente religiosos han ido disminuyendo, en tanto que las separaciones y divorcios, aunque poco frecuentes, han aumentado ligeramente en las áreas urbanas (Brugeilles y Samuel, 2005, Samuel y Seville, 2005).

Por lo que se refiere a las uniones consensuales, se considera que en general están formadas por parejas que provienen de los sectores más pobres de la población, con un menor nivel educativo, en donde la mujer tiene poco poder de negociación para acceder a un matrimonio legalmente constituido; lo cual tiene varias explicaciones, ya que por una parte, este tipo de uniones son menos costosas y no implican ningún tipo de trámites administrativos, por tal se encuentran al alcance de estos segmentos poblacionales, además de ello, muchas personas no perciben beneficios reales en realizar este tipo de uniones (Castro, 1997).

No obstante lo anterior, existe un número importante de uniones, aun no estimadas, mayormente de grupos más educados y con un mejor estatus económico, que están optando por esta opción, negándose así a cumplir con este tipo de sanciones sociales, en donde predomina una mayor igualdad de la pareja y un empoderamiento de la mujer (Castro, 1997).

Ante esta descripción, se considera que hoy en día coexisten en el país y en otros de América Latina dos tipos de uniones consensuales, uno con características tradicionales y otro con elementos modernos más propios de Europa (Quilodrán, 2003).

Concluyendo, Tuirán (2002) considera que a pesar del aumento de la esperanza de vida, la importancia del matrimonio o de la unión consensual no ha disminuido, ya que continua siendo una práctica casi universal, más bien lo que ha aumentado es la cantidad de años en que una mujer puede aspirar a vivir soltera y/o divorciada; así también, cabe destacar que en las últimas décadas se ha incrementado significativamente la proporción de mujeres que permanecen solteras a los 50 años de edad. De igual manera, el matrimonio temprano todavía sigue siendo la norma, estando asociado

con el inicio de la vida reproductiva en un intervalo corto de tiempo, lo cual se explorará en un siguiente apartado

4. CARACTERIZACIÓN DEL PRIMER EMBARAZO

4.1 Datos estadísticos y cualitativos

Como se afirmaba anteriormente, el inicio de la vida conyugal está ampliamente relacionado con la reproducción. Contreras y Hakkert (2001) encontraron que el intervalo entre el inicio de la primera unión y la llegada del primer hijo en los países analizados no pasó de dos años, además de ello, no hallaron tendencias claras según distintas características socioeconómicas, con ello los autores confirman la estrecha vinculación entre sexualidad, unión y embarazo de las mujeres, sean o no adolescentes.

De igual manera, hallaron que en la mayoría de los países de la región, el porcentaje de uniones de mujeres cuyo primer hijo nació antes o durante los primeros ocho meses de la unión es más bajo entre las mujeres unidas durante la adolescencia que entre las unidas posteriormente, con lo cual están en posibilidad de afirmar que el embarazo prematrimonial no es exclusivo de las mujeres adolescentes. Asimismo, existe un gran número de niños concebidos antes del matrimonio y nacidos después, lo que sugiere que hay un elevado porcentaje de mujeres que se unen por estar embarazadas, siendo por tal un determinante de la entrada a la unión a cualquier edad (Contreras y Hakkert, 2001).

Para México, Samuel (2001, citado en Brugeilles y Samuel, 2005) afirma que la constitución de la familia sigue un orden cronológico que empieza con la formación de la pareja, ya sea mediante una unión consensual o un matrimonio, al cual inmediatamente le sigue el nacimiento del primer hijo y posteriormente se dan los subsiguientes nacimientos más o menos espaciados.

Esta situación ha sido cuestionada por Tuirán (1999), ya que él observa en su estudio sobre distintas cohortes femeninas, que sólo una proporción reducida de mujeres de cada cohorte sigue la trayectoria típica o normativa antes descrita, ya que muchas parejas se inician con relaciones sexuales prematrimoniales y posteriormente con la unión y la llegada del primer hijo. Ello a pesar de que se registra una mayor homogeneidad del calendario de las transiciones, siendo éstas más cortas y más homogéneas respecto de la edad. Pero estas transformaciones no se reflejan en una creciente prevalencia de la trayectoria típica o normativa, lo cual podría estar afectado por la cohabitación juvenil y por las uniones consensuales, así como por la fecundidad premarital.

Asimismo, Tuirán (2002) afirma que el intervalo entre el matrimonio y el nacimiento del primer hijo ha permanecido prácticamente constante desde los años cincuenta entre las distintas cohortes matrimoniales, siendo aproximadamente de 13 meses entre un evento y otro. Este dato contrasta con el calculado por Ojeda (1989) con datos de la Encuesta Nacional Demográfica 1982, ya que la autora encuentra que la edad mediana a la primera unión de mujeres de 45 a 49 años ¹⁷ fue de 19.7 años, en tanto que la edad mediana al nacimiento del primer hijo fue de 21.5 años, existiendo un espacio de 1.8 años entre ambos eventos, es decir de 22 meses. Sin embargo, de cualquier manera se sabe que el intervalo entre ambos eventos se da en su gran mayoría dentro de los primeros dos años después de iniciada la unión conyugal.

Continuando con Tuirán (1999), el autor menciona que la proporción acumulada de mujeres que tiene su primer hijo a cada edad se comporta, al igual que la edad a la primera unión, de manera semejante por cohorte de nacimiento, siguiendo un patrón similar tanto en las localidades rurales como urbanas, aunque se presenta más temprano en las primeras, lo cual está relacionado con el calendario de ocurrencia de las transiciones a la unión y de la emancipación del hogar. Otro de sus resultados se refiere a la edad mediana de la mujer al momento de nacer el primer hijo, misma que registra algunas fluctuaciones entre una cohorte y otra, situándose entre los 20 y 21 años, aun cuando no indica la existencia de cambios mayúsculos por cohorte para las mujeres que forman el total de la muestra de su estudio.

Al respecto, Menkes y Suárez (2004) examinan el uso de métodos anticonceptivos entre las mujeres unidas, hallando que el 42% de las mujeres de 15 a 19 años y el 62% de las de 20 a 24 años utilizaron un método de regulación en el año 2000, lo que lleva a las autoras a mencionar que aún en parejas estables, el uso de métodos anticonceptivos es reducido, por lo que un amplio número de mujeres no posponen la llegada del primer hijo. De ahí que afirmen que las mujeres en México tienden a limitar más que a espaciar, los nacimientos.

Echarri (2005b) ¹⁸ por su parte, con datos de la ENADID 97, encuentra diferencias entre estratos del comportamiento reproductivo de las mujeres. Entre sus hallazgos destaca el que las mujeres, conforme pertenecen a estratos socioeconómicos superiores, no sólo tienen

¹⁷ La autora escogió esta cohorte por estar poco afectada por el uso masivo de anticonceptivos, lo que implica edades tempranas de las transiciones y lapsos cortos entre una y otra.

¹⁸ El documento es parte del Diagnóstico sobre salud reproductiva y condiciones de vida en el México actual que realizó un grupo de investigadores especializados en salud sexual y reproductiva. El objetivo de este trabajo fue el de definir y justificar los criterios y categorías que se propusieron para estratificar a la población de estudio, para así dotar de una dimensión común a los análisis y brindar a los lectores del diagnóstico, un mínimo de comparabilidad.

Las categorías de estratificación fueron: muy bajo, bajo, medio y alto, estratos que también se aplicaron a la ENSAR, 2003, que es la base que en este estudio se emplea.

menos hijos, sino que los tienen a edades más tardías. Así, mientras que en el estrato muy bajo tienen en promedio a su primer hijo a los 19.1 años, las del estrato bajo lo tienen a los 19.6 años, las del medio a los 21.4 años y las del estrato alto a los 23.7 años.

Continuando con lo anterior, se ve que en el estrato muy bajo el lapso en que las mujeres están procreando es muy amplio, ya que empiezan pronto y terminan tarde, en tanto que en el estrato alto este intervalo se concentra entre los 25 y los 35 años. Esto hace que la relación entre la edad media a la maternidad y el estrato socioeconómico presente una forma de “ J ”, pero por motivos distintos, ya que las mujeres más pobres siguen teniendo hijos a edades más avanzadas, mientras que las de mejor posición, posponen la maternidad.

Mientras que en otra investigación realizada por Echarri (2005a) ¹⁹ con datos de la ENSAR 2003, el autor encuentra que la edad media al primer embarazo es de 19.2 años para el estrato muy bajo, 20.4 para el bajo y 21.6 para el sector más alto.

En otro orden de ideas, Menkes y Suárez (2004) realizaron un modelo de regresión lineal a fin de determinar qué variables independientes explican de manera positiva el número de embarazos de las jóvenes de 15 a 24 años, encontrando que son el estado civil y la edad de la joven las que tienen esta influencia, en tanto que el nivel de educación formal, el trabajo de la mujer y el ingreso mensual del hogar actúan de manera inversa en el número de embarazos de éstas.

También encontraron que en el área rural, las mujeres con cierto nivel de escolaridad no mostraron diferencias importantes con respecto a las mujeres de comunidades urbanas. En cuanto a la variable de número ideal de hijos no resultó significativa, lo cual se explica al considerarse que son las condiciones objetivas tales como el nivel de escolaridad, el ingreso económico, el hecho de tener pareja y el trabajo, más que el deseo de la mujer, lo que lleva a ésta a embarazarse.

Estas situaciones de tipo subjetivas pueden analizarse más a fondo en los estudios cualitativos como el realizado por Szasz (1996), la cual reporta que las mujeres de su estudio que se

¹⁹ En su investigación, el autor analiza el marco en que ocurre la relación entre una maternidad temprana y el cuidado perinatal, para ello emplea la ENSAR 2003. Otros aspectos que estudió fueron las consecuencias del embarazo en las mujeres más jóvenes en términos de su transición hacia la vida adulta, medida a través del abandono escolar, el trabajo, la entrada en unión y la salida del hogar paterno. Finalmente analiza la relación entre el inicio temprano de la reproducción y la violencia doméstica, ya sea contra la mujer, entre la pareja o hacia los hijos. Uno de sus ejes de análisis fue la desigualdad social medida a través de los estratos socioeconómicos que él creó.

embarazaron siendo solteras, vivieron la noticia del embarazo con incertidumbre y temor hasta conocer la reacción del joven, llegando a casarse o unirse con el novio o siendo abandonadas por él, por lo que debían enfrentarse a su familia para dar a conocer la noticia, siendo aceptado posteriormente su embarazo y su hijo y quedándose a vivir con su familia de origen hasta que un nuevo embarazo daba lugar a una unión conyugal con otra pareja.

De igual manera, estas mujeres negaron haber tenido conocimientos sobre la sexualidad antes de ser introducidas en ese saber por sus parejas. Así también, expresaron sentimientos de temor por el posible rechazo y abandono de su pareja frente a diversas posibilidades de ejercer decisiones sobre su cuerpo tales como el posponer el primer embarazo, notificarles sobre éste o tomar la decisión sobre cuando tener relaciones sexuales.

Asimismo, el embarazo fue vivido por estas mujeres diferencialmente, según las reacciones de la pareja, ya sean estas de rechazo, alegría o indiferencia, por lo que la autora concluye que la maternidad es valorada sólo cuando existe una pareja conyugal que legitima el embarazo.

Se observa por tal, la presencia de normas y valores tienen fuertes influencias sobre el comportamiento reproductivo femenino, donde la maternidad se representa con muy poco tiempo después de haber iniciado la vida sexual; de igual forma la anticoncepción es rechazada fuera de la unión conyugal y antes de ser madre, al ser vinculadas las relaciones sexuales con las intenciones procreativas, además de empezarse a usar algún método luego de un segundo hijo nacido de una unión.

Con respecto al embarazo prematrimonial, Contreras y Hakkert (2001) observan que éste es más frecuente en las mujeres que tuvieron su primer hijo antes de los 20 años, en comparación con las que lo tuvieron a los 20-24 años. Aun cuando se debe tener en cuenta que las mujeres que iniciaron su actividad sexual a una edad más temprana tienden a tener una menor proporción de embarazos y alumbramientos premaritales debido a que muchas de ellas se unen también a edades tempranas.

Además de lo anterior, afirman que el embarazo premarital es relativamente común entre los estratos de mayor nivel educativo, donde las uniones tienden a ser más tardías, lo cual podría estar sugiriendo que se trata de embarazos planificados, ya que no se encontró asociación negativa con el conocimiento de métodos anticonceptivos.

Finalizando este apartado, se puede afirmar que el embarazo en México sigue presentándose poco después de la constitución de la unión, variando la edad a la maternidad dependiendo del estrato socioeconómico, lugar de residencia o de socialización, nivel de escolaridad y oportunidades de desarrollo educativo y laboral de la mujer. Sin embargo, en términos generales, el embarazo y la crianza de los hijos se considera un rol importante en la vida de las mismas, al cual se accede en los primeros años de la juventud.

4.2 Características sociodemográficas

Agregando al apartado anterior, se ha observado que en contextos tradicionales la maternidad sigue siendo un ideal de la mujer a alcanzar desde edades tempranas a fin de obtener un reconocimiento social como esposas y madres, aun cuando este patrón está cambiando en los países con transiciones demográficas avanzadas (Menkes y Suárez, 2004, Contreras y Hakkert, 2001).

Al respecto, Bongaarts y Cohen (1998) especulan que las jóvenes que cuentan con características de vida como el bajo nivel económico y educativo ven a la maternidad como una forma a la que hay que acceder para tratar de conseguir que el matrimonio se efectúe, sin embargo, en muchos casos la maternidad es visualizada como un modelo al que se debe acceder, a pesar de que la unión no se lleve a cabo, pues aquella proporciona gratificaciones no materiales tras las dificultades que se presentan por el embarazo.

Otros investigadores como Moore y Rosenthal (1995), afirman que las jóvenes que se encuentran en situaciones de desventaja encuentran una motivación en tener y criar a un hijo ante los problemas que la vida les ofrece. Lo cierto es que en ocasiones el apremio de casarse y tener hijos pronto se puede deber al precario estatus de la joven y a los objetivos de tener una basta fertilidad que la misma sociedad le ha construido (Mensch et al., 1998), sin detenerse a meditar si estas metas en verdad las desea para su vida o le conviene realizarlas en ese momento.

En otro orden de ideas, debido a la baja de la fecundidad, al aumento de la esperanza de vida y a la disminución de la mortalidad, las mujeres mexicanas pueden aspirar a vivir en la condición de madres por un mayor tiempo que en años anteriores, pero con un menor número de hijos, situación que cambia totalmente el perfil presente y futuro de las familias y de la sociedad. Asimismo, tanto el aumento de la esperanza de vida, como la difusión de las prácticas anticonceptivas, al articularse con otros procesos económicos y sociales, permiten la generación de nuevas trayectorias y estilos de vida, además de que los cambios suscitados en la estructura del curso de vida modifican los papeles y responsabilidades familiares y no familiares que asumen las personas en sus trayectorias de vida (Tuirán, 2002).

Concluyendo este apartado, se aprecia que la información sobre el calendario de las tres transiciones aquí estudiadas, primera relación sexual, primera unión conyugal y primer embarazo, varía según la variable control que se emplee, ya que es posible apreciar que factores como el vivir en zonas rurales, tener menores niveles de escolaridad y socioeconómicos, no contar con oportunidades y perspectivas de desarrollo académico y profesional y el estar sujeta a pautas

culturales que promueven la unión y la fecundidad temprana, entre otros aspectos, impulsan a las mujeres a vivir con mayor anticipación dichas transiciones. Ahora bien, en los siguientes capítulos se buscará contrastar empíricamente los resultados aquí plasmados a fin de encontrar diferencias y similitudes entre los mismos.

CAPÍTULO III

CALENDARIO DE LAS TRANSICIONES A LA ADULTEZ

DE LAS MUJERES MEXICANAS

Luego de la revisión teórica realizada en el capítulo anterior sobre las transiciones a la vida adulta de las mujeres mexicanas, se presenta en este apartado la estimación del calendario de las transiciones a la primera relación sexual, a la primera unión conyugal y al primer embarazo de las mujeres que participaron en la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva (ENSAR) 2003.²⁰ Para este propósito se usó la técnica de tablas de vida, para ello se presenta la descripción de la fuente de información utilizada, se explica cómo se llegó a determinar el universo que compuso al estudio, se expone la forma como se construyeron las variables que sirvieron de ejes analíticos, se presentan las hipótesis de las que se partió en la investigación y brevemente se comenta en qué consiste el uso de las tablas de vida, para en un segundo apartado mostrar propiamente los resultados obtenidos con esta técnica.

1. DESCRIPCIÓN DE LA FUENTE DE INFORMACIÓN

La ENSAR 2003 estuvo a cargo de la Secretaría de Salud (SSA) en coordinación con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El objetivo general de la encuesta fue obtener información acerca de la salud reproductiva de las mujeres mexicanas, así como del conocimiento y práctica de las medidas de prevención y atención en la materia. Para ello incorporó variables sociodemográficas que de manera directa o por intermediación de otras influyen en la salud reproductiva. Dentro de las variables incluidas destacan la edad, la escolaridad, la actividad económica, la composición del hogar y las características de la vivienda (SSA-UNAM, 2003). Mientras que entre las relativas a la salud reproductiva y que en este estudio interesan, destaca la historia de embarazos, la historia de uniones y el inicio de las relaciones sexuales.

Esta encuesta empleó dos cuestionarios, uno de hogar, el cual recogió información de todos los miembros del mismo y de las personas que temporalmente vivían en él y otro individual que se aplicó a las mujeres en edad fértil que se encontraban viviendo en éstos, por lo que su población objetivo fueron todas las mujeres de 15 a 49 años de edad que residían

²⁰ La elección de la encuesta se debe a que contiene información sobre sexualidad, nupcialidad y reproducción útil para la realización de este estudio, además de centrar parte de sus preguntas contextuales en el momento de ocurrencia de los eventos en estudio, lo que permitió aplicar modelos de riesgos proporcionales tipo Cox.

habitualmente en los hogares visitados (SSA -UNAM, 2003), siendo de estas mujeres la información que en los próximos apartados se presenta.

2. UNIVERSO DE ESTUDIO

Para trabajar tanto este capítulo como el IV, se empleó la base de datos de la ENSAR 2003, la cual en principio contenía 20,925 casos correspondientes a igual número de mujeres encuestadas entre las edades de 15 a 49 años. Sin embargo, sólo se incluyeron 7,381 mujeres en este estudio, mismas que fueron obtenidas de la siguiente forma: primeramente se eligieron a aquellas que vivían en los estados de Chiapas, Guanajuato, Guerrero, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Sonora o Tamaulipas, los cuales son considerados dentro de la encuesta como estados dominio, además de ello se tomó a las mujeres que reportaron contar con más de 30 años al momento de la encuesta.

La razón de estas restricciones se debió a lo siguiente: por lo que respecta a los estados seleccionados, es necesario comentar que en principio la ENSAR buscó tener representatividad nacional, para ello aplicó cuestionarios en todos los estados del país. Sin embargo, entre sus propósitos también estaba el obtener estimaciones con precisión y confianza sobre fecundidad, mortalidad y salud reproductiva para los estados de Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Guanajuato, Puebla, San Luis Potosí, Sonora y Tamaulipas, por lo que se enfocó mayormente a recopilar información de dichos estados, lo cual si bien no invalida las estimaciones nacionales de los indicadores sobre salud reproductiva, tampoco permite generar conocimiento sobre el tema en los restantes estados de la República Mexicana, además de que puede existir una elevada sensibilidad de las estimaciones de algunos indicadores, variando según el tema en cuestión (CONAPO, 2004).

Para tratar de subsanar esta situación es que en este trabajo sólo se tomaron los estados dominio de la encuesta, mismos que aún cuando no permiten realizar generalizaciones a nivel nacional, si pueden ser considerados como representativos de las distintas realidades que se viven al interior de un país tan heterogéneo como es México.

En el siguiente cuadro se observa que del total de los casos reportados en la base, el 78.3% correspondía a los estados dominio y el restante 21.7% a los otros 24 estados de la República Mexicana, por lo que en esta primera depuración de la base se dejaron sólo 16,383 casos.

Cuadro 2. Distribución porcentual y de frecuencias de las entrevistas de mujeres por estados.

	FRECUENCIA	%
Chiapas	1,934	9.2
Guanajuato	2,378	11.4
Guerrero	1,771	8.5
Oaxaca	1,767	8.4
Puebla	2,349	11.2
San Luis Potosí	2,178	10.4
Sonora	2,162	10.3
Tamaulipas	1,844	8.8
Total de los estados dominio	16,383	78.3
Total de los estados restantes	4,542	21.7
Total	20,925	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Ahora bien, de estos 16,381 casos, 945 casos fueron eliminados ya que no se contaba con la edad de la mujer al momento de la entrevista, variable sumamente importante para fines de este estudio ya que en base a ella se trabajaron tanto las tablas de vida como los modelos de riesgos proporcionales del siguiente capítulo, por lo que finalmente se tuvieron 15,436 casos que contaban con la edad de la mujer y que pertenecían a los ocho estados dominio.

Cuadro 3. Total de casos y medidas estadísticas de la edad de las mujeres entrevistadas.

Total de casos	16,381
N	15,436
Casos perdidos	945
Media	29.6
Mediana	29.0
Moda	16.0

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Estos casos fueron agrupados en cuatro grupos etarios, de entre 15 y 19, 20 a 29, 30 a 39 y 40 a 49 años, mismos que fueron retrocedidos a los años en que las mujeres habían nacido a fin de construir cuatro cohortes de nacimiento, de las cuales se decidió tomar exclusivamente a las mujeres que al momento de la encuesta tenían 30 años o más, es decir que habían nacido entre 1954 y 1973, tal como puede apreciarse en el cuadro 4 y en el diagrama de Lexis.

La razón de elegir a las mujeres que al momento de la encuesta tenía 30 años o más se debió a que en este tipo de estudios es importante darles a todas las mujeres el mismo tiempo de exposición al riesgo de haber vivido las transiciones en análisis. Por ello y dado que el período de estudio para la realización de las transiciones de las mujeres a la vida adulta

es el comprendido entre los 10 y los 29 años de edad, sólo se utilizaron las dos cohortes más grandes de edad, es decir, aquellas en donde las mujeres al momento de la encuesta tenían 30 a 39 y 40 a 49 años, esto ya que la cohorte 1964-1973, que es la más joven de las dos que se estudiaron, ya había pasado de los 29 años al momento de la encuesta, habiendo tenido por tal, ambas cohortes el mismo tiempo de exposición al riesgo.

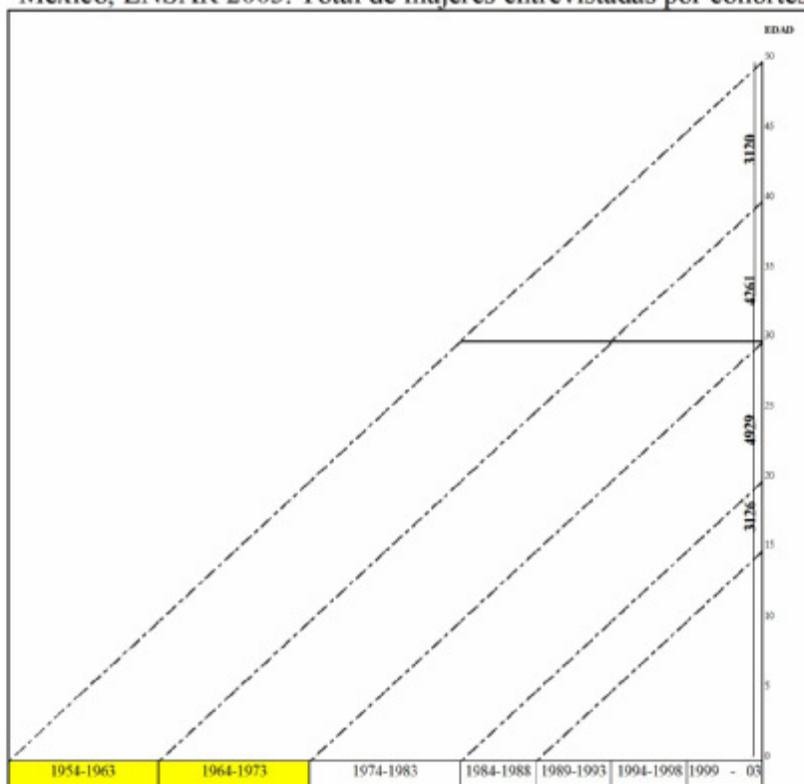
Las dos cohortes seleccionadas sumaron 7,381, siendo el número total de casos finalmente utilizados en este estudio, lo cual en porcentajes representó el 47.8 % del total de los 15,436 casos anteriormente mencionados como disponibles

Cuadro 4. Distribución porcentual y de frecuencias del total de las cohortes.

COHORTES DE NACIMIENTO	GRUPOS QUINQUENALES	FRECUENCIA	PORCENTAJE	PERIODO EN QUE TENÍAN 10 A 29 AÑOS
1984-1988	15-19	3,126	20.5	1994-2017
1974-1983	20-29	4,929	32.8	1984-2012
1964-1973	30-39	4,261	26.9	1974-2002
1954-1963	40-49	3,120	19.9	1964-1992
Total		15,436	100	

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Diagrama 1. México, ENSAR 2003. Total de mujeres entrevistadas por cohortes



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Otra consideración a tenerse en cuenta se refiere al período de la juventud que se empleó para delimitar la transición a la edad adulta de estas mujeres, el cual fue el de los 10 a los 29, por lo cual se consideró a todos los casos en que no sucedió el evento entre estas edades como casos truncados, ya sea porque experimentaron la transición antes de los 10 años, después de los 29 años o porque no la habían vivido al momento de la encuesta. Aun así, estos casos fueron incluidos dentro del estudio, ya que de sacarlos se habrían generado medidas sesgadas que no permitirían realizar generalizaciones estadísticas. El siguiente cuadro muestra por renglones, cómo se distribuyó el porcentaje y la frecuencia de casos según la transición estudiada y según grandes grupos de edad. De igual manera se puede conocer el número de personas que al momento de la entrevista aún no habían experimentado la transición, siendo la primera unión la menos realizada por estas mujeres con un 18% de sobrevivientes a este evento.

Cuadro 5. Total de casos y distribución porcentual de la población según la primera relación sexual, la primera unión conyugal y el primer embarazo por grandes grupos de edad.

		Transición entre los 10 y 29 años	A los 9 años o menos	A los 30 años o más	No ha tenido la transición	Total
Primera relación sexual	n	6,809	6	193	373	7,381
	%	92.3	0.1	2.6	5.1	100
Primera unión conyugal	n	5,730	11	285	1,355	7,381
	%	77.6	0.1	3.9	18.0	100
Primer embarazo	n	6,504	0	306	571	7,381
	%	88.1	0.0	4.1	7.7	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

3. EJES ANALITICOS

Para el análisis del calendario de las transiciones a la adultez se realizaron tablas de vida controlando por tres factores sociodemográficos: cohorte de nacimiento (1954-1963 y 1964- 1973), lugar de socialización hasta la edad de 12 años (rural o urbano) y estrato socioeconómico de la mujer (muy bajo, bajo y medio y alto)²¹. Estas características, más que variables control, son los ejes analíticos principales de la investigación.

²¹ La distribución de las frecuencias y porcentajes de estas tres variables, así como de las demás que fueron incluidas en los modelos de Cox, se presentan en el capítulo IV.

Se eligieron estas variables ya que el orden de las transiciones refleja el origen socioeconómico, las historias sociales de la cohorte de nacimiento, y el lugar de socialización de las personas. Tales diferencias llevan a realizar dichos tránsitos en condiciones más desfavorables para determinados grupos de mujeres que para otros, tal como ya han reportado algunas investigaciones incluidas en el análisis teórico del capítulo II, por tal es importante tomar en cuenta estas diferencias al momento de realizar estudios como el que se presenta, ya que sitúan y contextualizan histórica y socialmente este tránsito a la adultez de las mujeres mexicanas.

Así, las cohortes de nacimiento son afectadas por las condiciones históricas, políticas y sociales que las rodean, marcándolas de manera diferencial según el momento en que éstas se encuentren, llegando a afectar críticamente el contexto de la transición a la adultez (Elder, 198, pág.120 en Hogan y Astone, 1986).

Es necesario comentar que las mujeres de las dos cohortes de nacimiento elegidas, 1954-1963 y 1964-1973, vivieron diferentes eventos históricos en el momento en que se encontraban en la etapa reproductiva de los 10 a los 29 años.

Por un lado, parte de las mujeres de la cohorte más grande de edad comienza su vida fértil aproximadamente en 1964, época en que aún el gobierno tenía una política pronatalista, sin embargo, también le toca vivir el cambio de política de población establecida en la Ley General de Población inscrita dentro del Plan Nacional de Desarrollo, misma que entró en vigor a partir de enero de 1974. Es decir, se trata de una cohorte que vive un periodo transicional importante en materia poblacional, además de ello se enfrenta a la crisis económica de 1982, misma que repercutió en mayor o menor medida en los diferentes sectores de la sociedad, influyendo por ejemplo, en la entrada al mercado laboral de mujeres y demás miembros de la familia que de otra forma hubieran permanecido fuera de éste.

En tanto que parte de la cohorte más joven, inicia su vida reproductiva al mismo tiempo que la nueva Ley General de Población de 1974, con una nueva concepción político ideológica en cuanto a regulación de la población y conformación de las familias se refiere. A estas mujeres también les toca vivir tanto la crisis de 1982 como la de 1995, así como el cambio de partido político en el gobierno federal en las elecciones del 2000. Otros aspectos con los que se encuentran son el de un panorama de mayores oportunidades educativas y laborales, además de estar en mayor contacto con ideas relacionadas con la modernidad y la globalización, así como con la lucha y reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos de hombres y de mujeres. Situaciones que de diversas maneras van marcando la forma de actuar y de pensar de toda una generación, ya que los individuos dependen de sus condiciones históricas, sociales y políticas, así como de sus recursos individuales y familiares al momento de tomar determinadas decisiones vitales, como es en este caso las transiciones a la vida adulta.

Cabe aclarar que si bien no se van a realizar análisis tomando estos eventos políticos, sociales y económicos del país, si importa tenerlos en consideración al momento de estudiar aquí las transiciones por cohorte.

En cuanto al estrato socioeconómico, su estudio permite analizar cómo las desigualdades en las condiciones de vida conducen a desigualdades en la elección y en las oportunidades, lo que influye directamente en los comportamientos estudiados (García y Oliveira, 1990 citadas en Quilodrán, 2001).

Se considera que la manera como las personas realizan sus transiciones, conformando sus trayectorias de vida, está condicionada tanto por factores históricos cambiantes como por situaciones individuales y sociales, en los que la posición que el sujeto ocupa en la escala social es un factor importante del mismo, ya que el molde de la vida individual y de los comportamientos que se siguen en diferentes momentos y ámbitos de la vida dependen en gran parte del grupo social de pertenencia (Camarena, 1999).

Ya que según el estrato socioeconómico en que las personas se ubiquen, es como será el acceso a las oportunidades de participación económica, demográfica y social de éstas, aun cuando ello no es estático, ya que los individuos oponen resistencia, creando trayectorias diversas dentro de las posibilidades socioeconómicas del grupo de pertenencia (Ojeda, 1989). Sin embargo, es indudable que estas diferencias socioculturales y económicas llevan a las personas a enfrentarse a opciones vitales desiguales según sea su grupo etario o social o su género. Por lo cual, el análisis de la desigualdad a través de la estratificación social permite observar dichos contrastes, partiendo de la idea de que las mujeres de este estudio realizarán sus transiciones a la vida adulta de manera diferencial dependiendo del estrato socioeconómico en que se ubiquen.

La variable de estrato socioeconómico empleada en esta investigación fue construida por Echarri (2005b). Este autor empleó tres dimensiones: la primera se refiere a la posesión de bienes en el hogar, la cual es utilizada como un proxy de las características de la vivienda, permitiendo analizar las condiciones materiales de vida. Los activos que se consideraron fue la presencia de radiograbadoras, computadoras, acceso a Internet, reproductor de discos compactos, televisión, televisión por cable, automóviles, consola de videojuego y teléfono. La segunda dimensión se refiere a la escolaridad relativa promedio de los miembros del hogar. Esta fue determinada tomando a las personas mayores de seis años, para ello se calculó el número de años de escolaridad, respecto

al estándar nacional según su edad y sexo y se obtuvo el promedio en cada hogar. Con esta medida se puede conocer el concepto de capacidades y ofrecer una idea tanto de las potencialidades como de la inversión que esa familia ha realizado en la educación de todos sus miembros. La tercera dimensión fue la actividad mejor remunerada del hogar (Echarri y Pérez, 2003).

De la combinación de las tres dimensiones se obtuvo la variable de estrato socioeconómico con cuatro categorías: muy bajo, bajo, medio y alto, mismas que para esta investigación fueron reducidas a tres, ya que únicamente el 9.9 % de la población encuestada se encontraba en el estrato socioeconómico alto, por lo que se agruparon las categorías de medio y alto en una sola.

Al realizar el análisis por estratos socioeconómicos se debe considerar que estos fueron contruidos utilizando indicadores que no pertenecen al periodo en que sucedieron las transiciones, sino del momento de la entrevista, por lo que la posición social de la encuestada pudo haber variado a través del tiempo, teniéndose cuidado en la forma de interpretar los resultados ya que más que causalidad, lo que se estaría indicando con estos datos es la asociación del calendario de las mujeres según su nivel socioeconómico actual.

En otro orden de ideas, se sabe que las mujeres jóvenes de las zonas rurales se casan a edades más tempranas que las de la ciudad, tienen una tasa global de fecundidad mayor, niveles más bajos de uso de métodos anticonceptivos y mayor morbilidad y mortalidad infantil (García et al., 1993). Por tal, es importante analizar cómo las mujeres realizan el paso a la adultez tomando en cuenta el ámbito de socialización. En esta investigación se utilizó la variable que la misma base contenía referente al lugar en el que vivieron hasta los 12 años, la cual tenía como categorías de respuesta un rancho, un pueblo o una ciudad, de éstas, las dos primeras fueron codificadas como ámbito rural y la tercera como ámbito urbano.

Finalmente, por lo que se refiere a las transiciones en estudio, se utilizó la edad exacta de ocurrencia de las mismas que la base reportaba. Además de ello, para el caso de la primera unión se tomó en cuenta tanto a las uniones legales como consensuales.

4. HIPÓTESIS

Si bien las mujeres mexicanas realizan sus transiciones a la vida adulta, mayormente entre los 17 y los 22 años, según datos aportados por diversos estudios y dependiendo de la transición

que se trate ²², con pocos cambios a través de las distintas cohortes estudiadas, mostrando así cierta estabilidad en las edades medianas de las transiciones, también es cierto que existen diferencias en el tránsito a la adultez según sea el contexto en que la mujer se haya socializado, ya que en ámbitos rurales y/o tradicionales, la mujer tiende a unirse y a iniciar su vida sexual y reproductiva a edades más tempranas, situación que diverge entre la población urbana por efecto de la exposición a ideas diferentes que provienen de los agentes educativos y de los medios de comunicación y que proponen el retraso de tales eventos.

De igual forma, las condiciones de vida y las oportunidades influyen en la toma de decisiones de las personas al momento de elegir entre continuar estudiando, ingresar al mercado laboral o unirse y/o reproducirse, sin embargo no todas las mujeres cuentan con amplias opciones de desarrollo personal y social, ya que se encuentran restringidas por un contexto socioeconómico limitante, el cual pocas veces les permite contemplar otras elecciones de vida más allá de la maternidad y del matrimonio. De esta manera, la hipótesis que se buscó probar en este capítulo, empleando las tablas de vida, fue:

Es posible establecer un calendario diferenciado de las transiciones a la vida adulta por estrato socioeconómico de pertenencia y por lugar de socialización de la mujer. En tanto que por cohorte de nacimiento existe un calendario más o menos estable para cada una de estas transiciones.

5. PRECISIONES SOBRE EL USO DE LAS TABLAS DE VIDA EN EL ESTUDIO DE LAS TRANSICIONES A LA VIDA ADULTA

Como ya se mencionaba, en la encuesta con la que se trabajó no toda la población reportó haber vivido alguna de las tres transiciones en estudio, ello propicia la presencia del efecto de truncamiento. Una alternativa para evitar este tipo de sesgos es utilizar la técnica de tabla de vida, la cual es un instrumento que permite incluir a los casos truncados, además de ser apropiada para analizar eventos que ocurren a través del tiempo. (Echarri y Pérez, 2003).

La tabla de vida, también conocida como tabla de mortalidad, es un instrumento que mide las probabilidades de vida y de muerte de una población en función de la edad. Esta herramienta se puede utilizar en una gran variedad de problemas demográficos como los que aquí se tratan; a través de ella es posible obtener probabilidades y otras medidas convencionales del evento en estudio que son más apropiadas que las tasas (Ortega, 1987).

²² Ver capítulo II.

Juárez (1984) afirma que la utilización de la técnica de tablas de vida es adecuada para un tema siempre y cuando en él importe conocer la duración de la exposición al evento en cuestión, se pueda medir la duración y el evento sea único y no ambiguo. Estas condiciones son satisfechas en este estudio, ya que en él se busca conocer la duración de la exposición al riesgo en cada transición, además de poderse medir su duración en años, finalmente, cada evento es singular, ya que se refiere a la primera vez en que cada uno de éstos sucedió.

A través de la tabla de vida es posible generar algunos estadísticos tales como el primer y tercer cuartil, así como de la mediana, los cuales dan cuenta del calendario de la transición. El primer cuartil (Q1) es una medida de posición que indica la edad en la que el 25% de las mujeres ha realizado una transición dada, en tanto que la mediana (M), es utilizada para describir el tiempo que le toma a la mitad de éstas efectuar una determinada transición, mientras que el tercer cuartil (Q3) indica la edad en la que el 75% de los integrantes de una cohorte ha experimentado la transición (Tuirán, 1998, 1999, Echarri y Pérez, 2003, Juárez, 1984).

Por su parte, el rango intercuartil, que es la diferencia entre el primer y tercer cuartil, sirve como indicador de la duración o del tiempo que en promedio le toma a una cohorte completar una transición dada, de igual manera permite ver la variabilidad interna, es decir la heterogeneidad entre los grupos o categorías y así conocer qué tan establecida se encuentra la transición estudiada. Cabe mencionar que el insumo principal de la tabla de vida es la edad cumplida de las mujeres al momento en que sucedió la transición de interés medida en años (Tuirán, 1998, 1999).

6. ANÁLISIS Y RESULTADOS DE LAS TABLAS DE VIDA

En este apartado se presentan los resultados obtenidos de las tablas de vida²³. Se generaron ocho tablas de vida por cada una de las tres transiciones estudiadas: dos fueron por cohorte, tres por estrato socioeconómico, dos por ámbito de socialización y una tomando en cuenta la

²³ Es importante mencionar que para la obtención de las tablas de vida y de los cuadros descriptivos se creó un nuevo ponderador desexpandido a partir del factor `poniest8` que la base contenía, con la siguiente función en SPSS: `compute wt=(15436/7024417)*poniest8`.

En donde 15,436 es el número de casos en la muestra (n) y 7,024,417 es la N total obtenida al expandirse la muestra. La función de este ponderador fue la de redistribuir las edades de la población en estudio pero sin alterar el total de la misma, es decir la n muestral, conservándose similares los porcentajes de ambas poblaciones.

población total, es decir, un total de 24 tablas, de las cuales a continuación se presenta el primer y tercer cuartil, así como la mediana y el rango intercuartil.²⁴

Para ello se realiza un análisis y se presentan las gráficas de la proporción de las mujeres sobrevivientes a cada transición, es decir, de aquellas que continuaron siendo vírgenes, siendo solteras o que no tuvieron su primer embarazo en cada edad dentro del periodo de los 10 a los 29 años.

6.1 Calendario de la primera relación sexual

Como se mencionaba en el capítulo II ²⁵, existe la tendencia a afirmar que la edad en que las personas inician su vida sexual se ha ido adelantando cada vez más (Welti, 2005), sin embargo aquí se buscó comprobar que el calendario en que sucede la entrada a la primera relación sexual se ha mantenido constante entre las cohortes estudiadas.

Con los resultados de las tablas de vida se puede observar que esto último se cumple, ya que en las dos cohortes en estudio se presentan edades similares al momento en que las mujeres realizaron dicha transición, con una edad mediana ubicada alrededor de los 18 años.

Cuadro 6. Edad a la primera relación sexual por cuartiles y mediana según variables sociodemográficas.

VARIABLES	CATEGORIAS	Q1	MEDIANA	Q3	RI
Población total		15.9	18.2	21.9	6.0
Cohorte de nacimiento	1954-1963	15.8	18.0	21.7	5.9
	1964-1973	16.0	18.4	22.0	6.0
Estrato socioeconómico	Muy bajo	15.1	17.2	20.0	4.9
	Bajo	16.2	18.3	21.8	5.6
	Medio y alto	17.5	20.0	23.9	6.4
Ámbito de socialización	Rural	15.5	17.8	21.0	5.5
	Urbano	16.8	19.3	23.0	6.2

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

²⁴ Para la obtención de las edades de ocurrencia tanto de los cuartiles como de la mediana, se utilizó la serie de las l_x , que representa la función de sobrevivencia o el número de personas vivas a una edad exacta x , en este caso es el número de mujeres que no han experimentado la transición a una edad exacta x , de una generación inicial de 10. El valor inicial 10 se conoce como la raíz o radix de la tabla. Esta función muestra la “extinción de una generación por muerte” (Ortega, 1987). Dicho de otra forma, la función de supervivencia describe la forma en que una cohorte sintética va disminuyendo en miembros debido a la transición en estudio.

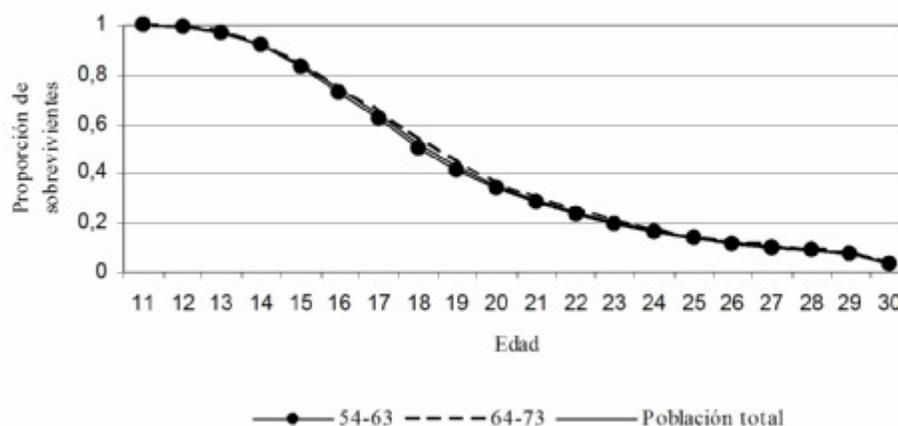
Dicha función es proporcionada por la salida de las tablas de vida generadas en el programa de Stata. Esta misma serie l_x fue utilizada para realizar las gráficas presentadas.

²⁵ Véase el capítulo II en el apartado 2.1 Datos estadísticos y cualitativos de la primera relación sexual.

Al comparar los resultados de la mediana con los de otras investigaciones, tales como la de Núñez y Monroy (1985 citadas en Pedrosa y Vallejo, 2000) y la de la DGPF (citada en Pedrosa y Vallejo, 2000),²⁶ se aprecia una diferenciación en la edad de iniciación sexual de las mujeres, ya que en estas encuestas se reporta una edad promedio de 17 años, mientras que aquí la mediana del total de la población femenil de los ocho estados dominio de la ENSAR 2003 es de 18.2 años, por lo cual, y con base en estos resultados, no se podría hablar de un descenso de la edad de la iniciación sexual, sino más bien de un incremento de la misma de poco más de un año, al menos para la población en estudio.

Por lo que se refiere al rango intercuartil, se observa que el tiempo que le tomó a cada cohorte realizar esta transición es de aproximadamente seis años, por lo que la variabilidad interna de ambas cohortes es relativamente similar, lo que estaría indicando que existe una tendencia a tener la primera relación sexual en un periodo más o menos establecido de edad.

Gráfico 3.- Proporción de sobrevivientes a la primera relación por cohorte.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

En cuanto al estrato socioeconómico, la hipótesis que se buscó comprobar fue que existen variaciones en las transiciones por nivel socioeconómico de las mujeres, retrasándose la transición a medida que su nivel socioeconómico es mejor, ello ya que como Contreras y Hakkert (2001) reportan en su estudio, el que la mujer tuviera un mejor nivel de vida y/o viviera en áreas urbanas influía en la postergación de la edad al momento de iniciar su vida sexual. Antes de realizar el análisis, se debe tener en consideración que en este estudio el estrato socioeconómico reportado

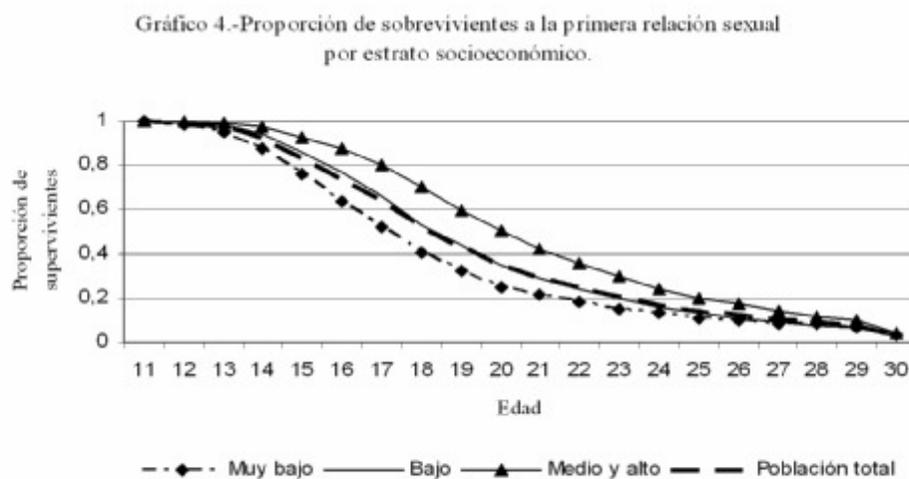
²⁶ Los datos fueron tomados de la Encuesta sobre Información Sexual y Reproductiva de Jóvenes y de la Encuesta sobre Comportamiento Reproductivo de Adolescentes y Jóvenes en el Área Metropolitana de la Ciudad de México (ECRAMM, 1988).

pudo no ser el mismo que ésta tenía al momento de realizar las transiciones, por las limitaciones que la misma variable impone y que ya se comentaron con anterioridad.

En la primera relación sexual se observan diferencias de más de un año entre estratos socioeconómicos, tal y como se esperaba, teniéndose que las mujeres de los estratos socioeconómicos más altos retrasaron su entrada a la vida sexual, con una mediana de 20 años, en tanto que el 50% de las mujeres ubicadas en el estrato muy bajo tuvieron su iniciación sexual a los 17.2 años, existiendo una diferencia de 2.8 años entre ambos estratos.

El rango intercuartil por su parte, muestra que a las mujeres ubicadas en el estrato superior les tomó un año y medio más que aquellas del estrato muy bajo el completar esta transición; lo que indicaría que entre estas mujeres estuvo menos establecida la edad a la que debían transitar a la vida sexual. Esto podría sugerir que dichas mujeres pudieran haber estado en contacto con ideas educativas y culturales modernas que les hayan conducido a apropiarse de sus decisiones personales y a elegir en qué momento tener su iniciación sexual.

Finalmente, se observa que las medidas del calendario de la población total se asemejan más a las del estrato socioeconómico bajo, tal como puede ser apreciado en el gráfico 4.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

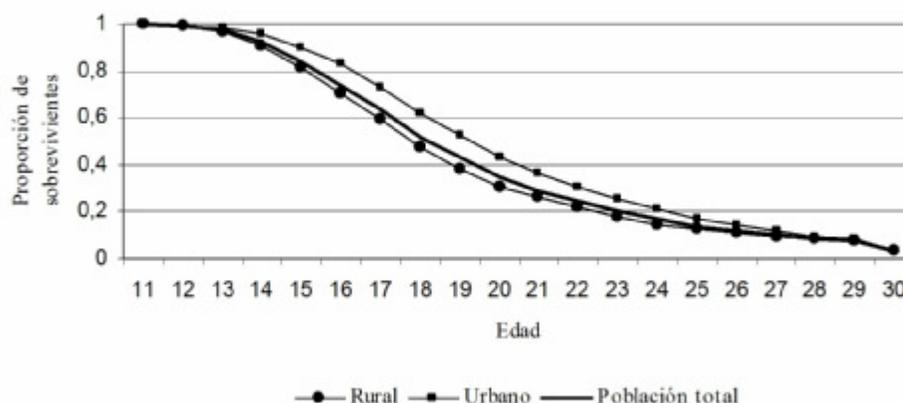
En el caso del ámbito de socialización hasta los 12 años, también se buscaba probar la existencia de diferencias en el calendario y en la variabilidad interna de ambas categorías, partiéndose de la idea de que el contexto sociocultural en que las personas crecen influye de manera diferencial en las decisiones y formas de vida de los individuos.

Como puede observarse en las tablas de vida del cuadro 6 y en el gráfico 5, efectivamente se presentan diferencias muy claras en la transición a la primera relación

sexual por ámbito de socialización, ya que las mujeres que vivieron su infancia en el medio rural iniciaron y concluyeron mucho antes que las urbanas esta transición con una mediana de 17.8 y 19.3 años, respectivamente. Además de ello, el rango intercuartil entre ambos lugares varió en 0.7 años, lo que equivaldría a una diferencia de más de ocho meses a favor de las mujeres que vivieron su infancia en zonas urbanas. Aun así, se debe comentar que si bien el calendario de inicio de un grupo fue más temprano que el del otro, las edades de las transiciones parecieran estar más o menos establecidas en ambos grupos.

Los hallazgos anteriores permiten afirmar que la socialización ejercida en el ámbito rural lleva a que la mujer continúe siendo educada para iniciar su vida sexual, conyugal y reproductiva a edades más tempranas que en el área urbana al contar con pocas oportunidades de desarrollo y de reconocimiento social fuera del ámbito familiar, ya que como Bennett et al. (1997) afirman, las áreas rurales son caracterizadas por tener más altos índices de pobreza, contar con menos servicios médicos y sociales y con reducidas oportunidades de empleo y educación, sobre todo para la mujer.

Gráfico 5.-Proporción de sobrevivientes a la primera relación por ámbito de socialización.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

6.2 Calendario de la primera unión conyugal

Por lo que respecta a la edad a la primera unión analizada por cohorte, la hipótesis era muy similar a la del apartado anterior, esperándose encontrar pocos cambios entre una y otra, aun cuando Quilodrán (2004) afirma en su estudio que la edad de la mujer a la primera unión ha ido aumentando a partir de 1980, pasando la edad promedio de 21 a 22 años²⁷. Sin embargo

²⁷ Véase el capítulo II en el apartado 3.1 Datos estadísticos y cualitativos de la primera unión conyugal.

en este estudio se ve que al igual que en la primera relación sexual, no se tienen grandes diferencias entre una cohorte y otra que permitan afirmar que esta edad se ha atrasado.

Otro aspecto a hacer notar es el hecho de que el 25% de la población de ambas cohortes ya había realizado la transición a una edad relativamente joven, es decir a los 16.8 años, situación que pudiera indicar tanto la forma en como está construida la concepción de lo que debe ser y hacer una mujer, es decir el casarse y tener hijos a temprana edad, como lo limitado de las opciones de vida que éstas tiene en ámbitos distintos al familiar, como son el académico y el laboral.

Cuadro 7. Edad a la primera unión conyugal por cuartiles y mediana según variables sociodemográficas.

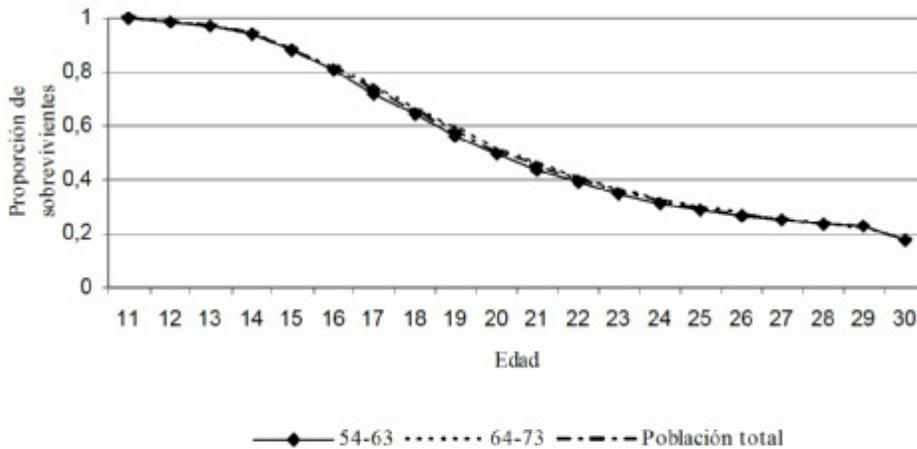
VARIABLES	CATEGORIAS	Q1	MEDIANA	Q3	RI
Población total		16.8	20.0	27.0	10.2
Cohorte de nacimiento	1954-1963	16.7	19.9	27.0	10.3
	1964-1973	16.9	20.2	26.9	10.0
Estrato socioeconómico	Muy bajo	16.0	19.2	29.0	13.0
	Bajo	16.8	19.8	25.0	8.2
	Medio y alto	18.4	21.8	27.4	9.0
Ámbito de socialización	Rural	16.5	18.9	22.9	6.3
	Urbano	17.9	21.0	25.6	7.8

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Asimismo, se debe comentar que los resultados encontrados para el total de los ocho estados dominio de la ENSAR 2003 se asemejan a los presentados por Quilodrán (2004) en un estudio realizado para México, ya que en él demuestra que la edad mediana en que las mujeres entran en unión, según datos de la DHS 1987, es a los 19.9 años, en tanto que aquí la mediana fue de 20 años.

En cuanto al rango intercuartil, las cohortes invirtieron cerca de diez años en completar esta transición. Esta medida muestra una amplia variabilidad en la edad a la primera unión, lo que indicaría que a diferencia de la primera relación sexual, en esta transición no existe un rango de edad socialmente establecido para unirse. Tal situación podría sugerir que o bien las mujeres están optando por retrasar la primera unión para así alcanzar otros objetivos de vida o los mercados matrimoniales están sufriendo una descomposición en el número de miembros masculinos por efecto de la mortalidad y la migración, que llevan a que no todas las mujeres encuentren una pareja con fines conyugales.

Gráfico 6.- Proporción de sobrevivientes a la primera unión conyugal por cohorte.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

En tanto que los resultados por estrato socioeconómico muestran que el 50% de las mujeres pertenecientes al nivel medio y alto se unieron más tardíamente en relación con aquellas ubicadas en el estrato muy bajo, con una mediana de 21.8 y 19.2 años, respectivamente.

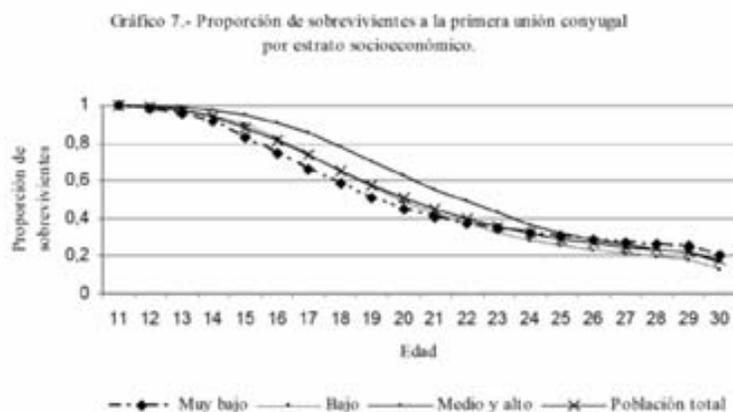
Al comparar entre estratos extremos, muy bajo y medio y alto, se encuentran diferencias muy interesantes, ya que el 25% de las mujeres del estrato muy bajo se unieron a los 16 años, en tanto que las del estrato medio y alto lo hicieron a los 18.4 años, existiendo una diferencia de 2.4 años entre ambos estratos a favor de aquellas posicionadas en un mejor nivel económico, sin embargo, la diferencia se invierte en el tercer cuartil, ya que las mujeres ubicadas en el estrato medio y alto se unieron a los 27 años, en tanto que las del muy bajo lo hicieron hasta los 29 años, siendo éstas las que finalmente tardaron más en completar la transición.

Siguiendo con la idea anterior, el rango intercuartil mostró por una parte, una gran variabilidad entre estratos socioeconómicos en las edades al momento de unirse, indicando que no parece existir un periodo socialmente establecido en que las mujeres de cada estrato deban hacerlo. De igual manera, el rango intercuartil es mucho más amplio entre las mujeres del estrato muy bajo, con 13 años, siendo las que inician antes pero concluyen después la transición, descendiendo a 9 años en el estrato más alto, es decir cuatro años menos para éstas últimas.

Esta situación se puede apreciar más claramente en la gráfica 7, donde se observa un mayor número de mujeres del estrato muy bajo que sobrevivieron a la unión, esto es que permanecieron solteras en las edades finales del rango estudiado. Lo que podría estar indicando que las mujeres del estrato muy bajo tuvieron que unirse a edades muy tempranas, ya que posteriormente sus probabilidades de unión decrecieron, llevándoles un mayor tiempo el completar dicha transición.

Una posible explicación al respecto se podría encontrar en la migración laboral, interna ²⁸ e internacional ²⁹, de varones de estratos bajos, presente en varios estados de la república incluidos en el estudio, lo cual llevaría a descompensar los mercados matrimoniales, tornándose más difícil para las mujeres de estos niveles socioeconómicos el hallar una pareja conyugal conforme la edad aumenta.

En otro orden de ideas y como ya se comentaba, por la misma construcción de la variable no es posible observar la causalidad entre el estrato socioeconómico y la primera unión, ya que por ejemplo, las mujeres actualmente ubicadas en el estrato muy bajo pudieran haber realizado en el pasado sus transiciones a una edad más temprana que las de los otros dos estratos, lo cual pudo estar condicionado por un entorno social y cultural que las encauzó a tal situación, y que aun en el presente las mantiene en el mismo estrato sin haber logrado el ascenso social. O pudiera ser que el hecho de haber realizado la transición a una edad temprana las haya llevado a descender socialmente, situación que en este estudio no puede ser esclarecida, sin embargo, lo que sí puede observarse es que existe una relación asociada entre esta transición y el estrato socioeconómico.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

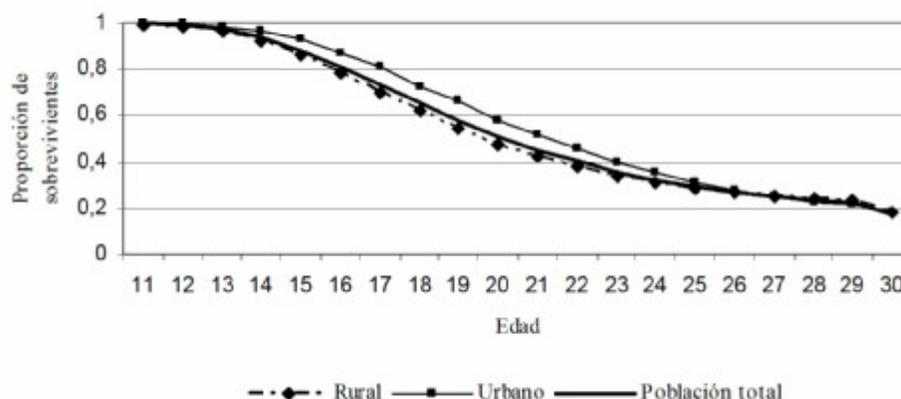
²⁸ De los estados empleados en este estudio, CONAPO (2006) ha estimado, con base en el XII Censo General de población y Vivienda 2000, que los estados de Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Puebla y San Luis Potosí tienen un alto índice de migración interna.

²⁹ De igual forma, CONAPO (2006), tomando como base de partida la Encuesta Nacional de empleo (ENE), en el Módulo sobre Migración, 2002, hace saber que los estados de Guanajuato, Oaxaca, Puebla y San Luis Potosí, son grandes expulsores de personas que migran hacia el exterior del país, contribuyendo en menor medida los estados de Chiapas, Guerrero, Sonora y Tamaulipas, todos ellos incluidos en esta investigación.

Por otro lado, el calendario de la transición a la primera unión por ámbito de socialización, muestra diferencias a favor de las mujeres que vivieron en las ciudades hasta los 12 años, en relación con aquellas que lo hicieron en ámbitos rurales como es un rancho o un pueblo, siendo la edad mediana de 21 y 18.9 años, respectivamente. Lo anterior es consistente con lo que autores como Contreras y Hakkert (2001) mencionan sobre la influencia que ámbitos como los rurales ejercen en las mujeres para que éstas realicen con mayor celeridad esta transición, y con lo que autores como Szasz (1996) afirman acerca de la construcción de la sexualidad de la mujer, misma que es permitida socialmente siempre y cuando sea ejercida dentro de una relación conyugal, lo cual pudiera haber sido un detonador para que un alto porcentaje de las mujeres se uniera a edades relativamente tempranas tanto en el ámbito rural como en el urbano.

Finalmente, el rango intercuartil muestra que el tiempo para concluir la transición varió en año y medio entre los dos ámbitos, mostrándose un mayor establecimiento de las edades de unión en el ámbito rural con 6.3 años. Esta situación podría sugerir que es efectivamente en estos ámbitos donde continúan privando ideas sobre el papel tradicional que debe jugar la mujer en la constitución y reproducción de la sociedad, en tanto que en el área urbana las jóvenes están expuestas a una amplitud de pensamientos y valores que impulsan el desarrollo de otras áreas de la vida personal y profesional de éstas, además de estar en mayores posibilidades de efectivamente dar causa a estos proyectos, tendiendo a posponer la entrada en unión.

Gráfico 8.- Proporción de sobrevivientes a la primera unión conyugal por ámbito de socialización.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

6.3 Calendario del primer embarazo

Tuirán (1999), en su estudio sobre transiciones a la vida adulta de mujeres mexicanas, afirma que la edad mediana al momento de nacer el primer hijo registra algunas fluctuaciones entre una cohorte y otra, pero que ello no indica la existencia de cambios mayúsculos por cohorte; por tal, aquí se buscó comprobar si continuaba esa tendencia. Así se observa que la distribución del calendario para el primer embarazo de las mujeres estudiadas por cohortes, sigue sin presentar grandes cambios entre una y otra, ya que si bien hay diferencias a favor de la cohorte más joven, éstas no exceden el medio año.

Es de destacarse que la edad mediana del primer embarazo del total de la población de los ocho estados dominio de la encuesta aquí empleada, se ubica en 19.5 años, mientras que Quilodrán (2004) reporta con datos de la DHS 1987, una edad mediana de 21 años, lo cual diverge en más de año y medio entre una medida y otra. Tal situación podría estar sugiriendo que se ha ido presentado un rejuvenecimiento en la edad en que las mujeres de estos estados inician su vida reproductiva.

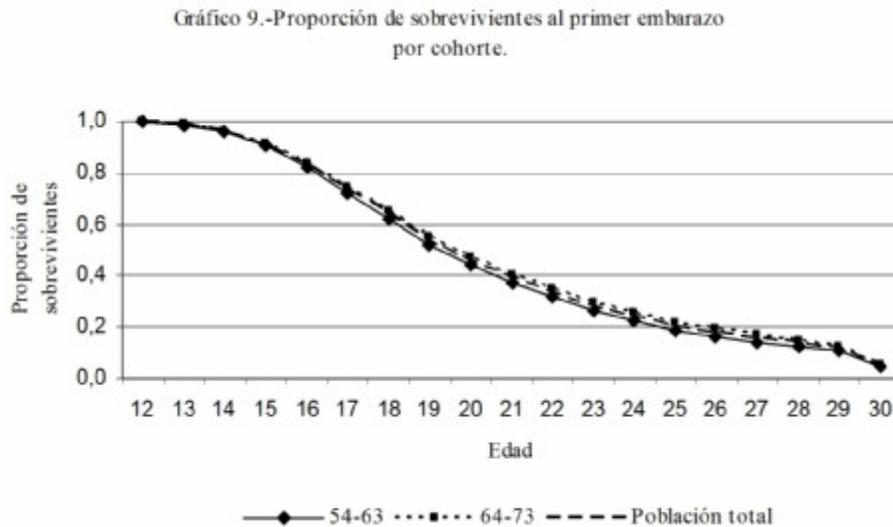
Cuadro 8. Edad al primer embarazo por cuartiles y mediana según variables sociodemográficas.

VARIABLES	CATEGORIAS	Q1	MEDIANA	Q3	RI
Población total		16.8	19.5	23.8	7.0
Cohorte de nacimiento	1954-1963	16.7	19.2	23.4	6.6
	1964-1973	16.9	19.7	24.0	7.1
Estrato socioeconómico	Muy bajo	16.0	18.3	21.9	5.9
	Bajo	17.0	19.6	23.6	6.6
	Medio y alto	18.6	21.8	26.6	8.0
Ámbito de socialización	Rural	16.5	18.9	22.9	6.3
	Urbano	17.9	21.0	25.6	7.8

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Asimismo, se hace notar que la mediana de edad de esta transición es menor que la hallada para la primera unión conyugal, con 19.5 y 20 años, respectivamente. Esto podría hacer pensar por una parte, que la transición más realizada por éstas, después de la primera relación sexual, es la maternidad, y que un porcentaje de las mujeres se casa estando ya embarazada o incluso no se casa, criando a sus hijos como madres solteras. Dicha premisa es consistente con el porcentaje encontrado en este estudio de mujeres que se unen, el cual es del 78% del total de la muestra, mientras que el porcentaje de las mujeres que han vivido su primer embarazo es del 88%.

En otro orden de ideas, el rango intercuartil muestra relativamente poca variabilidad interna entre cohortes, con un promedio de 6.9 años. Lo que indicaría que entre cohortes existió una edad socialmente establecida para transitar al primer embarazo, presentándose el mismo a edades tempranas de la vida de éstas mujeres.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

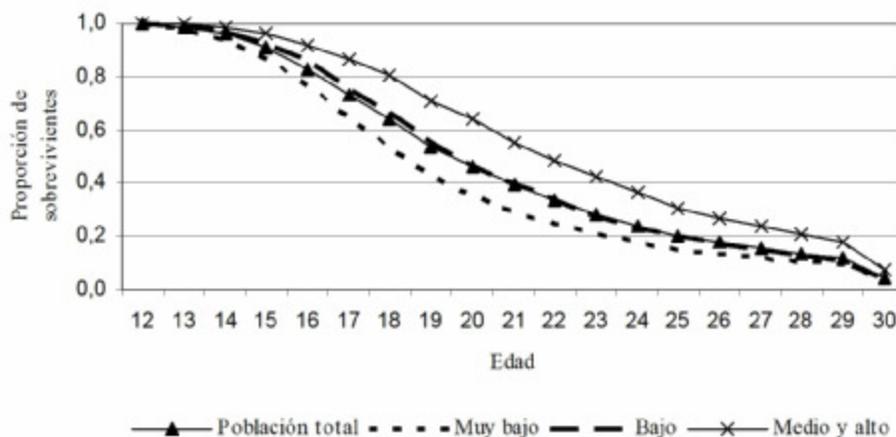
Para el caso de las transiciones analizadas por estrato socioeconómico se siguen viendo las mismas diferencias que ya se habían reportado en las dos transiciones anteriores, observándose que el 50% de las mujeres del estrato muy bajo comenzaron su transición a los 18.3 años, de igual forma, a las mujeres de este estrato le tomó un menor tiempo el completarla con un rango intercuartil de 5.9 años, en tanto que aquellas ubicadas en el estrato medio y alto les llevó 8 años, es decir una diferencia de más de dos años entre un estrato y otro.

Lo anterior podría indicar que entre las mujeres de los estratos más deprimidos pareciera ser que hubo un mayor establecimiento de la edad en que debían de ser madres por primera vez, sin grandes opciones para negociar o retardar la llegada del primer hijo, debiendo por tal cumplir con este rol social para poder obtener el estatus de adulta dentro de su medio social, no sucediendo así entre las mujeres que al momento de la encuesta contaban con un mejor nivel de vida, mismas que por efecto de la educación y de la exposición a ideas más avanzadas sobre la igualdad dentro de la pareja pudieron haber tenido mayores elementos para retardar el inicio de la maternidad.

No obstante, se debe hacer notar que el 25% de las mujeres reportadas en el estrato socioeconómico más bajo ya estaban embarazadas a los 16 años, en tanto que en el estrato superior esto sucedió a los 18.6 años, lo cual en ambos casos es considerado como embarazo adolescente. Esta situación estaría indicando que aún en estratos medios y altos, existe un porcentaje importante de mujeres que inicia relativamente temprano su vida reproductiva, situación que tendría que ser indagada con mayor profundidad para conocer si este inicio es deseado o si por el contrario esta condición les afectará su desarrollo personal y familiar, tal como se reporta sucede en otros países.

En otro orden de ideas y al igual que en las transiciones pasadas, las medidas de calendario del total de la población se asemejan más a las del estrato bajo, según se aprecia en el siguiente gráfico.

Gráfico 10.- Proporción de sobrevivientes al primer embarazo por estrato socioeconómico.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

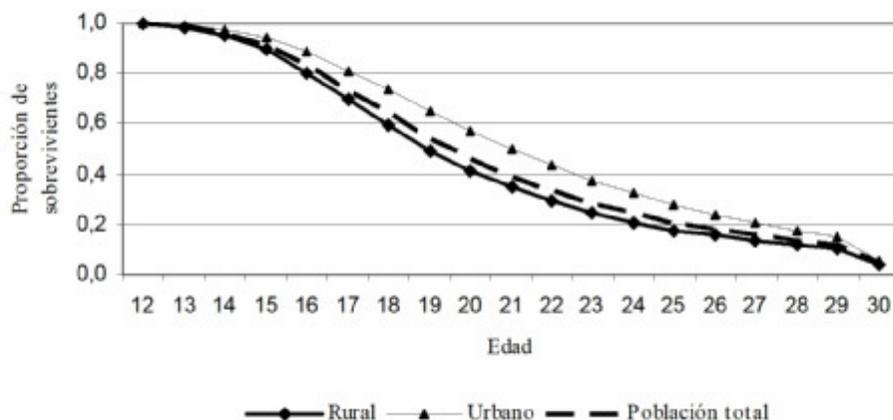
Finalmente, el análisis por ámbito de socialización permite ver transiciones más tempranas en las mujeres que vivieron su infancia en zonas rurales, con una mediana de 18.9 años, mientras que en las mujeres socializadas en el ámbito urbano la mediana fue de 21 años. En cuanto al rango intercuartil, se presenta una diferencia de año y medio entre ambas categorías a favor de la zona urbana, apreciándose una mayor normatividad de la edad al momento de la maternidad de las mujeres socializadas en ámbitos rurales. Asimismo, las medidas del calendario de la población total se encuentran intermedias entre las de las dos zonas, aunque más cercanas a las de la población rural, según muestra el gráfico 12.

Lo anterior se explica por el hecho de que en la población rural, el embarazo temprano es parte de su modo de vida, de la trayectoria normal que siguen para formar una familia,

pues anteriormente la mayoría de las adolescentes en estas zonas, que eran las más numerosas, no asistían a la escuela o lo hacían unos cuantos años, ya que no se veía en la educación y el trabajo una opción de vida para la mujer, por lo que la maternidad y el trabajo doméstico eran concebidas como las tareas prioritarias en la conformación de la adultez (Stern, 1997).

Además de ello, aun hoy en día en casi todos los países en desarrollo, incluyendo a México, la juventud de las áreas rurales tiene un 22% de mayores probabilidades que los jóvenes de las áreas urbanas, de vivir en la pobreza y un 20% menos probabilidades de estar cubiertos por la asistencia pública (Bennett et al., 1997) lo cual significa por una parte, no poder acceder fácilmente a los servicios médicos e informativos que los hospitales y clínicas ofrecen con relación a la planificación familiar, y además contar con características familiares y sociales, condicionadas por la pobreza y acentuadas por la cultura predominante, que pueden conducir mayormente al embarazo temprano (Pérez, 2001).

Gráfico 11.- Proporción de sobrevivientes al primer embarazo por ámbito de socialización.



Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Concluyendo, en este apartado se ven comprobadas las hipótesis de las que se partió, no observándose grandes cambios entre cohortes, y sí entre estratos socioeconómicos y ámbito de socialización en cada una de las transiciones estudiadas.

Así, se observa que entre cohortes no se presentan diferencias significativas en las edades de inicio de la vida sexual, siendo la edad mediana tanto de las cohortes como de la población total, de 18 años, en tanto que en otras investigaciones se reporta una edad promedio de 17 años, por tal se podría afirmar que más que hablar de una disminución de esta edad, se estaría presentando un retraso de la misma.

Continuando con el análisis por cohorte, pero para la primera unión conyugal, se aprecia que tampoco existen evidencias que permitan afirmar que existen cambios en la edad mediana de éstas mujeres, ubicándose en 20 años. Por su parte, la edad mediana al primer embarazo para el total de la población es de 19.5 años, no hallándose cambios drásticos por cohorte, aun cuando si se observa que las mujeres de la cohorte más joven iniciaron su transición con una diferencia de meses con relación a la más grande, situación que también sucedió en las dos transiciones anteriores.

Por lo que respecta al análisis por estrato socioeconómico, se ve una asociación entre éste y el calendario de todas las transiciones estudiadas, ya que a mejor nivel de vida al momento de la encuesta, las mujeres tendieron a posponer el inicio de las transiciones. Así por ejemplo, las mujeres ubicadas en el estrato medio y alto tendieron a posponer su iniciación sexual con relación a aquellas de los estratos más bajos, pudiendo deberse esto a la influencia de ideas modernas propuestas por los recintos escolares y por los medios de comunicación, que llevan a la mujer a apropiarse de su cuerpo y de las decisiones de vida para decidir en qué momento y con quien habrá de tener su primera experiencia sexual.

En tanto que para la primera unión conyugal, las mujeres mejor posicionadas económicamente, iniciaron más tardíamente esta transición, quizá debido a que buscaron lograr otros objetivos de vida, tales como la conclusión de sus estudios o el trabajar antes de unirse. Mientras que las mujeres de niveles socioeconómicos muy bajos iniciaron más tempranamente, pero concluyeron mucho después la unión, siendo las que les tomó más tiempo el realizar dicho tránsito. En tanto que las del estrato bajo fueron las que emplearon un menor tiempo, medido a través del rango intercuartil, en concluir dicha transición.

Las mujeres de los estratos más altos, además de tener un inicio y una conclusión más tardía, su rango intercuartil mostró más variabilidad, indicando una posible menor sanción social del momento en que éstas debían iniciar su vida fecunda, lo cual no se aprecia en los estratos más bajos. Sin embargo, también es cierto que en todos los estratos se presentó en el primer cuartil, el fenómeno del embarazo adolescente, con una edad por debajo de los 19 años.

Ahora bien, por lugar de socialización se aprecia que las mujeres que crecieron en ámbitos rurales, iniciaron su vida sexual con mayor antelación que las urbanas, lo cual podría estar indicando que en este tipo de lugares sigue privando una visión tradicionalista del papel de la mujer, enseñándoseles a éstas desde pequeñas, que deben iniciar a una edad temprana su vida sexual, conyugal y reproductiva. Lo cual se confirma también en las otras dos transiciones, ya que para la primera unión y para el primer embarazo, las mujeres rurales tendieron a adelantar su

transición dos años más que las urbanas. Además, en ambas transiciones pareció existir un mayor establecimiento de la edad normativa en las mujeres que hasta los 12 años vivieron en ranchos o pueblos.

Otros hallazgos a resaltar son que tanto por cohorte, como por estrato, se observó una gran variabilidad del rango intercuartil para la primera unión conyugal. Siendo de las tres transiciones, la menos vivida por las mujeres estudiadas, con un 77.6% del total de la muestra. De igual manera, la edad mediana a la primera unión, del total de la población, fue mayor a la presentada en el primer embarazo, la cual es de 20 y 19.5 años, respectivamente, lo que lleva a pensar que no siempre las mujeres realizan esta transición cuando se presenta un embarazo premarital. Sin embargo, sería importante averiguar si esto se debe a que es una elección de ellas o a que continúan privando valores culturales que facilitan que el hombre pueda decidir si apoya o no a su pareja una vez que esta situación se presenta.

Además de ello, la variabilidad intercuartil permite pensar que a las mujeres de las cohortes y estratos, en general, les llevó un amplio período de tiempo el completar la transición de la unión. Lo cual podría ser explicado por efecto de la mayor mortalidad masculina y de la migración laboral que algunas zonas y estados del país sufre y que llevan a la descompensación del mercado matrimonial.

Un último elemento a resaltar es que las edades de las transiciones variaron entre los 15 años, para el caso de la primera relación sexual en el estrato muy bajo, hasta los 29 años para la primera unión, también de mujeres de este estrato, existiendo una concentración de las edades medianas entre los 17 y los 22 años, lo cual indica que éstas transiciones se dan generalmente en los primeros años de la juventud de la mujer. Al respecto, es interesante indagar cuáles son los factores que llevan a que estas transiciones se retracen o se adelante. Por tal, en el siguiente capítulo se realizarán modelos de Cox para conocer las variables asociadas a las mismas.

CAPÍTULO IV

ANÁLISIS SOCIODEMOGRÁFICO DE LAS TRANSICIONES A LA VIDA ADULTA DE LAS MUJERES

En este capítulo se presenta el análisis de la influencia que algunas variables sociodemográficas ejercen en la transición a la vida adulta de las mujeres analizadas, para ello se empleó el modelo de Cox generándose uno por cada transición estudiada. El modelo además de incluir los casos truncados, incorpora variables explicativas ³⁰, permitiendo estimar los coeficientes de las mismas y así determinar su influencia.

La hipótesis que se buscó probar en este apartado es que la cohorte, el estrato socioeconómico, el ámbito de socialización, la religión y la pertenencia a un grupo étnico, además del hecho de encontrarse trabajando o estudiando, inciden de manera diferencial en la transición a la adultez a través de la iniciación sexual, la primera unión y en el primer embarazo de las mujeres en México.

A continuación se presentan algunas precisiones sobre el modelo de riesgos proporcionales, se explicará cómo se construyeron las variables utilizadas en el mismo y se mostrarán los resultados obtenidos para cada transición.

1. PRECISIONES SOBRE EL MODELO DE COX

El análisis de supervivencia permite estudiar y construir modelos para analizar el tiempo que un suceso tarda en ocurrir (Molinero, 2004). Entre los diferentes tipos que se pueden emplear, uno de los más extendidos es el de Cox, también conocido como modelo de riesgos proporcionales, mismo que fue propuesto por David Cox en 1972.

Este método busca establecer la “ función de riesgo instantáneo de morir ”, denominada “ hazard function ” $h(t)$, o función de azar, la cual es definida como la probabilidad de que un individuo “ muera ”, o que le ocurra el evento de interés, en este caso que transite a la primera relación sexual, a la primera unión conyugal o al primer embarazo, al tiempo t , dado que ha sobrevivido hasta ese mismo momento (Seuc, et al., 2002). En este estudio el tiempo t está medido en años.

Esta es una técnica que combina el análisis de regresión con el de tabla de vida, por lo que al observar el tiempo de ocurrencia del evento, toma en cuenta las características o variables independientes de todas las personas expuestas al riesgo, aún cuando al momento de

³⁰ También llamadas variables pronóstico, predictoras, independientes o covariables.

la encuesta no hayan sufrido dicho evento, incorporando los casos truncados (Cox y Oakes, 1984, citados en Echarri y Pérez, 2003). La inclusión de estos casos es importante ya que de lo contrario, se corre el riesgo de introducir un sesgo en la estimación de estos efectos en la población (Flores et al., 2000).

Este modelo puede ser expresado bajo la función de riesgo (hazard) o tasa de mortalidad:

$$h(t, X) = h_0(t) \exp(\beta X) \dots (1)$$

La cual indica el riesgo relativo de experimentar la transición. Este modelo incluye una parte no paramétrica $h_0(t)$, llamada función de riesgo base que depende del tiempo. Esta función de azar es común a todos los individuos y no se le pone ninguna restricción. Asimismo, cuenta con una parte paramétrica, $\exp(\beta X)$ llamada puntaje de riesgo, misma que sí depende de las variables pronóstico y no del tiempo, de ahí que se le considere como un modelo semiparamétrico (Molinero, 2001, 2004).

Donde:

$X_i = (X_{i1}, X_{i2}, \dots, X_{ip})$ es el vector con los valores para el i -ésimo individuo en las p variables X_1, X_2 y X_p , mismas que se consideran predictoras de la función de riesgo (Seuc, et al., 2002).

Para ejemplificar en este caso, X representaría el efecto del estrato socioeconómico sobre la edad a la primera relación sexual. Esta es una variable dicotómica que toma valor de cero cuando la persona se ubica en el estrato muy bajo, la cual es la categoría de referencia en los modelos generados, y uno cuando la persona se ubica en el estrato bajo.

$$\text{Exp}(\beta) = \frac{h(t, X=1)}{h(t, X=0)}$$

Este modelo especifica cómo cambia la función de riesgo básica (individuos con nivel de covariables cero) respecto de aquellos con covariables distintas de cero. Este cambio lo especifica el parámetro asociado a cada factor introducido al modelo y se interpreta como el cambio esperado en el cociente de riesgos entre un individuo en la población básica y uno fuera de ella (Flores et al., 2000).

Continuando con la explicación de los componentes del modelo, $h_0(t)$ representa la función de riesgo para un individuo cuando todas las covariables toman el valor cero, o el riesgo basal cuando

no tiene sentido físico que alguna de las variables valga cero (Abraira y Pérez, 1996, Seuc, et al., 2002, Molinero, 2001). Es decir, es la base de la función de riesgo cuando X es cero. En este caso sería el riesgo esperado para las mujeres ubicadas en el estrato bajo, con respecto a aquellas ubicadas en el estrato muy bajo.

En tanto que exp es una función que puede interpretarse como la razón entre el riesgo (instantáneo de morir) de un individuo con vector observado de variables predictoras X i y el riesgo (instantáneo de morir) de un individuo con vector observado de variables predictoras X=0. Se basa en el logaritmo natural 2.718.

Como esta función no depende del tiempo se está suponiendo que esta razón es la misma para todo t (Seuc, et al., 2002). Un valor negativo en el coeficiente de regresión indicaría que mientras el valor de X aumenta, el riesgo disminuye. Por ejemplo, se espera que el riesgo de tener la primera relación sexual sea menor cuando el estrato socioeconómico en que se ubica la mujer sea más alto. Un valor del Exp (β) menor a 1 indica que hay una disminución del riesgo relativo de tener la primera relación sexual cuando el estrato socioeconómico es más alto.

Finalmente β es el coeficiente de regresión, el cual marca el cambio esperado de riesgo por cada unidad de incremento en la variable X.

En la expresión 1, las covariables afectan a la función de riesgo base de forma multiplicativa y se explicarían de la siguiente forma: el riesgo esperado de tener la primera relación sexual para una mujer con la condición X(1), es igual al riesgo de unión sin la condición X(0), multiplicado por exp elevada a la potencia (βX). Esto es, el riesgo esperado de tener la primera relación sexual para una persona ubicada en el estrato socioeconómico bajo h(t), es igual al riesgo esperado de tener la primera relación sexual en una mujer ubicada en el estrato socioeconómico muy bajo h 0 (t), multiplicado por exp, elevado a la potencia (βX). El coeficiente de β se estima maximizando la probabilidad parcial.

Otra forma de expresar la función (1) es en su forma logarítmica:

$$\ln \left[\frac{h(t,X)}{h_0(t)} \right] = \beta_1 X_1 + \dots + \beta_k X_k \dots (2)$$

En la cual se plantea el logaritmo del riesgo relativo como una función lineal de las variables independientes. Se utiliza por ejemplo, para comparar el riesgo relativo de tener la primera relación sexual en personas ubicadas en un estrato socioeconómico con respecto a otro.

Para poder utilizar el modelo de Cox es necesario que los datos cumplan la propiedad de riesgos proporcionales (Corpas, et al., 2006), es decir que los riesgos para dos conjuntos diferentes de valores de las covariables conserven la misma proporción a lo largo del tiempo (Molinero, 2001). Para ello se supone que el riesgo relativo, a diferencia del riesgo propiamente dicho, no depende del tiempo, siendo constante a través del mismo, de ahí es que toma el nombre de modelo de riesgos proporcionales, ubicado dentro de la categoría de los modelos lineales generalizados (Abraira y Pérez, 1996, Seuc, et al., 2002).

El modelo de riesgos proporcionales además de moldear la función de riesgo $h(t)$, también se ocupa de la función de supervivencia $S(t)$, la cual puede ser derivada de la primera. Permitiendo así, comparar el tiempo de supervivencia entre diferentes grupos y analizar cuáles son las covariables que influyen en el mismo (Corpas, et al., 2006).

La función de supervivencia $S(t)$ en el momento t , se define como la probabilidad de que un individuo sobreviva más de t días (Cox, 1972); en este caso sería la probabilidad de que una mujer haya permanecido virgen, soltera o no haya experimentado su primer embarazo al tiempo t . A las mujeres que sobreviven a ese periodo de edad se les considerará como casos truncados, ya sea porque al momento de la entrevista no habían vivido la transición o porque la tuvieron antes o después de los 10 a los 29 años de edad.

En ese sentido y teniendo en cuenta que βX no depende del tiempo, este modelo se puede escribir también en términos de la función de supervivencia como:

$$S(t, X) = [S_0(t)] \exp^{(\beta X)} \dots (3)$$

La interpretación de este tipo de modelos se asemeja a la de los coeficientes de la regresión logística, en donde β_i , de la expresión (2), es el logaritmo del riesgo relativo (cociente de riesgos) cuando X_i aumenta una unidad, manteniéndose constantes las demás variables, y por tanto $\exp(\beta_i)$, de la expresión (1), es el coeficiente de la variable X_i siendo el riesgo relativo cuando X_i aumenta una unidad, manteniéndose constantes las demás (Abraira y Pérez, 1996, Molinero, 2001).

2. CONSTRUCCIÓN DE LAS VARIABLES

En los modelos de riesgos proporcionales se tomó como variable dependiente a la edad en que la mujer realizó cada transición, siempre y cuando ésta hubiese sido entre los 10 y los 29 años. Para los casos en que ella no había experimentado el evento, o en que éste sucedió fuera

del intervalo antes marcado, se empleó la edad al momento de la entrevista y se consideró como caso truncado ³¹ .

Por otra parte, se emplearon cinco variables sociodemográficas: cohorte de nacimiento, estrato socioeconómico, lugar de socialización, pertenencia a un grupo étnico y religión, para estimar la influencia que éstas ejercen sobre la transición a la adultez de las mujeres estudiadas. Además de ello se anexaron dos variables relativas a si estaba estudiando o trabajando al momento del evento en estudio.

De éstas, la variable de cohorte de nacimiento buscó ver la influencia de pertenecer a la cohorte de 1964-1973, con respecto a las nacidas entre 1954-1963 en la realización de cada transición.

En tanto que el estrato socioeconómico permitió conocer cómo las mujeres actualmente ubicadas en el estrato bajo o medio y alto realizaron sus transiciones con respecto a aquellas ubicadas en el muy bajo.

El lugar de socialización mostró la influencia de haber crecido en un ámbito urbano, con respecto a haberlo hecho en un medio rural hasta la edad de los 12 años. La construcción de estas tres variables fue ampliamente explicada en el capítulo III, ya que en las tablas de vida fueron incluidas como variables control, siendo además los ejes principales en los que se articula el estudio

Mientras que la pertenencia a un grupo étnico permitió observar si existían diferencias al momento de transitar a la adultez dependiendo de si se era parte o no de una comunidad indígena. Para la construcción de esta variable se recurrió a la declaración de lengua indígena que las entrevistadas proporcionaron.

Finalmente, la variable de religión mostró cómo influye en las transiciones realizadas el tener una religión diferente a la católica ³² o el no tener religión, con respecto a considerarse católica.

En el siguiente cuadro se encuentran los porcentajes y las frecuencias de cómo se distribuyeron éstas variables. El número de casos continuó siendo 7,381 mujeres, tal como se emplearon en las tablas de vida del capítulo anterior.

³¹ Ver la distribución de casos por cada transición en el capítulo III, apartado 2.

³² Las categorías que se encuentran incluidas dentro de “ otra religión ” son: evangélica, israelita, luz del mundo, Pentecostés, testigo de Jehová, adventista, protestante, bautista, peregrinos, iglesia alfa y omega, espiritualista, anglicana, presbiteriana, mormona y cristiana.

Cuadro 9. Distribución de porcentajes y frecuencias de las variables incluidas en todos los modelos de Cox.

VARIABLE	CATEGORÍA	%	FRECUENCIAS
Cohorte de nacimiento	1954-1963	42.3	3,120
	1964-1973	57.7	4,261
Estrato Socioeconómico	Muy bajo	42.9	3,167
	Bajo	32.3	2,382
	Medio y alto	24.8	1,832
Lugar de socialización	Rural	69.9	5,157
	Urbano	30.1	2,224
Pertenencia a un grupo étnico	Si	12.6	929
	No	87.4	6,452
Religión	Católica	85.2	6,286
	Sin religión	3.5	262
	Otra religión	11.3	833

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Dos aspectos importantes a analizar en los modelos son los referentes a la educación y al trabajo de las mujeres analizadas, ya que estos factores influyen diferencialmente en la forma en como éstas transitan a la vida adulta, esperándose que aquellas que se encontraban estudiando o trabajando tendieran a posponer dichas transiciones.

Para ello se construyeron dos variables por cada transición, una para educación y otra para empleo. La primera buscó establecer temporalidad, ubicando qué sucedió primero, la conclusión de los estudios o las transiciones aquí analizadas.

La forma de construir la variable se derivó de la pregunta ¿cuál es el último año o grado que aprobó en la escuela?, misma que contenía la categoría de nivel y grado. Los niveles eran: preescolar, primaria, secundaria, estudios sin secundaria, mismos que se subdividían en: técnicos comerciales o secretariales, preparatoria, estudios con secundaria: técnicos comerciales o secretariales, normal, profesional, normal con preparatoria, postgrado, no sabe y no respondió. Con esta información fue posible establecer el número de años que cada persona había estudiado, bajo el supuesto de haber iniciado los estudios a los seis años y de no haber reprobado, creándose así la variable de “ edad final al momento de salir de la escuela ”. Así por ejemplo, una mujer que declaró contar con un nivel de primaria y con un grado de escolaridad de cuatro años, indicaba que a los diez años había finalizado sus estudios, en tanto que una mujer con tres grados del nivel de preparatoria habría concluido sus estudios a los 18 años, asumiendo que no repitió ningún grado escolar.

Las causas de esta conclusión³³ pudieron ser variadas, destacando la terminación de una carrera técnica o profesional, el que la mujer haya decidió estudiar hasta ese grado, el que ya no haya podido estudiar por cuestiones familiares o económicas, no haya deseado continuar con sus estudios, o que en su comunidad no haya habido más opciones para seguir estudiando, entre otras. Mismas que pueden variar dependiendo del contexto sociocultural y de la edad de la mujer, ya que se debe recordar que el periodo analizado, de los 10 a los 29 años, es muy amplio, por tal un porcentaje importante de mujeres ya había realizado la transición de salida de la escuela.

A la variable de edad final a la salida de la escuela se le restó la edad al momento de realizar cada una de las transiciones, creándose la variable de “ diferencia entre ambas edades ” . Por ejemplo la edad a la primera relación sexual, así se obtuvieron números negativos y positivos que indicaban las siguientes seis categorías:

1. Terminó sus estudios y no ha tenido su primera relación sexual.
2. Terminó sus estudios luego tuvo su primera relación sexual.
3. Primero se inició sexualmente y luego concluyó sus estudios.
4. No estudio ningún grado y ya inició su vida sexual.
5. Ambos eventos coinciden.
6. No ha vivido ninguno de los dos eventos.

Estas categorías buscaban establecer la temporalidad entre salida de la escuela e inicio de la vida sexual. Para el caso de aquellas mujeres que aún no habían vivido la transición también se tomó su experiencia bajo el supuesto de que en algún momento se iniciarán sexualmente. Así, la categoría uno, dos, cuatro y seis indican que la mujer no estaba estudiando al momento de la transición, ya sea porque estudió algunos cuantos años, o porque terminó la carrera que había elegido o porque no estudió ningún año. Esta agrupación está indicando en todos los casos que primeramente dejó de estudiar, ello independientemente de si la mujer ya había tenido su primera relación sexual.

En tanto que la categoría tres muestra que la mujer estaba estudiando cuando tuvo la relación sexual. Mientras que la categoría cinco indica que ambas edades coinciden, ya que las dos están medidas en años y no en meses o días. Por tal se imputó que si se encontraba estudiando cuando sucedió el evento.

³³ Nótese que no se está hablando de abandono o interrupción de estudios. El concepto de conclusión no necesariamente tiene un significado negativo, ya que la mujer pudo haber concluido sus estudios debido a que terminó una carrera técnica o profesional.

Finalmente, con esta agrupación realizada a la variable de “ diferencia entre ambas edades ” se creó la variable: “ ¿había dejado de estudiar a la primera relación sexual? ” . Las categorías de respuesta eran “ si ” y “ no ” , mismas que como anteriormente se mencionó, incluyeron la experiencia de todo el universo de estudio.

Las categorías uno, dos, cuatro y seis quedaron incluidas dentro de la respuesta de “ si había concluido sus estudios ” , independientemente de si había o no tenido relaciones sexuales. En tanto que las categorías tres y cinco indicaron que la persona “ no había concluido sus estudios cuando tuvo la transición.

Este mismo procedimiento se aplicó para las otras dos transiciones. En los siguientes cuadros se puede observar que al experimentar las tres transiciones, arriba del 93 % de las mujeres ya habían concluido sus estudios, lo cual se explica por el rango etario que se empleó. Es importante resaltar este dato, ya que contrario a lo que se podría esperar, sobre todo en lo referente al primer embarazo, no es esta transición la que marca la salida de la escuela, ya que en este estudio muchas mujeres ya habían salido de ella cuando se embarazaron o se casaron.

En otro orden de ideas, la variable referente a la experiencia laboral buscó establecer la temporalidad entre entrada al mercado laboral ³⁴ y las transiciones analizadas. Para ello se recurrió a la pregunta que la fuente de información contenía referente a: “ ¿qué edad tenía cuando empezó a trabajar por primera vez? ” .

A esta variable se le restó la edad de cada una de las transiciones, creándose una nueva llamada “ diferencia entre ambas edades ” , misma que presentó las siguientes categorías:

1. Ya ha trabajado y no ha tenido su primera relación sexual.
2. Primero comenzó a trabajar y luego se inició sexualmente.
3. Primero inicio su vida sexual y luego entró a trabajar.
4. No ha trabajado y ya tuvo su primera relación sexual.
5. Ambos eventos coinciden.
6. No ha vivido ninguno de los dos eventos.

Al igual que en las variables referentes a educación, aquí también se tomó en cuenta la experiencia de las mujeres que no habían vivido las transiciones, suponiéndose que posteriormente ingresarán a la vida sexual, conyugal y reproductiva.

³⁴ El ingreso a la fuerza laboral pudo haber sido en algún establecimiento o predio familiar sin recibir pago alguno, también pudo haber trabajado recibido un pago en dinero o en especie. No se ahondó más sobre la situación laboral de la mujer ya que no es el tema principal de esta investigación.

De estas categorías, la uno y dos indican que primero comenzó a trabajar la persona, independientemente de haber tenido su primera relación sexual, en tanto que la cinco hace referencia a que ambos eventos coinciden, por tal se está suponiendo que ya estaba trabajando cuando se inició sexualmente.

En tanto que las categorías cuatro y seis muestran que la persona no había trabajado, aun cuando pudo o no tener ya su primera experiencia sexual. Finalmente la categoría tres indica que la mujer si había trabajado pero luego de que tuvo la primera relación sexual.

Con esta distinción se creó la variable de “ ¿había trabajado a la primera relación sexual? ”, las categorías de respuesta fueron “ si ” y “ no ”. Si significa que la persona ya había trabajado, independientemente de tener su primera relación sexual o de que ambos eventos coincidieran, en esta categoría entraron las opciones uno, dos y cinco. Mientras que “ no ” significa que no había trabajado, pudiendo o no haber tenido ya su primera relación sexual. Las categorías tres, cuatro y seis formaron parte de esta respuesta.

Como se aprecia en los siguientes cuadros, más del 62% de las mujeres ya contaba con experiencia laboral al momento de realizar alguna de las transiciones en el ámbito familiar, lo cual es interesante resaltar ya que refleja que un porcentaje alto de mujeres ya había vivido la entrada al mercado laboral, aunque sea de manera temporal y no siempre gozando de un pago remunerado, cuando ocurrieron las transiciones aquí analizadas.

Cuadro 10. Distribución de porcentajes y frecuencias de las variables incluida en el modelo para la primera relación sexual.

VARIABLE	CATEGORÍA	%	FRECUENCIAS
¿Había dejado de estudiar a la primera relación sexual?	Si	92.8	6,852
	No	7.2	529
¿Había trabajado a la primera relación sexual?	Si	62.0	4,576
	No	38.0	2,805

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Cuadro 11. Distribución de porcentajes y frecuencias de las variables incluida en el modelo para la primera unión conyugal.

VARIABLE	CATEGORÍA	%	FRECUENCIAS
¿Había dejado de estudiar a la primera unión?	Si	94.8	6,997
	No	5.2	382
¿Había trabajado a la primera unión conyugal?	Si	66.1	4,882
	No	33.8	2,497

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Cuadro 12. Distribución de porcentajes y frecuencias de las variables incluida en el modelo para el primer embarazo.

VARIABLE	CATEGORÍA	%	FRECUENCIAS
¿Había dejado de estudiar al primer embarazo?	Si	96.2	7,099
	No	3.8	282
¿Había trabajado al primer embarazo?	Si	65.4	4,829
	No	34.6	2,552

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

3. ANÁLISIS Y RESULTADOS DE LOS MODELOS DE COX

Con las variables antes mencionadas se realizaron tres modelos de riesgos proporcionales, uno por cada transición. La notación de cada modelo quedó expresada de la siguiente forma:

$$h(t) = h_0(t) \exp (\beta_1 * \text{Cohorte} + \beta_2 * \text{Estrato} + \beta_3 * \text{Lug. socializ} + \beta_4 * \text{Gpo. etnico} + \beta_5 * \text{Religión} + \beta_6 * \text{Estudio} + \beta_7 * \text{Trabajo})$$

A continuación se presentan los resultados e interpretación de los mismos a fin de contrastarlos con la hipótesis de trabajo. En ellos se presentan también, las variables que no resultaron significativas en cada modelo. Para el análisis de los resultados se incluye el $\exp(\beta)$, que es el riesgo relativo, así como su nivel de significancia.

3.1 Primera relación sexual

Se observó que la cohorte de nacimiento más joven redujo en un 5.4% la velocidad para iniciar su primera relación sexual con relación a la cohorte más grande. De igual manera, se halló una asociación positiva entre el estrato socioeconómico y la iniciación sexual, donde las mujeres que al momento de la encuesta se encontraban en mejores niveles de vida, es decir en el estrato bajo y medio y alto, tendieron a disminuir la velocidad en que realizaron dicha transición con respecto a aquellas que se encontraban en el nivel socioeconómico muy bajo, con un 15 y un 37%, respectivamente. Lo anterior también se encontró para el ámbito de socialización, ya que aquellas mujeres que vivieron su infancia en zonas urbanas, redujeron la velocidad de entrada a la vida sexual en un 7% con relación a aquellas que vivieron en ámbitos rurales.

Contrario a ello, se observa que el no ser católica implicó un aumento de un 13% en la velocidad de iniciación sexual, mientras que aquellas que se declararon sin religión también

aceleraron dicho tránsito en un 17%, siendo por tal, las mujeres con religión católica las que más tendieron a retrasar la ocurrencia de ésta transición.^{35 36}

Cuadro 13. Modelo de Cox para la primera relación sexual.
Variable dependiente: edad a la primera relación sexual.

PRIMERA RELACIÓN SEXUAL			
	-2 log de la verosimilitud ³⁵	111615,562	
	x ²	847,241	
	gl.	9	
	Significancia	0.000	
VARIABLE	CATEGORÍA	SIG.	EXP ^(B)
Cohorte de nacimiento	1954-1963	Ref.	
	1964-1973	0.026	0.946
Estrato socioeconómico	Muy bajo	Ref.	
	Bajo	0.000	0.852
	Medio y alto	0.000	0.630
Lugar de socialización	Rural	Ref.	
	Urbano	0.014	0.931
Pertenencia a un grupo étnico	Si	Ref.	
	No	0.191	0.952
Religión	Católica	Ref.	
	Sin religión	0.018	1.167
	Otra religión	0.002	1.128
¿Había dejado de estudiar a la primera relación sexual?	Si	Ref.	
	No	0.000	2.002
¿Había trabajado a la primera relación sexual?	Si	Ref.	
	No	0.000	1.647

Significancia: p < .05³⁶

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

De igual forma, el estar estudiando conllevó un incremento dos veces mayor de iniciarse sexualmente para la mujer. Finalmente, el que la mujer no hubiera trabajado le implicó un 65% más

³⁵ El valor -2 Log de la verosimilitud o -2 Log Likelihood (-2LL) es una medida del ajuste del modelo a los datos. Se refiere a la probabilidad de encontrar los resultados obtenidos dados tales parámetros. Cuanto menor sea ese número, mejor será el ajuste. Bajo la hipótesis nula de que el modelo se ajusta perfectamente, -2LL tiene una distribución X² con N-p grados de libertad, donde N es el número de casos y p el número de parámetros estimados (Echarri, 2003).

³⁶ Se empleó el nivel de significancia que el programa de SPSS maneja.

e riesgo de vivir dicha transición. Por otra parte la pertenencia a un grupo indígena no fue estadísticamente significativa, por tal no se analizó.

Al contrastar estos resultados con la hipótesis que se deseaba probar, se esperaba hallar que las mujeres mayores y aquellas actualmente ubicadas en el estrato socioeconómico más bajo, indígenas, católicas o sin religión, socializadas en ámbitos rurales, que no estuvieran estudiando y que no hubieran trabajado al momento de la transición, mostrarían una tendencia a acelerar la ocurrencia de su primera relación sexual.

Sin embargo, como se observa en el cuadro 13, la variable de religión y de estudios no siguió la tendencia esperada. Una posible explicación para la variable de: ¿había dejado de estudiar a la primera relación sexual?, tendría que ver con los ámbitos en los que la gente se encuentra para formar parejas, siendo la escuela un lugar para conocer personas del sexo opuesto, mismas que pueden ser sus futuras parejas sexuales e incluso conyugales, de ahí que una mujer que se encuentra estudiando pudiera acelerar esta transición con referencia a una que ya no se encuentra dentro de un recinto escolar.

En tanto que las demás variables si mostraron que existen diferencias al momento de la primera relación sexual en la dirección esperada, ya que aquellas más jóvenes, ubicadas en mejores niveles de vida, socializadas en ámbitos urbanos y que trabajaban al momento de la transición, tendieron a aplazar el inicio de su vida sexual. Esto podría significar que el brindarles a las mujeres de las generaciones recientes, mayores oportunidades sociales, laborales, económicas y culturales les permitirán tomar el control sobre las decisiones que atañen a su propio cuerpo y su vida, pudiendo elegir el momento para iniciarse sexualmente, libres de presiones por parte de su pareja y de la sociedad, adueñándose de sí mismas para construir un proyecto de vida que contemple otros aspectos del desarrollo humano más allá de los referentes a la sexualidad, la conyugalidad y la reproducción.

3.2 Primera unión conyugal

La entrada en unión depende de factores sociales, económicos y culturales que condicionan el tránsito de la mujer a este evento, el cual sigue siendo casi universal en sociedades como la mexicana, aun cuando su constitución y calendario refleja diferencias según zona de residencia, nivel económico y educativo de la pareja.

Cuadro 14. Modelo de Cox para la primera unión conyugal.
Variable dependiente: edad a la primera unión conyugal.

PRIMERA UNIÓN CONYUGAL			
	-2 log de la verosimilitud	96095,6306	
	x ²	912,785	
	gl.	9	
	Significancia	0,000	
VARIABLE	CATEGORÍA	SIG.	EXP ^(P)
Cohorte de nacimiento	1954-1963	Ref.	
	1964-1973	0.942	0.946
Estrato socioeconómico	Muy bajo	Ref.	
	Bajo	0.037	0.852
	Medio y alto	0.000	0.630
Lugar de socialización	Rural	Ref.	
	Urbano	0.055	0.941
Pertenencia a un grupo étnico	Si	Ref.	
	No	0.000	1.216
Religión	Católica	Ref.	
	Sin religión	0.808	1.018
	Otra religión	0.088	1.074
¿Había dejado de estudiar a la primera relación sexual?	Si	Ref.	
	No	0.000	2.497
¿Había trabajado a la primera relación sexual?	Si	Ref.	
	No	0.000	1.979

Significancia: p < .05

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Samuel y Sebillé (2005), afirman que la población rural femenina tiene un calendario de entrada en unión más temprana y estable de una cohorte a la siguiente, mientras que las

mujeres urbanas tienden a retrasar su entrada en unión por la influencia de factores culturales, educativos y laborales.

Siguiendo con el análisis hecho para la primera relación sexual, en esta transición se esperaba que las mujeres de mayor edad, con niveles de vida más deprimidos, indígenas, con otra religión diferente a la católica, socializadas en ámbitos rurales, que no estuvieran estudiando y que no hubieran trabajado al momento de la transición, tenderían a acelerar la unión, sin embargo y contrario a ello, se observó que el estar estudiando al momento de la transición, así como el no ser indígena conllevó un aumento de la velocidad para iniciar la vida en pareja.

Por una parte, el que la mujer no perteneciera a un grupo étnico aumentó en 22% la velocidad de unión con relación a las mujeres indígenas. Ello podría tener explicación en las cuestiones migratorias que estarían afectando a comunidades indígenas, ya que son los hombres los que más tienden a migrar, por tal no siempre existirá la cantidad suficiente de elementos de ambos sexos para poder conformar las parejas conyugales. Situación contraria sucedería con las mujeres no indígenas, mismas que al convivir con un mayor número de personas tendrían una mayor probabilidad de formar una pareja.

En tanto que el encontrarse estudiando aceleró en cerca de 2.5 veces la ocurrencia de la unión. Aquí también se considera que la explicación es similar a la de la primera relación sexual, donde las mujeres que estudian tienen más posibilidades de conocer a su pareja dentro de la escuela o en zonas aledañas a la misma, siendo este recinto, un espacio para relacionarse con personas de un nivel educativo y sociocultural afin.

Por otro lado, las mujeres del estrato bajo y medio y alto siguieron mostrando la asociación hallada en el modelo anterior, viendo disminuida la velocidad de ocurrencia de esta transición en un 15 y un 37% con relación a las mujeres del estrato bajo.

Finalmente, aquellas que no habían trabajado al momento de la unión vieron aumentada en un 98 % la velocidad de experimentarla, tomando como referencia a las que si habían trabajado, lo cual concuerda con lo esperado, ya que la exposición a actividades laborales es un factor que permite que la mujer visualice otras opciones de desarrollo, tendiendo por tal a posponer su entrada en unión en aras de conseguir sus metas laborales, aun cuando no siempre el trabajar implique por sí solo independencia, autonomía y el empoderamiento de la mujer, sin embargo si parece ser una variable que influye en la postergación de la unión. Por lo que respecta a las variables de cohorte, lugar de socialización y religión, éstas no resultaron significativas, presentándose únicamente sus coeficientes, sin ahondar al respecto.

Según los resultados anteriores, se podría concluir que son las mujeres no indígenas, que no han realizado la transición de la salida de la escuela ni de entrada al mercado laboral y aquellas actualmente ubicadas en el estrato socioeconómico muy bajo, las que tendieron a acelerar la unión. Lo cual podría estar indicando por una parte, que el inicio conyugal se presenta entre grupos de mujeres que cuentan con escasas oportunidades de desarrollo personal, donde se sigue considerando al matrimonio como una norma a la que hay que acceder a edades tempranas de la vida. Sin embargo, el aumento en la velocidad de la unión también se está presentando en mujeres que continúan estudiando y que no son indígenas, lo que podría tener relación con los mercados matrimoniales en los que este tipo de mujeres se insertan, mismos que facilitarían el conocimiento de varones con fines conyugales.

3.3 Primer embarazo

En cuanto al inicio de la maternidad, se buscaba probar que las mujeres mayores, de niveles socioeconómicos más adversos, que vivieron su niñez en ámbitos rurales, pertenecientes a grupos indígenas y a grupos religiosos no católicos y que no estaban estudiando o trabajando al momento de esta transición, serían las que tenderían a aumentar la velocidad de entrada a la vida fecunda. Esta hipótesis fue comprobada en cierta parte, ya que al igual que en las otras dos transiciones, las mujeres que se encontraban estudiando fueron las que vieron incrementada la velocidad de iniciación de la maternidad.

Se aprecia que el que la mujer declarara practicar una religión distinta a la católica, fue un factor que aceleró el embarazo en un 9% con relación a las católicas, es decir que éstas últimas fueron las que mostraron una menor velocidad al realizar esta transición. Mientras que el seguir estudiando adelantó en más de dos veces el inicio de la maternidad, pudiendo tratarse de mujeres que optaron por esta opción sin descuidar por ello sus objetivos académicos o que por el contrario, tuvieron que truncar sus estudios a causa del embarazo. En tanto que el no haber trabajado llevó a la mujer a adelantar el inicio de su maternidad en un 76%. Por otra parte, y al igual que para la primera relación sexual, la cohorte más joven disminuyó la velocidad de la transición en 7%.

Así también, los coeficientes correspondientes a los estratos mostraron la asociación esperada, ya que las mujeres que actualmente tenían un mejor nivel socioeconómico, es decir las del nivel bajo y medio y alto, disminuyeron la ocurrencia del embarazo en un 13 y un 37%, respectivamente, ello con relación a las del estrato muy bajo. Similar a ello, se ve que el que la mujer haya vivido su infancia en ámbitos urbanos contribuyó a retardar en un 10 % el momento del embarazo.

Cuadro 15. Modelo de Cox para el primer embarazo.
Variable dependiente: edad al primer embarazo.

PRIMER EMBARAZO			
	-2 log de la verosimilitud	107423,124	
	χ^2	939,836	
	gl.	9	
	Significancia	0.000	
VARIABLE	CATEGORÍA	SIG.	EXP ^(B)
Cohorte de nacimiento	1954-1963	Ref.	
	1964-1973	0.006	0.933
Estrato socioeconómico	Muy bajo	Ref.	
	Bajo	0.000	0.870
	Medio y alto	0.000	0.630
Lugar de socialización	Rural	Ref.	
	Urbano	0.000	0.900
Pertenencia a un grupo étnico	Si	Ref.	
	No	0.073	0.933
Religión	Católica	Ref.	
	Sin religión	0.283	1.075
	Otra religión	0.017	1.099
¿Había dejado de estudiar al primer embarazo?	Si	Ref.	
	No	0.000	2.363
¿Había trabajado al primer embarazo?	Si	Ref.	
	No	0.000	1.755

Significancia: $p < .05$

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003.

Lo anterior permite ver dos grandes grupos de mujeres que tendieron a acelerar el tiempo de ocurrencia de la maternidad. Por una parte están las mujeres de mayor edad, de estratos económicos deprimidos, socializadas en zonas rurales, practicantes de religiones diferentes al catolicismo y que no habían trabajado al momento del embarazo, las que vivieron este aumento en la velocidad de inicio de esta transición. Sin embargo, existe otro grupo de mujeres que se encontraba estudiando al momento de la transición, que también

tendió a adelantar el inicio de su vida reproductiva. Ello podría estar indicando que son mujeres mayormente expuestas a ideas modernas por efecto de la educación, mismas que pudieran haber optado por comenzar su maternidad como una opción planeada y aceptada, sin que ésta se hallara reñida con la posibilidad de realizar otras actividades en bien de su beneficio y crecimiento personal, aun cuando no se debe dejar de considerar que entre ellas existan también mujeres que vieron interrumpida su trayectoria educativa a causa del embarazo.

En otro orden de ideas, los hallazgos de este capítulo permiten afirmar que en la aceleración o retraso de la ocurrencia de la primera relación sexual, de la primer unión y del primer embarazo, se conjugan distintos factores socioeconómicos que van conformando una dinámica particular para cada una de estas transiciones.

Así por ejemplo, para la primera relación sexual se observó que el pertenecer a la cohorte de 1964-1973, estar ubicada en el estrato socioeconómico bajo o medio y alto y haber sido socializada en ámbitos urbanos, fueron factores que facilitaron la disminución de la velocidad de inicio de la primera relación sexual. En tanto que el declararse sin religión o el tener una religión distinta a la católica, el estar estudiando y el no haber trabajado al momento de la transición, aceleraron dicha iniciación sexual.

Ahora bien, para la primera unión, los hallazgos indican que el estar ubicada al momento de la encuesta en mejores condiciones de vida redujo la velocidad de entrada en unión. Mientras que el no pertenecer a un grupo indígena y no haber hecho las transiciones de salida de la escuela y entrada al primer empleo aceleraron este tránsito.

Por último, para el primer embarazo se observó que el pertenecer a la cohorte más joven, estar ubicada en estratos socioeconómicos bajos o medios y altos y haber sido socializada en lugares urbanos, fueron factores que contribuyeron a aplazar la velocidad de inicio de la vida fecunda. Contrario a ello, el que las mujeres dijeran no ser católicas y el continuar estudiando y no haber trabajado, fueron elementos que facilitaron la aceleración de la ocurrencia del embarazo.

De lo anterior, cabe destacar que la cohorte mostró la tendencia esperada en dos de las tres transiciones, primera relación sexual y primer embarazo. De igual forma sucedió con el estrato socioeconómico y con la experiencia laboral al momento de la transición. No obstante, se presentaron algunos resultados no previstos en un principio, así por ejemplo, el declararse atea o practicante de una religión diferente a la católica, incrementó la velocidad para iniciar la vida sexual, no así la reproductiva y la conyugal. En tanto que el continuar estudiando al momento de la transición también influyó en la aceleración de la velocidad de cada una de las tres transiciones.

Mientras que el pertenecer a un grupo indígena no fue significativo para la primera relación sexual ni para el primer embarazo, sin embargo en la primera unión, las no indígenas aumentaron la velocidad de entrada en unión. Así también, el lugar de socialización urbano disminuyó la velocidad de la iniciación sexual y del primer embarazo y no resultó significativo para la primera unión.

Estos son resultados interesantes que valdría la pena analizar de manera cualitativa en entrevistas a profundidad con mujeres pertenecientes a estas categorías, ello a fin de precisar cómo es que se va conformando cada una de estas transiciones en la vida de la mujer, lo cual se deja anotado para realizarse en futuras investigaciones.

CONCLUSIONES

En este estudio se empleó la perspectiva del curso de vida, el cual es un marco que facilita el análisis de las trayectorias y transiciones de los individuos inmersos dentro de una compleja configuración de roles y estatus desempeñados dentro de diferentes dominios institucionales, como pueden ser la escuela, la familia y el trabajo.

Dicha perspectiva conjunta el análisis de la vida individual, con el de los grandes procesos macrosociales, ya que ambos factores se determinan entre sí de manera permanente. Este marco parte de la idea de que los individuos, más que ser entes pasivos, actúan de forma activa sobre sus propias circunstancias, tomando como base sus experiencias previas, sus intereses, expectativas y deseos. De igual forma, tienen capacidad y libertad, aun en situaciones constreñidas, de elegir su curso de vida. Sin embargo, si bien la persona está en posibilidad de elegir su actuar, se encuentra relativamente limitada por determinados condicionamientos sociales y aún biológicos que le marcan ciertos tiempos para ir construyendo las acciones que conformaran su vida.

Dos elementos a destacar son que el curso de vida de toda persona está constituido por trayectorias y transiciones, distinguiéndose una de otra porque las primeras se dan en un lapso mayor de tiempo, no así las segundas, pudiendo entrecruzarse varias trayectorias para conformar el historial de vida de una persona.

Asimismo, las transiciones son eventos de suma importancia en la vida de los individuos, ya que los incorporan dentro de nuevos roles sociales, permitiéndoles pasar de un estatus a otro socialmente sancionado, por ejemplo, de soltero a casado.

Al respecto, uno de los aspectos principales que estudia el curso de vida, son las transiciones a la adultez, donde el joven deja atrás determinados roles y formas de actuar y aún de pensar, para incorporarse a las actividades y al estatus de los adultos. Este tránsito se considera de suma importancia, ya que dependiendo de la forma y del tiempo individual y social en que se realice, será el curso de vida futuro de las personas.

Generalmente se ha considerado que son cinco las transiciones que marcan el inicio de la vida adulta: salida de la escuela, entrada al mercado laboral, salida del hogar paterno, primera unión y primer embarazo; adicionalmente se ha llegado a incluir a la primera relación sexual como parte de este paso a la adultez. Si bien son estas las transiciones, se tiene en cuenta que no todos los individuos tienen que transitar por determinados estados socialmente institucionalizados, ya que como seres racionales, cada uno va determinando que transiciones seguir, conformando así sus propias trayectorias y su curso de vida.

De las transiciones antes marcadas, en este estudio se analizó la primera relación sexual, la primera unión y el primer embarazo de mujeres mexicanas de ocho estados de la República Mexicana ³⁷ a través de la ENSAR 2003.

Para ello se partió de considerar que el país ha vivido, desde la década de los treinta, la llamada transición demográfica, pasando de altas a bajas tasas de mortalidad y fecundidad. Estos cambios demográficos han venido acompañados de transformaciones socioculturales, económicas y políticas que han marcado a varias generaciones de mexicanos, en especial a las mujeres, ya que éstas han ido ocupando cada vez más, puestos laborales y recintos educativos que anteriormente estaban destinados a los varones, además de vivirse en el país modificaciones en las relaciones de género que han puesto de manifiesto la importancia de la mujer como un elemento clave del desarrollo de la familia y de la sociedad.

Sin embargo, Tuirán (2002) afirma que a pesar de estos cambios, la intensidad y el calendario de los eventos tales como el casarse y comenzar la procreación, no han sufrido variaciones a lo largo del tiempo, ya que las mujeres mexicanas continúan uniéndose muy temprano y teniendo su primer hijo poco después de iniciada la unión, lo cual lleva a cuestionarse acerca de los condicionamientos que llevan a que estas transiciones se presenten en estas edades, a pesar de la existencia de dichas transformaciones.

Por ello, y para precisar tanto el calendario como algunos factores sociodemográficos asociados a estas tres transiciones, es que se conjuntó y analizó la información de los estudios cualitativos y cuantitativos disponibles, con los hallazgos encontrados en esta investigación mediante tablas de vida y modelos de Cox, mismos que reportan que:

Para la primera relación sexual, los datos para México establecen una edad promedio de iniciación sexual de entre los 16 y los 17 años. En tanto que los resultados encontrados mediante tablas de vida para el total de los ocho estados dominio, muestran que la mediana se ubicó en los 18 años, no observándose diferencias significativas en las edades medianas de iniciación sexual por cohorte. En tanto que por estratos socioeconómicos se halló una asociación entre el nivel socioeconómico y la iniciación sexual, donde las mujeres de niveles socioeconómicos más pobres, tendieron a adelantar el inicio de su vida sexual, aumentando la edad de ésta conforme el estrato económico era mejor. En tanto que por ámbito de socialización, se precisó que las mujeres que hasta los 12 años vivieron en zonas rurales, fueron las que iniciaron con mayor anticipación su vida sexual.

³⁷ Estos son: Chiapas, Guanajuato, Guerrero, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Sonora y Tamaulipas.

Estos datos mostraron que la edad mediana del total de la población de los estados incluidos, comparándola con la de otros estudios, indica la presencia de un retraso en la edad al momento de tener la primera relación sexual. Ello podría sugerir que las mujeres han ido tomando cada vez más el control de su cuerpo y de sus decisiones de vida, postergando la iniciación sexual hasta decidir en qué momento se sienten más o menos listas para vivir esta transición.

Ahora bien, se sabe que en sociedades tradicionales como la mexicana, aún priva para las mujeres el mandato social de iniciarse sexualmente dentro del matrimonio o en relaciones donde impere el amor y el cariño, ello como una forma de controlar la sexualidad femenina, no sucediendo así con la masculina, misma que se ve mayormente relajada, existiendo una doble moral al respecto. Asimismo, a la mujer se le impulsa a la fidelidad en la relación de pareja, creándoles sentimientos de culpa y vergüenza por perder su virginidad y por ejercer su sexualidad fuera del matrimonio. Esto lleva a que éstas comiencen su vida sexual más tardíamente, tengan menos parejas sexuales y tiendan a sostener relaciones donde existen los elementos románticos y afectivos con fines reproductivos y conyugales, iniciándose en general con su novio o su esposo.

Para determinar los factores que aceleran o retardan la ocurrencia de la primera relación sexual se ajustó un modelo de riesgos proporcionales, mismo que arrojó los siguientes hallazgos: el que la mujer perteneciera a la cohorte más joven 1954-1963, se encontrara en un nivel socioeconómico bajo o medio y alto y se hubiera socializado en ámbitos urbanos fueron elementos que redujeron la velocidad de la iniciación sexual.

Mientras que el no practicar alguna religión o tener una religión que no fuera la católica y el estar estudiando y no haber trabajado cuando la primera relación sexual se suscitó, fueron aspectos que contribuyeron a aumentar la velocidad de inicio de dicha transición.

De lo anterior, llama la atención que hallan sido las mujeres no católicas las que iniciaran con mayor velocidad esta transición, ya que aquellas que practican una religión distinta a ésta podría suponerse que son más conservadoras, y por tal tenderían a retrasar su vida sexual. Otra variable que se comportó distinto a lo esperado, fue que el encontrarse estudiando, lejos de ser un factor que retrasara la ocurrencia del evento, tendió a acelerarlo, lo cual podría sugerir que los recintos educativos, al dar cabida a personas de ambos sexos, son espacios que facilitan la formación de parejas.

Por lo que se refiere a la primera unión conyugal, las investigaciones para el país sitúan una edad promedio entre los 18 y los 22 años, variando por lugar de socialización y por otros factores sociodemográficos. En tanto que la edad mediana aquí hallada fue de 20 años, quedando intermedia entre las edades reportadas por otros estudios.

Asimismo y al igual que en la primera relación sexual, no se encontraron diferencias por cohorte que permitieran afirmar un retraso o un adelanto de la edad a la que las mujeres se están uniendo. En cuanto al estrato socioeconómico, se encontró que las mujeres ubicadas al momento de la encuesta en el nivel socioeconómico muy bajo, iniciaron más tempranamente, pero concluyeron más tardíamente dicha transición, en tanto que las del estrato bajo fueron las que emplearon un menor tiempo en consumir dicha transición. Finalmente, las mujeres mejor posicionadas económicamente, iniciaron a edades más tardías esta transición. Mientras que por ámbito de socialización se volvió a observar que son las mujeres urbanas las que tendieron a aplazar su transición.

Esto podría deberse a que en ámbitos urbanos y en mujeres de estratos socioeconómicos más altos, existe una mayor exposición a ideas educativas modernas que promueven el desarrollo de habilidades y capacidades que impulsan a la mujer a elaborar un proyecto de vida basado, no sólo en la formación de una pareja y de una familia, sino también en la consecución de otros objetivos que abarquen la terminación de estudios y la inclusión dentro del mercado laboral, lo cual estaría llevando a que tendiera a posponer dicha transición.

Es de mencionarse que tanto por cohorte como por estrato se observó un amplio rango intercuartil, mismo que sugiere que a estas mujeres les llevó un período de tiempo considerable el completar la transición de la primera unión. Lo cual podría ser explicado por efecto de la mortalidad masculina y por la migración laboral que estados como Guanajuato, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, San Luis Potosí y Puebla viven, situación que estarían llevando a la descompensación del mercado matrimonial. Asimismo, en contextos tradicionales se sigue promoviendo la iniciación de la unión en etapas tempranas de la vida de la mujer, sobre todo cuando ésta no tiene opciones de desarrollo personal que vayan más allá de la maternidad y el matrimonio.

Por otra parte, dos aspectos sobresalientes de la unión para países como México, son lo relativo a las uniones tempranas y a las consensuales. Las primeras se dan regularmente entre mujeres muy jóvenes con hombres mayores, pudiendo tener consecuencias al interior de la pareja, ya que se considera que el poder estaría desbalanceado a favor del hombre.

En cuanto a las uniones consensuales, se ha llegado a distinguir en el país dos tipos: aquellas en donde la pareja está compuesta por personas de niveles socioeconómicos muy pobres, en donde existe un escaso nivel educativo y poco poder de negociación por parte de

la mujer. En contraparte, hay uniones libres donde las personas tienen niveles educativos altos, en ellas se considera que existe una mayor igualdad en la pareja y un empoderamiento de la mujer.

En esta investigación no se hizo la distinción tomando en cuenta estas categorías, sin embargo, en estudios posteriores sería interesante el hacer dicho análisis controlando por tipo de unión y por edad de los integrantes de la pareja, a fin de explorar las diferencias en el calendario y en las características que cada variable estaría aportando a esta transición.

Por lo que respecta a los hallazgos encontrados a través del modelo de Cox, se precisó que las variables que retrasan la velocidad de inicio de la vida conyugal son: el estar ubicada en estratos bajos o medios y altos. Mientras que el no pertenecer a un grupo indígena y no haber dejado de estudiar ni haber trabajado al momento de la unión, fueron factores que aumentaron la velocidad del comienzo de la vida en pareja.

Cabe mencionar que una posible explicación para el hecho de que sean las mujeres que se encuentran estudiando las que vieron aumentada la velocidad de entrada en unión, es que éstas tienen una mayor probabilidad de insertarse dentro de mercados matrimoniales que facilitan el conocimiento de las futuras parejas conyugales, no sucediendo así con las mujeres que ya no estudian y que posiblemente tampoco trabajan, viendo reducida la posibilidad de tratar a personas del sexo opuesto más allá de su grupo local.

Finalmente, para el caso de la iniciación de la maternidad, los estudios reportan que la edad promedio se ubica entre los 19 y los 21 años, existiendo un intervalo entre el matrimonio y el nacimiento del primer hijo que no rebasa los dos años. En esta investigación se precisó una edad mediana del total de la población de los ocho estados incluidos de 19.5 años, observándose que es menor esta edad a la presentada para la primera unión, misma que es de 20 años, sospechándose que el embarazo es un factor que propicia la unión conyugal, aun cuando no siempre sucede así, pasando la mujer a ser madre soltera, ya que la unión fue la transición menos reportada por esta población.

Otra situación a destacar es que tampoco se encontraron cambios drásticos en el calendario por cohorte, aun cuando si se observa que la más joven tendió a iniciar su transición ligeramente más tarde que las mujeres más grandes, situación que se repitió en las otras dos transiciones. En tanto que las mujeres situadas al momento de la encuesta en un nivel de vida muy bajo iniciaron y concluyeron su maternidad antes, no presentándose la misma situación para las mujeres de los otros estratos. Mientras que por ámbito de socialización, se percibe que las mujeres que vivieron su infancia en lugares rurales presentaron un rango intercuartil que muestra menos variabilidad, indicando que pudieron haber experimentado una mayor sanción social para tener su primer embarazo a edades más tempranas que aquellas socializadas en ámbitos urbanos.

Es de destacar que controlando tanto por cohorte de nacimiento, como por estrato socioeconómico y por lugar de socialización, se presentó en el primer cuartil, una edad al primer embarazo por debajo de los 19 años, lo que en todos los casos se cataloga como embarazo adolescente. Ello estaría mostrando que aún hoy en día, existe un porcentaje importante de mujeres que inician su vida reproductiva a una edad temprana, independientemente de sus condiciones de vida y de su bagaje educativo y cultural. Por tal, sería de importancia analizar en posteriores estudios, los factores cualitativos y el impacto que ésta transición implica en la vida de dichas mujeres, y si ello realmente las lleva a gozar del estatus de adultas, o si por el contrario, ello les coarta su desarrollo personal, psicológico y emocional y las somete incluso a una dependencia económica hacia su pareja o su familia de origen. Así como determinar en qué medida ésta es una decisión aceptada y planeada, y si existen redes familiares y comunitarias que facilitan la incorporación de la madre a las instituciones educativas y/o laborales, a fin de que esta condición no sea un impedimento para su crecimiento personal y para la consecución de un proyecto de vida más amplio.

Por otra parte, las causas que los estudios reportan inciden en la iniciación de la maternidad son: la edad de la mujer y el hecho de contar con una pareja, mientras que el nivel de escolaridad, estar trabajando y el ingreso son aspectos que la llevan a retrasar esta transición. Al respecto se debe anotar que en muchos casos se sigue viendo a la maternidad como un ideal a lograr, ya sea para que facilite la unión o para contar con un elemento que le brinde sentido a la vida, ya que la construcción social de lo que debe ser una mujer enfatiza el cuidado del otro, más que el desarrollo individual de la persona.

Los hallazgos de este estudio indican que los factores que retrasaron el inicio de la vida reproductiva son: el pertenecer a la cohorte más joven, estar ubicada actualmente en estratos bajos o medios y altos y haber sido socializada en lugares urbanos. En tanto que las variables que aumentaron la velocidad de la misma fueron: el practicar una religión contraria a la católica, el continuar estudiando y no haber trabajado cuando el embarazo sucedió. De ello, el que la mujer estuviera estudiando al tiempo del embarazo, podría hacer pensar que se trata de personas expuestas a ideas modernas y que sin embargo optaron por la maternidad como una decisión un tanto más planeada y aceptada y no como una imposición o como un mandato social que debe ser cumplido para poder acceder al estatus de adultez que en contextos más tradicionales se esperaría hubiese. Aunque no puede dejarse de tomar en cuenta que el embarazo pudo ser un factor que llevara a estas mujeres a truncar sus estudios.

En otro orden de ideas, es de destacarse que las edades medianas de todas las transiciones se concentraron entre los 17 y los 22 años, variando por eje y categoría de análisis, sin embargo, estos resultados indican que estas transiciones se presentan en los primeros años de la juventud de la mujer, dándose en intervalos cortos de tiempo, tal y como otras investigaciones ya reportaban.

Asimismo, los modelos de Cox indican que factores como el estrato socioeconómico bajo y medio y alto, el lugar de socialización urbano y el haber trabajado al momento de la transición, fueron elementos que contribuyeron al retraso de la ocurrencia de las transiciones. Mientras que el tener una religión diferente a la católica y el estar estudiando cuando la transición se dio, fueron variables que tuvieron un comportamiento distinto al esperado. Por tal, en estudios de tipo cualitativo pudieran explorarse para precisar el por qué de estos resultados.

Otros aspectos que serían interesantes analizar en este tipo de temas y que se dejan anotadas como posibles líneas de investigación, es el conjuntar y estudiar las otras transiciones, salida de la escuela, entrada a trabajar y emancipación del hogar paterno, a fin de determinar las distintas trayectorias seguidas por las mujeres. Así como analizar y precisar en qué medida la transición normativa es seguida por las mujeres mexicanas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abraira Santos, Víctor y Pérez de Vargas Luque, Alberto (1996) “ Métodos multivariantes en bioestadística ”. Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, S.A.
- Amuchástegui Herrera, Ana (1998) “ Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos ” en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comp.) Sexualidades en México: algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales. El Colegio de México A.C., México.
- Amuchástegui Herrera, Ana y Rivas Zivy, Marta (1999) “ La sexualidad de las jóvenes mexicanas: modernización y secularización ” en Beatriz Figueroa Campos (coord.) México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos 4. El Colegio de México A.C. y la Sociedad Mexicana de Demografía, A.C., México.
- Amuchástegui Herrera, Ana (2001) “ Virginitad e iniciación sexual en México. Experiencias y significados. ” Population Council, México.
- Barrera Moncada, Gabriel y Kerdel Vegas, Oswaldo (1987). “ El Adolescente y sus Problemas en la Práctica ”. Monte Ávila, Venezuela.
- Bennett, Trude, Declerque Skatrud, Julia, Guild, Priscila, Loda, Frank and Klerman, Lorraine V. (1997) “ Rural Adolescent Pregnancy: a View from the South ” in Family Planning Perspectives, 29, 256-260 y 267.
- Bongaarts J, Cohen B, (1998) (eds.) Adolescent reproductive behavior in the developing world. Bradshaw KD.
- Brugelilles, Carole y Samuel, Olivia (2005) “ Formación de parejas y vida fecunda en México ”, Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) Cambio demográfico y social en el México del siglo XX, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 453-477.
- Camarena C., Rosa Maria (1999) “ Estado y curso de vida ”, en Beatriz Figueroa Campos (coord.), México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos 4. El Colegio de México A.C. y la Sociedad Mexicana de Demografía, A.C., México.
- Castro Martin, T. (1997) “ Marriages without papers in Latin America ” in Internacional Population Conference, IUSSP, Pekín, vol. 2 pp. 941-960.
- Castro-Pozo, Maritza Arteaga (2004) “ Imágenes juveniles del México moderno ” en José Antonio Pérez Islas y Maritza Arteaga Castro-Pozo (coord.) Historias de los Jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX. Instituto Mexicano de la Juventud, México.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (2000) “ Situación actual de la mujer en México. Diagnóstico sociodemográfico ”, Serie Documentos Técnicos, México.
- _____ (2004) “ Estructura de la muestra de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003 ” (De, 04 de marzo, 2006: www.conapo.gob.mx/prensa/ensar02.pdf).
- _____ (2006) “ Módulo de Migración ” (De, 07 de julio, 2006: www.conapo.gob.mx).
- Contreras, Juan M. y Hakkert, Ralph (2001) “ La sexualidad y la formación de uniones ”, en José Miguel Guzmán et al., Diagnóstico sobre salud sexual y reproductiva de adolescentes en América Latina y el Caribe. Fondo de Población de las Naciones Unidas UNFPA, México.
- Corijn, Martine y Klijzing, Eric (ed.) (2001) “ Transitions to adulthood in Europe ” in European Association for Population Studies, pp. 340.

- Corpas Nogales, E., García Leal J., Lara Porras, A. y Quesada Rubio, JM (2006) “ Estudio de supervivencia de pacientes con SIDA ” en XXIX Congreso Nacional de Estadística e Investigación Operativa 15 a 19 de mayo de 2006, Tenerife.
- Cox DR. (1972) “ Regresión models and life-tables ” in Journal of the Royal Statistical Society, serie B, 34, pp 187-220.
- Damián, Araceli (2003) “ Tendencias recientes de la pobreza con enfoque de género en América Latina ” en Papeles de Población, Nueva época, año 9 N° 38, pp. 27-76.
- DGE (Dirección General de Estadística) (1972) “ IX Censo General de Población 1970 ”, INEGI, México D.F.
- Echarri Cánovas, Carlos Javier y Pérez A., Julieta (2003) “ En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México ” Sociedad Mexicana de Demografía. VII Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México.
- _____ (2003) “ Hijo de mi hija... Estructura familiar y salud de los niños en México ” El Colegio de México A.C..
- _____ (2005a) “ Family transitions on the way to adulthood: Tradition, culture, or lack of opportunities? ” The Mexican International Family Strengths Conference.
- _____ (2005b) “ Desigualdad socioeconómica y salud reproductiva: Una propuesta de estratificación social aplicable a las encuestas ” [A ser publicado en: Susana Lerner e Ivonne Szasz (comp.), Salud reproductiva y condiciones de vida, El Colegio de México A.C.]. (Mimeo) Elder, Jr. Glen H (1978) “ Family history and the life course ” en Tamara K. Hareven (editora) Transitions. The families and the life course in historical perspective. Academic Press, New York.
- _____ (1987) “ Families and lives: some developments in life-course studies ”, Journal of Family History, vol. 12, numbers 1-3, 1987.
- Erikson, Eric H. (1981) “ Reflexiones sobre el ciclo de vida del doctor Borg ” en Eric H. Erikson la adultez. Fondo de Cultura Económica, México.
- Estado de la Población Mundial (1998) “ Los Jóvenes Preparación para la Vida ”, Fondo de Población de las Naciones Unidas, pp 23-34.
- Esteinou, Rosario (2005) “ La juventud y los jóvenes como construcción social ” en Marta Mier y Terán y Cecilia Rabell (coord.) Jóvenes y niños. Un enfoque sociodemográfico. IIS, FLACSO, Miguel Ángel Porrúa.
- Flores-Luna, Lourdes, Zamora Muñoz, Salvador, Salazar-Martínez, Eduardo y Lazcano-Ponce, Eduardo (2000) “ Análisis de supervivencia. Aplicación en una muestra de mujeres con cáncer cervical en México ” en Salud Pública, vol.42, num.3 may/jun, México.
- Fuertes, Antonio, Soriano, Sonia y Martínez, José Luís (1995) “ La Sexualidad en la Adolescencia ” en Félix López Sánchez (Coord.) Educación Sexual de Adolescentes y Jóvenes. Reelaboración de cómo planear mi vida, Siglo Veintiuno de España, España.
- García, Baltasar, Julio, Figueroa Perea, Juan Guillermo, Reyes Zapata, Hilda, Brindis, Claire y Pérez Palacio, Gregorio (1993) “ Características reproductivas de adolescentes y jóvenes en la Ciudad de México ”. Salud Pública de México, 35, pp. 682-691, México.
- Hogan, Dennis y Aston Nan, Marie (1986) “ The transition to adulthood ” in Annual Review of Sociology, vol. 12, pp. 109-130.

- INEGI (Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática) (1994) “ Estadísticas Históricas de México ” , tomo I. INEGI, México.
- _____ (2001) “ XII Censo General de Población y Vivienda, 2000. Tabulados Básicos ” . Aguascalientes, Ags. INEGI, México.
- _____ (2005) (DE, 6 de abril, 2006: www.inegi.gob.mx).
- Instituto Alan Guttmacher (1998) “ Presenta el Instituto Alan Guttmacher el Estudio Mundial sobre Embarazo en Adolescentes ” . (DE, 12 de mayo, 1999: www.guttmacher.org).
- Jordan, Winthrop D. (1981) “ La búsqueda de la adultez en los Estados Unidos ” en Eric H. Erikson la adultez. Fondo de Cultura Económica, México.
- Juárez, Fátima (1984) “ Examen crítico de la técnica de tablas de vida en las tendencias sobre fecundidad: el caso de México ” en Demografía y Economía, vol. XVIII, num. 3 (59) pp. 287-333, México.
- Lerner, Susana y Szasz Ivonne (1999) “ Introducción ” en Beatriz Figueroa Campos (coord.) México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos 4. El Colegio de México A.C. y la Sociedad Mexicana de Demografía, A.C., México.
- Lloyd, Cynthia B (ed.) (2005) “ Growing up Global. The changing transitions to adulthood in developing countries ” , National Research Council of the National Academies, pp 12.
- Menkes, Catherine y Suárez, Leticia (2004) “ Prácticas sexuales y reproductivas de las jóvenes mexicanas ” en Emma Liliana Navarrete López (coord.), Los jóvenes ante el siglo XXI. El Colegio Mexiquense A. C., México.
- Mensch, Barbara S., Bruce, Judith and Greene, Margaret E. (1998) “ Creating an Adolescence for Girls ” in Population Briefs. Reports on Population Council Research, vol. 4, num. 1, pág. 7. Mensch, Singh and Casterline (2006) “ Unexplored elements of adolescence in the developing world ” in Population Briefs. Reports on Population Council Research, January 2006, vol. 12, num. 1, pp 6-7.
- Molinari S., Ma. Sara y Aguilar Medina, Iñigo (1993) “ La Salud entre los Jóvenes ” en Revista Trimestral Práctica, vol.1, pp. 16-20.
- Molinero, Luis M. (2001) “ Modelos de regresión de Cox para el tiempo de supervivencia ” Asociación de la Sociedad Española de Hipertensión. Liga Española para la lucha contra la Hipertensión Arterial (DE, 26 de abril, 2006: www.seh-lelha.org/superviv2.htm-2).
- _____ (2004) “ Verificación de los modelos de supervivencia de Cox ” Asociación de la Sociedad Española de Hipertensión. Liga Española para la lucha contra la Hipertensión Arterial (DE, 26 de abril, 2006: www.seh-lelha.org/superviv4.htm-2).
- Monroy de Velasco, Anameli y Mora de Hamilton Genoveva (1985) “ Trabajo Social y Sexualidad Humana ” . Ed. Pax-México.
- Moore, Susan and Rosenthal, Doreen (1995) “ Sexuality in Adolescence ” . New York, ed. Routledge London and New York, USA.
- Morgan, S. Philip y Teachman Jay D. (1988) “ Logistic regression: description, examples, and comparisons ” Journal of Marriage and the Family, vol. 50, no. 4, pp 929-936.
- Notestein, Frank W. (1945) “ Population the long view ” in Theodore W. Schultz (ed.) Food for the World, University of C-hicago Press, USA.

- Ojeda De la Peña, Norma (1989) “ El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas: un análisis sociodemográfico ” , UNAM-CRIM (Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias), México.
- ONU (Organización de Naciones Unidas) (1988) “ First Marriage patterns and determinants ” , ST/ESA/SER/ 76, New York, cap. III pp. 17-50 y IV pp. 51-57.
- Ortega, Antonio (1987) “ Tablas de mortalidad ” , CELADE, San José Costa Rica.
- Parrada, Emilio y Zenteno, René (2005) “ Entrada en unión de hombres y mujeres en México: perspectiva de los mercados matrimoniales ” , Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) Cambio demográfico y social en el México del siglo XX, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 65-96.
- Partida, Virgilio (2005) “ Transición demográfica, bono demográfico y envejecimiento en México ” , documento presentado en el seminario United Nations Expert Group Meeting of Social and Economic. Implications of Changing Population Age Structures, Naciones Unidas y el Consejo Nacional de Población, México, 31 de agosto al 2 de septiembre de 2005, ponencia 18.
- Pedrosa Islas, Laura A. y Vallejo Allende, Maite (2000) “ Entorno social, comportamiento sexual y reproductivo: en la primera relación sexual de adolescentes estudiantes de escuelas públicas y privadas ” en Claudio Stern y Carlos Javier Echarri (coord.) Salud reproductiva y sociedad. Resultados de investigación, El Colegio de México A.C., México.
- Pérez Amador, Adriana (2004) “ La disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal en México: dos aproximaciones metodológicas ” . Tesis de Maestría en Demografía, México D.F. Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México A.C..
- Pérez Baleón, Guadalupe Fabiola (2001) “ Fecundidad Adolescente. Análisis Cualitativo y Cuantitativo del Embarazo Adolescente a Nivel Nacional ” . Tesis de licenciatura en Trabajo Social, México D.F. Escuela Nacional de Trabajo Social, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pérez Islas, José Antonio (2004) “ Historizar a los jóvenes. Propuestas para buscar los inicios ” en José Antonio Pérez Islas y Maritza Arteaga Castro-Pozo (coord.) Historias de los Jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX. Instituto Mexicano de la Juventud, México.
- Pérez López, Cesar (2004) “ Técnicas de análisis multivariante de datos. Aplicaciones con SPSS ” , Pearson Prentice Hall.
- Quilodrán, Julieta (2001) “ Un siglo de matrimonio en México ” El Colegio de México A.C.. _____ (2003) “ La familia, referentes en transición ” en Revista Papeles de Población, núm. 37, México.
- _____ (2004) “ ¿Han cambiado los jóvenes? Una mirada desde la Demografía ” en José Antonio Pérez Islas y Maritza Arteaga Castro-Pozo (coord.) Historias de los Jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX. Instituto Mexicano de la Juventud, México.
- Quisumbing y Hallman (2006) “ Unexplored elements of adolescence in the developing world ” in Population Briefs. Reports on Population Council Research, January 2006, vol. 12, num. 1, pp 6- 7.
- Rico De Alonso, Ana (1986) “ Madresolterismo en Adolescentes: Determinantes Socioculturales, Contexto Ideológico y Recursos de Supervivencia ” en Grassi, Estela (Comp.) La Antropología Social y los Estudios de la Mujer. II Congreso Argentino de Antropología Social, Argentina.
- Rivas Zivy, Martha (1998) “ Valores, creencias y significaciones de la sexualidad femenina. Una reflexión indispensable para la comprensión de las prácticas sexuales ” en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comp.) Sexualidades en México: algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales. El Colegio de México A.C., México.

- Rocheblave Spenlé, Anne Marie (1989) “ El Adolescente y su Mundo ” . Biblioteca de Psicología 12. (7ª ed.) Herder, Barcelona.
- Rossetti Gallardo, Josefina (1997) “ Sexualidad adolescente: un desafío para la sociedad chilena ” . Biblioteca Nacional de Chile y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Chile.
- Samuel, Olivia y Sebillé, Pascal (2005) “ La nupcialidad en movimiento ” en Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno (coords.) Cambio demográfico y social en el México del siglo XX, Tijuana, Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, pp. 41-64.
- Schlaepfer, Loraine y Infante, Claudia (1996a) “ Patrones de inicio de la vida reproductiva: articulación con su dimensión social ” en Teresa Lartigue y Héctor Ávila. (comp.) Sexualidad y reproducción humana en México vol. II. Plaza y Valdés editores, México.
- _____ (1996b) “ Patrones de inicio de la vida reproductiva: su relación con la mortalidad infantil y comportamientos reproductivos futuros ” en Teresa Lartigue y Héctor Ávila. (comp.) Sexualidad y reproducción humana en México vol. II. Plaza y Valdés editores, México. Secretaría de Salud-UNAM (2003) Encuesta Nacional de Salud Reproductiva. Documento metodológico.
- Seuc, Armando H. Simón, Rafael, Domínguez Alonso, Emma y Chirino, Lázaro (2002) “ La modelación de datos de supervivencia en angiología: el análisis de las interacciones ” en Revista Cubana de Angiología y Cirugía Vasculat vol. 3, núm. 2, pp. 61-65.
- Solis, Patricio (2004) “ Aplicación de los modelos de tiempo discreto en Stata (Apuntes de clase) ” Curso de Estadística II CEDUA, El Colegio de México A.C., México. (Mimeo)
- Stern, Claudio (1997) “ El Embarazo en la Adolescencia como Problema Público: Una Visión Crítica ” . Salud Pública de México, vol. 39, pp.137-143, México.
- Szasz, Ivonne (1996) “ Sexualidad, embarazo, maternidad y anticoncepción en mujeres de un contexto rural en el Centro de México ” en Teresa Lartigue y Héctor Ávila. (comp.) Sexualidad y reproducción humana en México vol. II. Plaza y Valdés editores, México.
- The Alan Guttmacher Institute (1998) “ La Vida Sexual y Reproductiva de las Jóvenes, Hacia un Nuevo Mundo ” , 1-8 (DE, 24 de junio de 1999: www.guttmacher.org).
- Tuirán, Rodolfo (1998) “ Demographic Change and Family and Non Family Related Life Course in Contemporary Mexico ” . Tesis de doctorado, The University of Texas at Austin.
- _____ (1999) “ Dominios institucionales y trayectorias de vida en México ” , en Beatriz Figueroa Campos (coord.), México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos 4. El Colegio de México A.C. y la Sociedad Mexicana de Demografía, A.C., México.
- _____ (2002) “ Transición demográfica, trayectorias de vida y desigualdad social en México: lecciones y opciones ” en Papeles de Población, núm. 31, enero-marzo, pp. 25-66, Universidad Autónoma del Estado de México Toluca, México.
- United Nations (1989) “ Adolescent Reproductive Behavior. Evidence from Developing Countries ” in Department of International Economic and Social Affairs, vol. II, New York.
- Van Gennep, Arnold (1960) “ The rites of passage ” in Monika B. Vizedom and Gabrielle L. Caffee (traduc.) Phoenix Books, Chicago Illinois.
- Welti Chanes, Carlos (1996) “ Compromisos para el futuro demográfico ” , en Rafael Cordera, José Luis Victoria y Ricardo Becerra (Coords.) México Joven. Políticas y Propuestas para la Discusión, Universidad Nacional Autónoma de México.

_____ (2005) “ Inicio de la vida sexual y reproductiva ” en Papeles de Población Nueva Época, año 11, no. 45, jul- sept. de 2005, México.

Zúñiga, Elena y Vega, Daniel (2004) “ Envejecimiento de la población de México. Reto del siglo XXI ” . Consejo Nacional de Población, México.